OCTUBRE



YASMINA SOTO

OCTUBRE

Yasmina Soto

Copyright © 2025 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe Creative: 2502180899064

Twitter: @sotoyasmi

Instagram: yasmina.soto.escritora

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

Capítulo 1

Julia

El despertador suena, son las seis y media de la mañana. Al salir de mi habitación y bajar a la cocina, me encuentro con el salón completamente desordenado, eso me irrita, estoy cansada de decirle a Bruno que recoja su desastre, pero no lo hace.

—¡Bruno! —grito enfurecida.

Empiezo a recoger el reguero de ropa que voy encontrando por el camino hasta que llego a unas bragas y las suelto de inmediato.

—Qué asco, por Dios —protesto limpiando las manos en el pijama de seda.

Vuelvo a gritar su nombre desesperada. No entiendo dónde está y me cabrea que no me conteste. Me dirijo a la terraza y lo veo, está completamente desnudo en una de las hamacas y en la otra hay una mujer acostada boca abajo como Dios la trajo al mundo.

—¡Bruno! —grito.

—Joder, qué susto —dice poniéndose de pie de un salto.

La chica que está en la otra hamaca ni siquiera se inmuta, allí sigue ajena a que hay una mujer en pijama gritando y mirando su precioso culo. Sacudo la cabeza intentando concentrarme en el que es el causante de todo esto, mi hermano.

—Puedo explicártelo —dice poniendo las manos en alto.

—Vístete primero —exijo tirándole un pantalón.

—Tiene un culo increíble —comenta al ver que mis ojos se vuelven a clavar en el trasero de la muchacha.

—La quiero fuera de aquí, ¡ya! —respondo entrando a la casa para ir a la cocina.

—No puedo echarla ahora, Julia, entiende que no es de caballero…

—¿Y es de hombre traer a una mujer a casa de tu hermana? Bruno, que es mi casa, no la tuya. ¿Cuántas van este mes? ¿Cuatro? ¿Cinco?

—Ocho —acepta bajando la cabeza.

Me llevo las manos a la cara intentando calmarme, pero recuerdo que he tocado las bragas de

la mujer que está fuera y me las aparto rápidamente.

—Necesito bañarme —digo apartándolo de mi vista.

Camino hasta llegar a las escaleras y antes de subir me giro para mirar al desastre que tengo por hermano.

—La quiero fuera de aquí cuando…

Me quedo en silencio, porque la mujer se acaba de poner de pie y mis ojos se desvían hasta sus pechos. Son preciosos, la imagen me turba todos los sentidos y maldigo cuando me doy cuenta de que mi hermano me observa mientras sonríe.

—Está muy buena —afirma alzando la ceja.

—Tienes hasta que me duche para que salga.

—Julia, no son ni las siete de la mañana, no puedo echarla.

—Puedes, ya lo has hecho antes. Sabes cómo hacerlo —afirmo.

—Grítame —me pide.

—¿Qué? —pregunto desconcertada.

—Hola —dice la chica entrando al salón como vino al mundo.

—¡La quiero fuera ya! —grito a mi hermano señalándola.

—Puedo explicártelo, cariño —me dice el muy sinvergüenza.

Cierro los ojos cabreada sabiendo lo que va a hacer y no pienso participar de su actuación. Subo las escaleras mientras la chica le pregunta qué es lo que pasa. Desconecto de lo que está sucediendo cuando cierro la puerta del baño.

Mientras el agua cae por mi rostro, pienso en el momento en que me pareció buena idea decidir que mi hermano viviera conmigo. Recuerdo la charla con mis padres.

—No sé qué vamos a hacer con él, vive en una jodida nube —reclamaba mi padre.

—Es joven todavía —lo defendió mi madre.

—Todo esto es tu culpa, lo has mimado desde pequeño y miro lo que has conseguido.

Veía cómo mis padres se peleaban por el comportamiento de mi hermano pequeño. Ese niño que llegó de sorpresa cuando yo tenía quince años. Era el niño, pero ahora ese muchacho tiene veintisiete años y sigue creyendo que el mundo es pasarlo bien.

—Se vendrá a vivir conmigo —dije en ese momento.

Mis padres me observaron entrecerrando los ojos y mi madre negó con la cabeza.

—No, no, terminarían a palos —comentó mi madre poniéndose de pie.

—Me parece buena idea —dijo mi padre.

—Prometo intentar reconducir su vida, como me llamo Julia, que lo voy a hacer —aseguré.

De aquello hace algo más de un año y lo único que he conseguido con Bruno es que me traiga una mujer distinta cada fin de semana. Tiré la toalla hace meses. Las primeras discusiones vinieron pronto, mi forma de vida difiere completamente de la de él. Yo, organizada, metódica, planificada. Él, en cambio, su vida es una especie de improvisación constante. Le conseguí un trabajo por un cliente del banco donde soy directora, era en la playa, pensé que eso le haría sentar cabeza y, al contrario, se convirtió en su arma para que su vida alocada lo fuese mucho más. Un chico joven, con buen cuerpo, surfero, era el atractivo de cualquier extranjera que viniera a pasar sus vacaciones a la isla. Podría decirle que se volviera a casa de mis padres, pero las últimas veces que hemos quedado mi hermano se ha comportado como un chico… como lo que no es y mis padres están encantados de que viva conmigo y yo no puedo decirles que Bruno no tiene remedio, que siempre será el joven alocado hasta que alguien le haga sentar la cabeza.

Al bajar, veo que está preparando el desayuno, se ha puesto una camiseta y miro alrededor y no veo rastro de la chica.

—Prometo que no volverá a pasar —dice sirviéndome una taza de café.

—No prometas algo que no puedas cumplir.

—De verdad, anoche se me fue de las manos y…

—Anoche, el fin de semana pasado y así llevas ya un año. Antes, al menos te encerrabas en la habitación, pero ahora haces el desastre fuera y eso no lo voy a permitir.

—Lo sé —dice agachando la mirada.

—Bruno, no sé qué más hacer para que asientes la cabeza, no entiendo por qué no eres responsable con las cosas.

—Soy responsable —debate.

—Bruno, acabas de traer a la casa una mujer que seguro ni sabes cómo se llama y has mantenido relaciones sexuales con ella. Vete a saber en cuántas partes de mi casa.

—Alguien tiene que darle vida a este casoplón que tienes.

—Eres tonto—escupo cabreada.

—Sé que tengo que centrarme, pero no quiero convertirme en alguien aburrido, no quiero ser tú, ni nuestros padres. Quiero vivir, Julia, cometer todas las locuras ahora, soy joven, mi vida no está anclada en ninguna parte, solo quiero disfrutar.

—Lo malo, es que estás viviendo tu vida, arrastrando a otra gente, en este momento a mí. Yo no tengo por qué soportar esto.

—¿Cuánto haces que no te acuestas con alguien? —pregunta.

—¿A qué viene esto? No pienso responderte a esa pregunta impertinente.

—¿Cuánto que no sonríes? —insiste con más preguntas—. ¿Cuánto que no dejas de pensar en lo correcto para hacer lo que realmente quieres? ¿Cuánto de qué…

—Para —exijo—. Tengo la vida que quiero y que me gusta.

—Pues tu vida es un completo aburrimiento —suelta poniendo la taza de café en el fregadero para marcharse.

—Yo al menos, tengo una, tú, en cambio, tienes un desastre —escupo con rabia.

—¿Sabes? —dice girándose para mirarme antes de seguir caminando—. Seré un loco, un desastre, todo eso que me dicen papá y tú, pero soy libre de decidir qué hacer y no con ella. ¿Tú realmente eres libre, Julia? ¿Es esto lo que quieres?

Me mantengo en silencio mirando a mi hermano, porque no puedo responder. ¿Tengo la vida que quiero? No lo sé, lo único que tengo claro es que es la vida de control y seguridad que me han enseñado mis padres. Soy alguien en el mundo profesional, pero no sé si soy feliz

—Sabía que no podías responder, deberías de vivir por un día mi vida, uno solo —afirma antes de seguir escaleras arriba.

—¡Soy feliz! —grito para que me oiga, aunque en mi interior sé que eso no es del todo cierto.

Capítulo 2

Julia

Es por la tarde y he quedado con Nayra, nos hemos convertido en buenas amigas desde que las dos nos mudamos a la zona de Meloneras. Antes coincidíamos en la playa. Ella es directora de un hotel, mientras yo soy directora de una sucursal bancaria. Ahora estamos en una cafetería donde solemos quedar para despejarnos de la intensidad de nuestros trabajos.

—No puedo más con él, he llegado a un punto en que necesito sacarlo de mi casa —protesto.

—Lo han mimado demasiado y ahora estas son las consecuencias —dice Nayra.

—Creía que podía hacer que se centrase, pero he fracasado.

—No lo has hecho, simplemente la juventud de hoy solo piensa en sí misma. La realidad es que yo envidio un poco esa despreocupación. No recuerdo la última vez que hice una locura, algo por el simple hecho de apetecerme.

Miro a mi amiga y veo la melancolía en sus ojos, deslizo la mano por encima de la mesa hasta que aprieto su brazo.

—¿Estás bien? —pregunto asustada.

—Sí, eso creo.

Sé que pasa algo, pero no entiendo por qué no me lo quiere decir, tampoco quiero presionarla. La veo cómo apoya su espalda a la silla y mira al exterior por el gran ventanal.

—Necesito caminar —dice alzando la mano para pedir la cuenta.

La observo, está agobiada y no sé qué es lo que le pasa.

—Vamos —digo tirando de ella.

—Hay que pagar.

—Lo pago directamente en la caja. Salgamos antes de que te dé algo.

Tras pagar, salimos y nos dirigimos al paseo que recorre desde el faro de Maspalomas hasta Meloneras. Vamos en silencio, necesita espacio y sé que hablará cuando ella lo crea oportuno. A veces debemos estar al lado de quien queremos simplemente para que sepan que estamos, que cuando quieran pueden desahogarse de eso que les presiona el pecho.

—No soy feliz —suelta de pronto haciendo que me pare—. Quiero divorciarme de Juan y no sé cómo decirle que esto se ha terminado.

—Pero se os ve…

Mi amiga alza la mano y no deja que siga hablando.

—Ven lo que queremos que veas, Julia, hace meses que no tenemos intimidad, meses que somos compañeros de piso, meses…

No sigue hablando porque las lágrimas pugnan por salir, sus ojos están rojos, se aprieta el puente de la nariz y se gira dándome la espalda. Tomo asiento y miro al horizonte, el sol se pone y los tonos anaranjados se dejan ver. Al ver que sigue inmóvil mirando a la nada la observo y cuando logro que salga de su estado, palmeo a mi lado para que se siente junto a mí.

—¿Quieres contármelo? —pregunto sin dejar de mirar la puesta de sol.

—La realidad es que no hay nada que contar, simplemente lo que teníamos ya no está. La monotonía, los trabajos, el hecho de no dedicarle un poco de tiempo a nuestra relación. Tengo cuarenta y cinco años y me pregunto qué demonios he hecho con mi vida.

—Has conseguido mucho, casa propia, un trabajo estable…

—¿Y mi felicidad? He conseguido cosas materiales, pero nada más.

—No digas eso, Nayra. Cuando te casaste con Juan, erais felices.

—Ahora dudo hasta de eso, no sé si lo quise de verdad o era lo que se esperaba de mí.

—En los malos momentos dudamos de todo. La vida es una mierda, de eso estamos seguras las dos, pero no dejes que el bache de ahora te haga olvidar lo feliz que fuiste en algún momento con Juan.

—No sé cómo afrontar todo esto —admite.

—Habla con él, dile cómo te sientes.

—Lo he intentado, pero siempre busca alguna excusa y huye. Llega más tarde a la cama, ya casi no está en casa. Me he conformado, pero no quiero seguir haciéndolo, necesito sentirme viva…

No sigue sus palabras y yo miro a mi amiga esperando que continúe, pero se ha quedado callada mientras expulsa el aire por la nariz. Conozco a Nayra desde hace casi veinte años, vivimos cerca, fuimos unas mujeres locas para algunos por invertir en casi un descampado en la zona sur de Gran Canaria, demasiado jóvenes decían algunos.

—¿Algo que contarme? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Hay un chico nuevo en la empresa, un becario… Me está volviendo loca —admite.

—¿Ha pasado algo?

—No, pero no sé si pueda resistirme mucho más.

Me mantengo en silencio mientras ella suspira, sé que necesita soltarlo, así que soy paciente y dejo de preguntarle hasta que sea ella quien se decida a contármelo.

—Al principio no le hice mucho caso, pero llevo una semana replanteándome todo. Sé perfectamente que esto es un capricho de un mocoso, pero yo he caído en su juego y eso es porque mi relación está en la mierda, Julia. No queda nada entre Juan y yo, por más que busco.

—Habla con Juan, como te he dicho.

—Lo intento, pero me esquiva, es como si supiera lo que va a pasar.

Miramos al frente como el sol termina de ocultarse, ajeno a todos nuestros pensamientos. Porque la vida es tan mierda muchas de las veces, una amiga en una relación rota, un hermano que no es capaz de centrarse y yo, bueno, a mí me quitó hace muchos años a alguien a quien amaba con locura.

—¿Qué vas a hacer con tu hermano? —pregunta sacándome de mis pensamientos.

—Hablaré con mis padres, no puedo hacer más.

—Sabes que él no es muy diferente de quien fuiste tú una vez.

—No —respondo seca.

—Pozo Izquierdo, época de los noventa.

Los recuerdos vuelven a mi cabeza, cuando hacía surf por esa zona. Estaba con la mujer más importante de mi vida surfeando las olas. Al recordarlo, una sonrisa se escapa y muerdo mis labios. Noto la mano de Nayra apretarme el muslo y mis ojos se desvían para mirarla.

Es la vibración de mi móvil la que me hace controlar lágrimas y es un mensaje de mi hermano.

—¿Recuerdas lo que te dije hace unas semanas del intercambio?

Mi mente intenta recordar, pero no logro saber qué es, y recuerdo sus palabras: nunca me prestas atención. Le muestro el teléfono a mi amiga y me mira extrañada.

—Claro que lo recuerdo —respondo mintiendo.

—¿Qué es eso del intercambio? —pregunta Nayra.

—Ni idea, pero no puede saber que no me acuerdo.

Mi móvil vuelve a vibrar.

—Pues he encontrado a una persona que encaja, así que nos intercambiaremos la casa.

Me quedo bloqueada, ¿cómo qué intercambiar la casa? Que él no tiene, que la casa donde vive es mía. Esto tiene que ser una jodida broma.

—¿Aceptaste eso? —pregunta mi amiga.

—No, que yo recuerde. Esto es una locura, es mi casa, joder.

—Quizá deberías de dejar que pase.

—Una mierda —respondo poniéndome de pie.

—No es mala idea, te deshaces de tu hermano y su última locura. Cuando vuelva, tienes la excusa perfecta para que se largue de tu casa.

—No tengo que buscar ninguna excusa, no pienso hacer eso. A saber, quién viene.

—Pregúntale, deja que te diga, salir de la zona de confort está bien a veces.

—Una cosa es salir de eso, otra meter a alguien extraño en tu casa.

—Tu casa últimamente parece un burdel y no precisamente porque las mujeres las lleves tú.

—Es mejor ir a ver qué locura se le ha ocurrido esta vez —digo desesperada.

—Mantenme informada.

Me despido de mi amiga, pero antes de marcharme sujeto su rostro.

—Habla con Juan, díselo directamente, sin rodeos.

—Lo haré —afirma bajando la mirada.

Camino a paso rápido, para llegar a mi casa y saber la nueva aventura de mi hermano en la que yo, sin quererlo, me he visto envuelta.

Capítulo 3

Julia

Llego a la casa enfadada, accedo y una vez dentro busco a Bruno, que parece que no está. Voy a la terraza para ver si está allí, pero nada.

—¿Dónde se habrá metido? —digo cabreada.

Saco el móvil y busco su número apretando el botón de llamada. Los tonos suenan y no lo coge, esto me enfada, no puede decirme algo así y ahora no dar señales de vida. Voy a la cocina a beber agua e intentar tranquilizarme. Insisto en llamarle, pero sigo sin respuesta. Cuando lo intento una tercera vez, me cuelga.

—Será gilipollas —escupo.

Salgo a la terraza, ya es de noche, pero tomo asiento en una de las hamacas y al recordar que hace unos días me encontré a una mujer ahí, me levanto de inmediato.

—Tengo que limpiarlas, a saber, qué cosas habrá hecho ahí mi hermano y la rubia.

Entro al salón y me siento en el sofá subiendo las piernas en él. Cojo el móvil y veo que mi hermano me ha escrito.

—Ya voy para casa.

Suspiro y me recuesto, intentando no ladrarle cuando entre por la puerta.

Tengo todo apagado, la casa está completamente a oscuras, solo se cuela la luz de la luna que entra a través de la cristalera que da a la terraza. Escucho las llaves entrando en la cerradura, mi hermano abre la puerta, lleva a su fiel amiga entre las manos, esa tabla de surf de la que nunca se separa.

—Me vas a contar qué cojones es eso de un intercambio —suelto sin que él llegue a encender la luz.

—Joder, qué puto susto. ¿Eres tonta o qué te pasa? ¿Cómo vas a estar a oscuras?

—Es mi casa, puedo estar como me dé la gana.

Bruno me ignora y pasa por mi lado para dejar la tabla en la terraza y después vuelve a mi lado.

—Ni se te ocurra sentarte así en el sofá, estás mojado.

Él se mira y tras meditarlo, se empieza a quitar la ropa.

—¿Qué haces? —pregunto poniéndome de pie de un salto.

—Quitarme el bañador para poder sentarme en el sofá —dice como si fuese una obviedad.

—Así tampoco te vas a sentar —digo señalándolo—. Espero que tus partes nobles jamás hayan tocado mi sofá.

Bruno ensancha una sonrisa y yo cierro los ojos al pensar que voy a tener que contratar a alguien para que desinfecte toda la casa.

—¿Mi cama no la habrás usado?

—¿Por quién me tomas? —dice ofendido—, aunque una vez nos pillaba más cerca la tuya que la mía y…

—Mierda, Bruno —protesto con cara de asco.

—Es broma, hermanita, realmente solo he utilizado mi habitación.

—Y la terraza —puntualizo.

—No —niega con la cabeza.

—El otro día había una mujer desnuda.

—Ya, pero era para no mojarse la ropa interior, prometo que solo he ocupado mis aposentos para dar placer al cuerpo.

Pongo los ojos en blanco al escucharlo.

—¿Qué eso del intercambio? Pero primero ponte un pantalón.

—Lo llevo puesto, no has dejado que me lo quite, ¿no quieres ver mi culito blanco?

—Lárgate a cambiarte, que soy tu hermana.

—Ni que no te hubieras cansado de cambiarme los pañales. Aparte ya me has visto desnudo otras veces.

—Eras un bebé, Bruno, ahora eres un hombre, o niñato no lo tengo del todo claro lo que eres.

—Soy un jovenzuelo que disfruta de la vida, deberías de probarlo.

Bruno sube las escaleras mientras yo espero paciente. Una vez baja, se sienta a mi lado, se ha puesto otros pantalones cortos, pero sigue sin camiseta.

—Estoy esperando una explicación —digo al ver que no habla.

—Te dije que me había metido en una aplicación donde se intercambian casas para ir de vacaciones o por trabajo. Pues bueno, he encontrado a alguien que quiere cambiar la casa, yo me

iría a Asturias y ella aquí.

—¿Cuándo has tomado esta decisión sin consultarme?

—Te lo dije hace un mes, te hablé de ello y de que tenía un proyecto que podía funcionar.

—¿Un proyecto? —pregunto riendo—. Tú, que solo sabes estar en la playa.

—Trabajo allí. Doy clases.

—Ya, eso es trabajo según tú, pero sigues viviendo en casa de tu hermana y encima decides alquilarla.

—No es un alquiler, no hay dinero de por medio, solo nos cambiamos la casa y ya.

—Eso lo puedes hacer si fuese tuya, Bruno, pero es mía, joder. No quiero a nadie aquí.

—Ya sé que es tuya, no hace falta que me lo repitas. ¿Sabes cuánto vale ahora comprar una casa? ¿Un alquiler? ¿Realmente sabes cómo han subido las cosas?

No respondo y me quedo callada, nunca he visto a Bruno tan cabreado como ahora.

—Claro que no lo sabes, porque viviste una buena época, donde pudiste comprar esta casa y ya no tener hipoteca.

—Sí que tuve hipoteca, pero no estaba pasándome los días en la playa.

—Claro que no, estabas encerrada en tu miserable vida, trabajando para ser la hija perfecta. En realidad, creo que fue para huir de tus miedos. Porque, Julia, tú y yo no somos muy distintos, solo que a ti la vida te dio un palo.

—Para —exijo.

—Pasabas las tardes en Pozo Izquierdo con ella, y mírate a ahora en lo que te has convertido.

—¡Que te calles! —grito.

—Ella murió, acéptalo de una vez. Fue un puto accidente y…

El sonido de mi mano contra la mejilla de Bruno resuena en el salón. Contengo las lágrimas y él me mira con rabia. Tengo que marcharme de allí antes de que mis ojos comiencen a soltar todo. Estoy aguantando para no explotar, subo las escaleras y me meto en mi habitación dando un portazo.

Me tiro en la cama y dejo que todo lo que salga. El llanto se apodera de mí, los recuerdos vuelven, su risa, sus caricias, el cómo pasábamos las tardes. Han pasado veinte años desde aquello, desde que una tarde la vida terminó para las dos. Teníamos planes, pero la vida es cruel. Desde ese tiempo me pregunto por qué le pasó a ella y no a mí, pero no consigo las respuestas ni creo que lo logre.

—Lo siento —escucho que dice desde fuera—. Soy un gilipollas, lo sé.

—Lárgate.

Pienso en las palabras de mi hermano y en algo tiene razón, antes de que pasara todo yo no era muy distinta a él. Estaba todas las tardes que podía en la playa junto a ella. Estar en el mar nos relajaba, coger cada ola que podíamos, reír, después tomando algo con los amigos, mi vida era distinta hasta que aquella tarde en que todo cambió y mi refugio fue el trabajo.

No sé el tiempo que llevo llorando, pero es mi móvil vibrando lo que me saca de ese estado. Miro la pantalla y es Nayra, no lo cojo, pero ella insiste.

—Coge el teléfono, por favor —me pide.

Cuando vuelve a llamar, descuelgo y me mantengo en silencio.

—¿Cómo estás?

—No lo sé —reconozco.

—¿Quieres que vaya a tu casa?

—No. ¿Cómo sabes?

—Bruno me llamó preocupado, sabe que la ha cagado.

—Siempre lo hace, pero no va a cambiar.

—Julia, la realidad es que no puedes seguir encerrada entre la casa y el trabajo. En eso él tiene razón. Quizá lo que te ha propuesto no es del todo una locura.

Expulso todo el aire que tengo por la nariz.

—No lo voy a hacer.

—Bruno me ha contado quién es la chica y no parece un peligro, quizá eso te haga salir de tu zona de confort.

—Mi hermano ya me saca de esa zona. Tener que soportar su estilo de vida es agotador. No puedo meter a alguien en mi casa por otra de sus locuras.

—Parece que esta vez sí tiene un plan.

—Mira, Nayra, y cuando quería dedicarse a la cría de caracoles porque decía que daba dinero, cuando tuve mi jardín lleno de cajas de unos gusanos porque la caca de esas cosas se vendía bien. Siempre empieza un proyecto y se cansa.

—Este es distinto, Julia, es lo que ama, el mar. Quiere montar una escuela de surf.

—Nayra, que es Asturias, que allí el agua está helada, ¿quién cojones va a querer hacer surf? Es que vive en una nube.

—Dale la oportunidad, deja que lo intente.

—Ya claro, y mientras yo tengo que meter a una extraña en mi casa.

—Es solo por unos meses.

—¿Meses? —pregunto abriendo los ojos.

—Es mejor que te lo cuente él.

Escucho cómo Juan llama a Nayra y eso me recuerda la conversación de hace un rato.

—¿Has hablado con él?

—No —responde.

—Tienes que hacerlo.

—Lo sé.

Juan insiste en llamarla, ya que no contesta, hasta que ella le dice que ya va.

—Vamos a hacer algo —propongo sin pensarlo demasiado.

—¿El qué?

—Yo acepto el intercambio de mi hermano y escucharlo en ese proyecto y tú hablas con Juan y le dices lo que te pasa.

—Bufff, lo mío es más complicado.

—No lo es, que yo tengo que meter a una extraña a mi casa, guapa.

—Dejar a mi marido. ¿Crees que es fácil?

—¿Quieres seguir viviendo algo que no te mueve por dentro? —pregunto.

—No —reconoce.

—Pues ese es el acuerdo. Yo apoyo a mi hermano en su siguiente locura y tú tomas las riendas de tu vida.

—No debí llamarte.

—¿Aceptas?

—Acepto —afirma–. Pero hoy no sé si podré hacerlo.

—Puedes, Nayra, claro que puedes.

Escucho bufar a través del auricular y después cortamos la llamada. Me pongo de pie y miro mi rostro en el espejo que tengo en la habitación. Se pueden ver los restos de que he llorado, me limpio un poco y salgo para dirigirme a la habitación de Bruno.

Capítulo 4

Olaya

Estoy en mi estudio sentada enfrente de mi próxima colección y la realidad es que el tiempo pasa y no logro encontrar algo que me motive. No sé cómo llegaré a los plazos, pero a finales de este año tengo que presentar algo.

—Olaya, necesito algo que mostrar, dime al menos de qué va a tratar —reclamó Arturo, mi representante.

Exhalo el aire por la nariz, porque ni yo misma sé de qué se va a tratar.

—No me presiones, cuando sepa algo te lo diré.

—Este año estás tardando más de lo habitual. Necesito al menos saber que vas a cumplir.

—¿Acaso no lo hago siempre? —escupí cabreada.

Arturo levantó los brazos y tras decirme que necesitaba unas vacaciones urgentes se marchó de mi estudio.

Ahora sigo sin saber qué hacer, eso pasó hace dos semanas y estoy en el mismo punto de partida, nada de lo que hago me gusta. No sé en qué centrarme. Sé que soy joven y que, a mis treinta y tres años, es la primera vez que pienso que la motivación por pintar se me ha esfumado.

El sonido del timbre de mi estudio es el que me saca de mis pensamientos. Aunque sigo mirando el lienzo en blanco que tengo enfrente, no logro levantarme para abrir la puerta. ¿Se me habrá acabado la creatividad? ¿Tan pronto?

—¡Abre la puerta, Olaya, sé que estás ahí! —escucho a mi amiga.

Miro en dirección de los gritos, como si pudiera ver a través de las paredes. Me levanto antes de que la energúmena de mi amiga eche la puerta abajo.

—Menos mal que me abres la puerta, ¿sabes cuantos *WhatsApp* te he mandado?

Entra como un huracán sin reparar en mí, solo es Paloma y su discurso de porque no doy señales de vida. La realidad es que solo hace una semana que no respondo a nadie, he tenido épocas más largas de no coger el móvil, no entiendo esto.

—¿No vas a decir nada? —pregunta esta vez mirándome a los ojos.

No soy capaz de hablar, mi respuesta es solo encogerme de hombros. Paloma camina hasta

donde tengo los lienzos y, tras mirar, viene donde estoy yo y sujeta mi cara entre sus manos.

—Puedes hacerlo, sabes que puedes.

—No lo tengo tan claro —susurro.

Me rodea entre sus brazos y asegura que soy capaz de cualquier cosa y de eso ahora mismo no estoy tan segura.

—Estás saturada, es eso —comienza a decir—. Necesitas salir de aquí, nos vamos a la playa.

—Hace frío —protesto.

—Mira, Olaya, estamos en julio, así que nos vamos.

—Es tarde —intento seguir poniendo excusas.

—¿Dónde está la loca de mi amiga?

—Bufff, estoy agotada —reconozco sentándome en la silla.

Mi amiga, la misma que ha sido cómplice de mis locuras, tira de mi mano y hace que me ponga de pie, me quita el delantal que llevo para pintar, se queda unos minutos observándome.

—¿Qué? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Hasta con el peto, ese feo, lleno de pintura y el pelo alborotado, estás tremenda, cabrona.

Eso me saca una carcajada.

—Eres idiota.

—Ya, pero aquí la que siempre se lleva a alguien en la cama eres tú. Aunque últimamente no te veo receptiva.

—No quiero a nadie —aseguro encogiéndome de hombros.

Paloma me mira entrecerrando los ojos y con una sonrisa en los labios, se acerca y me coge de los hombros.

—¿Qué has hecho con mi amiga?

Pongo los ojos en blanco y me voy a dejar caer en la silla, pero Paloma me vuelve a sujetar del brazo.

—Nos vamos, que hemos quedado para ir a tomar algo.

—No quiero —protesto—. Aparte así vestida no voy a ningún sitio.

—Claro que vas a ir, como Paloma que me llamo.

—Déjame ir a la casa para cambiar.

—No —dice tirando de mí.

El lugar donde creo el arte está al lado de mi casa, compré una casa con algo de terreno a reformar, mi estudio es lo que antes era una cuadra para guardar el ganado y la casa está pegada. Es algo pequeño, pero ideal para alguien que vive sola. Está algo alejada del ajetreo de la capital, pero lo suficiente cerca como para no tener que estar horas conduciendo. Tengo las cosas a menos de veinte minutos.

Media hora después estamos en la playa paseando por la orilla, lo hacemos en silencio, solo se escucha el bullicio de la gente y las olas rompiendo. El mar Cantábrico rugiendo como lo hace siempre.

—Me encanta el mar —reconozco.

—Eso ya lo sabemos. Ahora es saber por qué estás así, tan apagada, dónde está la alocada de mi amiga, la que le da todo igual…

—Quizá ya no esté.

—Sí que está ahí dentro —dice poniendo el dedo en mi pecho.

—Necesito cambiar de aires, esto me está agobiando —reconozco.

—¿No estabas mirando en esa aplicación de intercambio de casas?

—Sí, es *Love Home Swap,* pero no encontraba algo que me gustara, estuve mirando Australia, pero eso es demasiado lejos.

—¿Qué es lo que buscas?

—Sol y playa —afirmo encogiéndome de hombros.

—Las islas Canarias. Es lo ideal, está cerca y hay lo que buscas.

—Llega la temporada alta, no creo que nadie esté dispuesto a cambiar la casa.

Paloma me detiene y me exige que saque el móvil y abra la aplicación, por su insistencia lo hago. Buscamos en Tenerife y Gran Canaria las islas más grandes. Hay varias personas sorprendentemente. Comenzamos a mirar y mi amiga me para en una casa con terraza y piscina, pulsa encima y lee la zona en la que está.

—Está en el sur de la isla, esa es la tuya.

—No vayas tan rápido que el chico quizá no quiera cambiar con mi casa.

—Pone que quiere ir al norte de España y Asturias que yo sepa está en el norte.

—Tiene perfil de surfero, quizá quiera San Sebastián —expongo.

—Escríbele.

La miro y alterno la mirada entre la pantalla de mi móvil y su cara. Hasta que algo dentro de

mí me dice que lo haga, que no pierdo nada por intentarlo. Le escribo al chico que se llama Bruno y guardo el teléfono.

—Perfecto, ahora vamos a tomar algo.

—Quiero ir a casa.

—No, hoy es noche de chicas —asegura tirando de mí.

Terminamos quedando con nuestro grupo de amigos recorriendo los bares entre pinchos y cervezas, eso me hace despejarme. Pensar que necesito desconectar, como muchos de ellos me dicen, que me dé un respiro y que vuelva recargada, que me permita dejar atrás mi lugar seguro y ver qué hay más allá de Asturias, que no sea por trabajo, porque la realidad es que he recorrido mundo, pero siempre ha sido por el arte.

El sol entrando por la ventana me hace abrir los ojos. No recuerdo ni cómo he llegado a la cama, ni siquiera sé si estoy en mi casa. Intento enfocar mi alrededor para ubicarme y me doy cuenta de que estoy en casa de Paloma y que mi amiga no está en la cama. Miro el reloj y es más de la una, me siento en la cama de golpe y comienzo a marearme, me dejo caer y suspiro.

—Buenos días, bella durmiente —dice entrando Paloma.

—No grites —protesto poniendo la almohada en la cara.

—No he gritado. ¿Vas a comer aquí?

—Sí, no voy a poder conducir hasta mi casa, se me mueven las cosas solas.

Mi amiga comienza a reírse y ese ruido taladra mis oídos.

—Para, por favor —suplico.

—Si ayer no te hubieras bebido hasta el agua de los floreros.

—La culpa es tuya, por dejarme beber.

Ella ríe y vuelvo a pedir que pare.

—Necesito café y calmantes, muchos.

—Ve a la ducha y yo te preparo algo.

—Necesito tomarme cualquier cosa antes de levantarme —pido.

Paloma sale de la habitación y vuelve con un vaso de agua y dos pastillas que no sé ni que son. Pongo cara interrogativa que entiende perfectamente.

—Tómatelo y a la ducha —ordena.

Cuando salgo voy a la cocina, tomo asiento y apoyo mi cabeza en la mesa.

—Quiero morir —protesto.

—Exagerada.

El móvil vibra y miro la pantalla, me salta una notificación de *WhatsApp* y no tengo ni idea de quién es, miro a mi amiga y le enseño lo que pone.

—Me parece genial, hagamos el intercambio.

—Es Bruno —dice como si fuese una evidencia demasiado lógica.

Entro en la aplicación de forma apresurada y veo que he mantenido durante la noche una conversación con él y no logro recordar nada. Hemos aceptado intercambiar la casa, tan rápido ha sido que no me lo puedo creer.

—Ha aceptado —afirmo—. ¿Qué hice anoche?

—Digamos que te dimos un empujón para que te fueras a esa increíble casa en Meloneras.

—Estás loca —digo cabreada y una punzada en la cabeza hace que me apriete las sienes.

—Hablé con él, incluso también lo hizo Pelayo.

—¿El pijo ha hablado con el chico?

—No le digas así. Sí que habló y parece un tío legal. De todas formas, estarás sola en esa casa; él se vendrá a la tuya.

Apoyo la cabeza en la mesa y suspiro.

—¿Cuándo me voy?

—Eso tienes que cuadrarlo con él, pero menos de una semana le di de margen.

—Joder, Paloma.

—Tienes que hacerlo, Olaya, tienes que desconectar de todo esto.

Entro en la aplicación de *WhatsApp* y ahí confirmo que tengo cuatro días para preparar las cosas, he de ir a un lugar totalmente desconocido para mí.

Capítulo 5

Julia

Voy a la habitación de Bruno y ahí está, en el escritorio, con el portátil abierto y tecleando como un loco. Golpeo con los nudillos la puerta para llamar su atención, él se gira y al verme se levanta rápidamente. No dice nada, solo me abraza y mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas.

—Soy un capullo, no debí…

—Ya —lo corto—. No quiero hablar sobre eso.

—Sabes que tienes que hacerlo, Julia, lo que pasó.

—Para —repito con los ojos llorosos.

Él asiente, sujeta mi cara y deja un beso en mi frente.

—Necesito que me cuentes eso del intercambio.

Me mira entrecerrando los ojos, extrañado por mi repentina curiosidad.

—¿Vas a aceptar?

—Habla antes de que me arrepienta.

Tira de mí hasta que me hace sentarme en la silla; él se mantiene al lado. Empieza a explicarme primero el proyecto que tiene, aunque yo sigo pensando que debe tener un plan b sobre todo para la época de invierno. Él se ve ilusionado con el tema.

—¿Tienes inversores?

—Sí —responde arqueando la ceja.

—Sabes que en esa zona hay miles de empresas de actividades. ¿Cómo lo piensas hacer?

—Pues la competencia siempre ha existido, ahora toca pelear para ser los mejores.

—Si crees que es viable, adelante —termino diciendo.

—Gracias —dice emocionado.

—¿No irás a llorar ahora? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Yo nunca lloro —dice limpiándose el rostro.

—Ya.

Los dos reímos mientras él hace que me levante de la silla para abrazarme.

—No sabes lo feliz que me haces por apostar por mí —susurra.

—Idiota —digo golpeando su hombro tras apartarlo, para evitar emocionarme.

—Este Idiota está feliz.

—Ahora dime eso de que voy a tener una inquilina.

Bruno va al ordenador y abre el perfil de la chica que tiene en Instagram. Es morena, pelo rizado y con una sonrisa que me recuerda a la de mi hermano, esa que parece que siempre están felices, pase lo que pase.

—Es ella. Es artista y dibuja increíblemente bien.

—¿Por qué hace el intercambio de casas? —pregunto con curiosidad mientras vuelvo a tomar asiento.

—No lo sé, ella buscaba casa en Canarias y yo en el norte de España.

—Y eso, cómo se encuentran, ¿cómo diste con ella?

—Hay una aplicación para eso. Descarté a muchos hasta que di con Olaya y me dio buena vibra.

—¿Olaya?

—La chica se llama así.

—¿Ese es su nombre? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Sí —asegura riendo.

—Parece joven, ¿te gusta?

—Es cinco años mayor que yo, y está muy buena —afirma.

—Qué burro eres.

—Es una realidad, a la muchacha yo le daba un repaso. Voy a escribirle y decirle que has aceptado.

—No tan rápido, hay que hacer un contrato.

—¿Contrato? —pregunta con asombro.

—Sí, ¿no pensarás que voy a meter a alguien sin uno?

—Es un intercambio, ella no me hace uno.

—Eso es su problema. No va a pisar esta casa hasta que no lo firme.

—Eres más rara, hermanita.

Me levanto para salir de la habitación y antes de hacerlo me giro para observar a mi hermano que se queda mirándome.

—Siento lo de antes, no quería ser tan dura.

—No importa —asegura guiñándome el ojo.

Sonrío antes de salir de la habitación y dirigirme a la mía. Cuando entro cojo mi móvil y le escribo a Nayra.

—Ya he aceptado, solo tengo que redactar el contrato de intercambio, que no tengo ni idea cómo se hace eso. Yo solo sé de números y no de un intercambio de casas.

—Yo puedo redactarlo si quieres.

Nayra es abogada, así que decido que es buena idea que lo haga ella.

—Sería perfecto. ¿Has hablado con Juan?

—No. Te prometo que lo haré.

No respondo, porque sé que no puedo seguir pidiéndole que tome una decisión que solo le corresponde a ella.

Al día siguiente, después de salir del trabajo, recibo un correo y al mirarlo es de Nayra; en él me pasa el contrato y comienzo a mirarlo en el coche. Tras ojearlo por encima, veo que está perfecto. Incluso debió de preguntarle el tiempo a Bruno por estar puesto, eso me hace ir de nuevo a revisar la fecha y ver que es en tres días y que es hasta octubre.

Llego a la casa y voy a la terraza a buscar a mi hermano, que me lo encuentro tirado como un lagarto en una de las hamacas.

—Tres días, Bruno, ¿en tres días te vas y ella viene?

—Hola, hermanita. Me has dicho que sí. Lo hablamos anoche —resuelve incorporándose.

—Pero no pensaba que fuese ya, creía que era algo para agosto. No sé —digo nerviosa.

—Relájate, la muchacha es de confianza. He estado hablando con ella un tiempo.

—¿Cuánto?

—Una semana.

—Mierda, Bruno, esto debe ser una coña.

Mi hermano se acerca y me abraza para que me relaje y yo me aparto de él.

—Lo que voy a decir es una completa locura, pero te envío el contrato para que lo firme y que se venga.

—Gracias, hermanita.

—No me hagas arrepentirme de esto —lo amenazo.

—No, no, verás que esta vez es la correcta.

Voy a la cocina y por el camino le envío el correo a Bruno. Sé que esto es una de sus ideas locas y que volverá y dirá que no era el proyecto indicado como hace siempre, pero lo que tengo claro es que esta vez será la última y que él, cuando vuelva, se irá a casa de mis padres.

Capítulo 6

Olaya

Estoy en el estudio sabiendo que debo partir a Gran Canaria, pero necesito saber si sale algo antes de hacerlo. No lo hace, no logro concentrarme, la frustración se apodera de mí como cada día en estas últimas semanas. El móvil vibra a mi lado, ni siquiera me molesto en quitarle los datos como suelo hacer. Miro la pantalla y veo un mensaje de Paloma.

—Espero que estés haciendo la maleta y ordenando todo.

Sonrío al leerlo, porque ni siquiera sé qué llevar a una isla; la realidad es que ni he comprado los billetes. Mi teléfono comienza a vibrar y miro sorprendida que es Bruno, el chico de Gran Canaria.

—Diga —respondo.

—Hola, Olaya, quería hablar contigo.

—Dime, ¿ha pasado algo? ¿Ya no vamos a hacer el intercambio? —pregunto, pensando que, si así fuera, no me importaría, porque las inseguridades se han apoderado de mí.

—No, no, el intercambio se hace. Es solo que mi hermana se ha enterado y me dice que es mejor que te mande un contrato.

—¿Contrato? Ya la aplicación nos respalda.

—Ya, pero ella es muy correcta y dice que es mejor para mí que lo firmes.

—Sin problema, mándamelo, pero yo no tengo contrato —aclaro.

—Tranquila, en ese pone el intercambio de ambos, tú también estás respaldada en caso de que quiera ocupar tu casa.

La afirmación de Bruno me hace soltar una carcajada.

—Te lo mando por el correo que figura en *swap*, lo único que te pido es que me lo mandes hoy, si puede ser.

—Sí, tranquilo. Lo firmo y te lo envío.

—Perfecto. Por cierto, ¿ya has sacado los billetes?

—No —confieso.

—Vale, desde que los tengas, avísame, así yo cojo el pasaje más tarde y nos vemos en el aeropuerto para las llaves.

—Yo le voy a dejar las llaves a mi amiga, ella te recogerá en el aeropuerto para que no te pierdas —afirmo, aunque Paloma no sabe absolutamente nada, ella me ha metido en esto, ella que ahora se encargue del Canario guaperas.

—Como quieras, pero yo prefiero darte las llaves en mano y así nos vemos.

Tras confirmar que, desde que saque el pasaje a Gran Canaria, le mandaré la hora de llegada, colgamos. Miro al lienzo en blanco y sonrío, voy a cometer una locura, pero en el fondo sé que es una oportunidad para desconectar.

Recibo el correo y lo abro, voy a la casa, allí tengo un pequeño despacho para poder imprimir el documento y firmarlo, aunque lo puedo hacer en línea, prefiero hacerlo como se hacía antes.

Comienzo a ojearlo y tiene más páginas que cualquier contrato firmado con alguna galería de arte. En principio no encuentro nada que haga saltar las alarmas, busco las fechas y confirmo que es en dos días, tengo que espabilar para tener todo en orden antes de marcharme. Lo que me doy cuenta es que en el contrato hay otro nombre: Julia Bethencourt, observo extrañada porque esa mujer está incluida, así que decido resolver mi curiosidad y le mando un WhatsApp

—¿Quién es Julia?

Miro la pantalla esperando que me conteste y, por suerte, lo hace rápido.

—Es mi hermana —afirma como si fuera una obviedad.

—¿Por qué aparece en el contrato?

—Porque la casa es de los dos.

Tiene sentido que aparezca si son de los dos.

—Es una herencia de nuestros padres —responde de pronto.

—Vale, te envío ahora el contrato firmado.

—Perfecto.

Cuelgo y escaneo los documentos para enviárselos, después me pongo a mirar pasaje. No me había dado cuenta de cuánto puede costar un vuelo a las islas canarias, resulta más viable recorrer Europa que viajar a nuestro propio territorio.

Por la tarde, Paloma aparece en mi casa y entra como un huracán.

—Ya tienes todo listo. Mira que no tienes demasiado tiempo. ¿Cómo van a hacer el intercambio de llaves?

Sigue hablando, pero yo he desconectado, no para de preguntar, es peor que mi madre cuando se pone de pesada. Simplemente, me cruzo de brazos mientras ella sigue hablando como una loca.

—Contesta —exige.

—Dejé de escuchar en la primera pregunta —confieso.

—¿Lo tienes todo?

—Claro, me voy en dos días.

—¿Billetes? ¿La maleta?

—Para, Paloma. Está todo, incluso Bruno me hizo firmar un contrato de intercambio, eso era más largo que la biblia —admito poniendo los ojos en blanco.

—Exagerada, de todas formas, está bien que firmen uno para no tener problemas.

—Hay algo que te tengo que contar.

—Dime.

—Verás, le dije a Bruno que tú ibas a recogerlo, para que no se perdiera —digo, poniendo cara de pena.

—Ni de broma, yo no tengo tiempo.

—Sí que lo tienes, ahora mismo estás aquí.

—Trabajo —afirma, aunque sé que miente.

—Trabajas de mañana, Paloma. Eres funcionaria, no has trabajado por la tarde en tu vida.

—No quiero ir a recoger a un extraño —admite.

—Es buen tío, no parece un asesino en serie ni nada.

—Esos son los peores, los que parecen buenos. Pelo medio largo, rubio por el sol, cuerpo de infarto.

Miro a mi amiga mientras sigue describiendo a Bruno y entrecierro los ojos, sabiendo que se ha puesto a investigar.

—¿Qué más sabes? —pregunto con curiosidad.

—Que tiene veintiocho años y está soltero —dice alzando la ceja.

Alzo las manos y con mirada interrogante ella sabe lo que le quiero decir.

—Lo busqué por Instagram, tiene el perfil abierto. Me encantaría que pasara una noche en mi cama.

—No te líes con él. Eso queda totalmente prohibido.

Mi amiga se ríe y pone cara de pucheritos.

—Paloma, es un tío que está de paso y tú te encoñas demasiado rápido y después huyes porque te da miedo el compromiso.

—Hagamos algo, yo no me beneficio a Bruno, pero tú tienes que liarte con alguien en la isla.

—Ni de coña, voy a desconectar, no a liarme con el primero que pase.

—O primera —dice alzando la ceja—. Que tú le das a los dos bandos.

—No tienes remedio —digo, poniendo los ojos en blanco.

Pasamos la tarde hablando mientras ella es la que me prepara la maleta, porque dice que soy un desastre y me olvidaré cosas. Antes de marcharse, dijo que me llevaría al aeropuerto y que era mejor dejar las llaves del coche a Bruno para que se pudiera mover. La realidad es que no había pensado en eso, yo allí no sé si tendré cómo moverme, pero tengo claro que aquí el Canario necesita cómo moverse.

—Te recojo a las dos y no seas impuntual —dice antes de marcharse.

En dos días comienza mi nueva aventura: un destino que nunca he estado y un objetivo que cumplir: volver con las energías renovadas y con una idea para mi siguiente exposición.

Capítulo 7

Julia

Ha llegado el día, estoy en el aeropuerto esperando junto a mi hermano la llegada de la chica. Estoy nerviosa de que alguien desconocido ocupe el mismo espacio que yo me tiene algo irritada, pero tengo que darle esta última oportunidad a la locura de Bruno.

Cuando mis padres se enteraron, casi lo matan, todavía escucho los gritos de mi padre, mientras mi madre intentaba calmarlo. Solo espero que nos calle la boca a todos y por fin se centre, da igual si es en el norte de España o aquí, pero que lo haga.

—¿Nerviosa, hermanita? —pregunta el idiota.

—No.

—Ya —responde entrecerrando los ojos.

—Creo que llevas poca ropa, mira que ir solo con equipaje de mano —indico.

—Tengo lo suficiente, hay que ser prácticos.

—Te vas al norte, allí debe hacer frío.

—No creo que sea para tanto, cuando estuve en Dinamarca, siempre usaba la misma ropa.

—Eres un guarro —digo, poniendo cara de asco al pensar en eso.

—Solo me cambiaba la interior, aunque bañarse a veces costaba demasiado, aparte no se suda y…

—Déjalo, Bruno, prefiero no saber —lo interrumpo antes de que me muera del asco al saber cuánto tiempo pasaba sin darse una ducha.

Miro la pantalla con la información de los vuelos y ya ha llegado, sé que tengo que tranquilizarme y no ser borde con la chica, ella no tiene la culpa de las ideas del descerebrado de mi hermano, aunque pensándolo bien, ella es igual irresponsable que Bruno, mira que venir a un sitio desconocido y compartir casa con una extraña.

—Hay algo que no te he contado —comienza a decir mi hermano cuando veo que empieza a salir gente de la zona de llegadas.

—¿Qué has hecho? —pregunto nerviosa.

Bruno alterna la mirada entre la puerta y mis ojos, y no dice nada hasta que la ve, una joven con el pelo rizado y una sonrisa que demuestra que está encantada de haber llegado a su destino.

—Verás, ella no sabe qué va a compartir casa contigo.

—¿Qué? Pero es mi casa —protesto.

Bruno me ignora y va en su búsqueda, la abraza como si la conociera de toda la vida y, tras darle dos besos, vienen en mi dirección.

—Ella es mi hermana Julia, se quedará contigo en la casa.

La chica lo mira entrecerrando los ojos sin entender qué es lo que pasa. Hasta que logra verbalizar sus pensamientos.

—Julia Bethencourt, ¿verdad?

—Sí —afirmo estirando el brazo para saludarla.

Ella tiene otros planes y me da dos besos. Su colonia fresca invade mi espacio, aspiro el olor y me reconforta.

—Soy Olaya —susurra antes de separarse.

—Me alegro de que os llevéis bien, yo tengo que marcharme —se despide Bruno.

—No vayas tan rápido, esto no fue lo que hablamos, Bruno, yo viviría sola.

Me quedo expectante mirando a ver cómo mi hermano lo va a solucionar, porque tengo claro que yo no voy a mediar en eso. La realidad es que, si esa mujer no se queda en mi casa, para mí es mucho mejor.

—Ni siquiera notarás que está, trabaja casi todo el día, solo va a dormir.

La chica me mira y vuelve a mirar a mi hermano.

—Esto no es lo acordado, mira que ya me parecía raro que estuviera su nombre en el contrato y confié en ti, pero veo que no debí hacerlo.

—Por favor, Olaya, necesito ir a Asturias y no tengo dinero, sino para el vuelo. No puedo pagar un hotel, apartamento, la realidad es que ni una pensión. Necesito esto, te lo suplico.

Yo sigo en silencio con una sonrisa de maldad dibujada en mi rostro. Por un momento me alegro ver a mi hermano suplicando a una chica que acaba de conocer para poder hacer una locura de las suyas.

Ella al final acepta con resignación, él le da las llaves de la casa tras asegurarle que soy una buena persona.

Las dos quedamos frente a frente sin saber muy bien qué hacer o decir; es la chica quien toma

la iniciativa.

—No sabía que estabas en la casa de Bruno —comenta.

—La realidad es que es mi casa —digo seria.

—Disculpa, no quería, yo no sabía que… Creo que esto es una locura, yo tendría que largarme de aquí.

—Vamos, da igual, esta es la última locura de mi hermano y en lo último que tendrá mi apoyo, no tienes culpa de sus cosas. Como dice mi hermano, casi no estoy en la casa —admito.

—Puedo irme a un hotel, o no sé —dice Olaya, confundida.

—Hay un contrato firmado y una promesa que le hice a Bruno, y yo cumplo.

—Los contratos se pueden romper, no te sientas obligada por esto.

—Haremos algo, si nos sentimos incómodas, tú te vas y nuestras vidas siguen. Así yo no sentiré el peso de que no le di la última oportunidad a mi hermano.

—Vale, probaremos unos días —dice finalmente.

Caminamos en silencio hasta llegar al parking donde tengo el coche. Tras ella meter el equipaje, que por suerte trae algo más de lo que mi hermano lleva a Asturias. Pongo rumbo a Meloneras. Ella se mantiene en silencio, mirando por la ventana. El sol se oculta y el cielo comienza a tener tonos anaranjados.

—Siento si voy a ocupar tu espacio —insiste.

—No debes preocuparte por eso, solo te pido un orden y hay unas reglas.

—No soy una loca, aunque lo parezca por intercambiar la casa.

Miro a Olaya e intento descifrarla, pero no puedo. En su rostro hay como tristeza y alegría al mismo tiempo, es difícil saber lo que está pensando ahora mismo. Parece más cuerda que mi hermano.

—¿Por qué has intercambiado la casa? —pregunto intentando saber el motivo.

—Digamos que me encontraba en un momento complicado y necesito desconectar de todo.

—¿Crees que esto te hará bien?

—Eso espero, porque si mi mente no se despeja tendré un problema bastante grande. Solo quiero saber desconectar que eso me lo he saltado los últimos años.

Me mantengo en silencio y ella vuelve a apoyar la cabeza en el cristal y estar en silencio como si estuviera luchando una batalla interna con sus emociones.

—Estoy contenta, aunque no lo parezca, feliz de estar aquí. Necesito esto, Julia, necesito

perder el control por un momento y volver a sentir que soy la mujer que una vez le apasionaba la vida, porque ahora no puedo sentir eso.

Ella suspira profundamente y yo muerdo mis labios. Sé de lo que me habla, a veces todos necesitamos perder el control sobre las cosas para poder valorar lo que tenemos, está perdida, al igual que yo, pero la diferencia es que ella lo ha aceptado, yo me refugio en el trabajo.

Sigo conduciendo, manteniéndome en silencio. De vez en cuando la miro, su rostro es relajado, aunque no es del todo feliz.

Cuando llegamos, ella abre la boca con asombro al ver la casa. Aparco en el garaje y abro el maletero para que saque las cosas. Cuando lo hace, las deja en el suelo y se va al exterior, no entiendo por qué hace eso y la miro entrecerrando los ojos.

—Vaya, las fotos no le hace justicia —dice emocionada.

—Te ha cambiado la cara —expongo viendo lo evidente—. Ahora entremos para enseñarte la casa.

Hace lo que le pido, coge sus cosas y entramos. Su expresión sigue de asombro, como si nunca hubiera visto una casa.

—Es una pasada esto, solo quiero gritar de alegría, creo que este lugar va a hacer que pueda volver a reconectarme conmigo —expresa riendo.

Niego con la cabeza mientras cierro los ojos. Su alegría envuelve el ambiente, su rostro ha cambiado y yo me alegro de verla sonreír.

—Te explico un poco todo, tu habitación está arriba, es la que ocupaba Bruno. En esta planta está el salón, baño auxiliar, cocina y terraza.

—¿Hay terraza?

—Sí, ahora puede…

No sigo hablando porque me ha dejado sola, se ha largado en dirección a la terraza y está saltando mientras… No, no creo que se vaya a tirar a la piscina con ropa.

—Mierda —digo al ver cómo se ha tirado de cabeza.

Solo se escuchan sus gritos, y yo pienso que mis vecinos me van a matar. Después recuerdo que ya están acostumbrados al idiota de mi hermano y se me pasa, pero así y todo salgo para dejarle claro unas reglas.

—Necesito que hablemos de las reglas.

—Esto es increíble —dice.

Pensaba que me estaba hablando a mí, pero me doy cuenta de que está con su móvil en videollamada. ¿Cuándo la ha hecho? Decido largarme de allí, ahora mismo esa joven no me va a hacer caso, dejaré que se divierta un poco y ya después intentaré dejarle claro, que aquí a partir de las diez de la noche no se hace ruido. Es como si el hecho de entrar en la casa su carácter hubiese cambiado de pronto, como si la Olaya relajada hubiese dado paso a una alocada y no puedo enfadarme por eso, porque la realidad es que todos hemos tenido un momento de euforia en la vida.

Subo hasta mi habitación y me tiro en la cama.

—Qué duro van a ser estos meses —susurro tapando mi cara.

Capítulo 8

Olaya

Cuando Julia comienza a explicarme cómo es la casa y me dice que hay una terraza, voy corriendo, ignorándola. Saco el móvil y comienzo a hacer una videollamada a mi amiga. Sin pensarlo demasiado, me lanzo a la piscina, completamente vestida. El agua fría me envuelve, y por un momento, disfruto de esa sensación de libertad. Siempre he sido así, impulsiva, haciendo lo que me apetece en el momento sin preocuparme demasiado por las consecuencias. Escucho cómo Paloma me habla al verme, miro al interior de la casa y veo a Julia corriendo escaleras arriba hacia lo que creo que será su habitación. Su reacción me hace gracia y no puedo evitar soltar una pequeña risa.

Al entrar a la casa, una sensación de alegría se ha apoderado de mí. Sé que estoy en el sitio correcto y quiero disfrutar de la decisión que he tomado al intercambiar la casa.

Le digo a mi amiga que espere un momento y me siento en el borde de la piscina con las piernas dentro.

—¡Paloma! La casa es increíble, mira dónde estoy.

—¿Te has tirado con ropa? —pregunta mi amiga riendo.

—Sí, es que sabes cómo soy, no he podido evitarlo, hace calor aquí.

—Me encanta verte sonreír, hacía demasiado tiempo que no lo hacías.

—Ha sido algo raro, fue entrar y que las ganas de hacer una locura se apoderaran de mí, como si fuese una niña pequeña sin pensar en lo que estoy haciendo ni en las consecuencias.

—Me gusta tu actitud. Ahora toda esa casa para ti sola.

—Hay algo que no me contó Bruno y es que la realidad la casa es de la hermana y viviré con ella.

Veo cómo mi amiga frunce el ceño y yo sonrío.

—¿Cómo es ella?

—Es... diferente —respondo, pensando en la forma en que Julia me miró al llegar—. Hay algo en ella que me intriga. Es seria, pero tiene una especie de magnetismo...

—Mientras se lleven bien, será perfecto. Yo voy a ir ahora a buscar a Bruno, ¿cómo es él?

—Un muchachito de muy buen ver —aseguro riendo—. En mi casa no se hace nada —le advierto.

—Para eso tengo la mía —dice alzando la ceja.

Comenzamos las dos a reír. Mi amiga está encantada de volver a escucharme alegre y yo de poder haberme relajado tanto nada más entrar a la casa y tirarme en la piscina. Tras colgar, salgo de la piscina y me quedo parada en el borde que separa la casa de la terraza. Pienso en Julia y sé que si entro mojada se va a enfadar y es normal. La ropa me pesa una tonelada y estoy creando un charco considerable en el suelo. Miro alrededor buscando algo con que cambiarme, pero no veo nada. Aunque ya es tarde y no hay sol, hace calor, pero, aun así, estar empapada no es agradable.

Tras pensarlo un momento, decido que lo mejor será quitarme la ropa y escurrirla. Total, estoy en el jardín y nadie puede verme. Me quito la camiseta y los pantalones, quedándome en ropa interior. Mientras retuerzo la ropa para sacar el exceso de agua, siento una mirada sobre mí. Al levantar la vista hacia las escaleras, me encuentro con Julia, observándome fijamente desde arriba.

El tiempo parece detenerse por un momento. Sus ojos recorren mi cuerpo sin disimulo, y yo no puedo evitar sonreír. Giro ligeramente la cabeza, manteniendo el contacto visual, consciente del efecto que estoy causando. Es fascinante ver cómo no puede apartar la mirada, cómo sus mejillas se tiñen de un suave rosa.

—¿Tienes algo con lo que secarme? —pregunto finalmente, rompiendo el silencio cargado de tensión.

Julia parpadea varias veces, como si despertara de un trance.

—No quiero nada mojado en la casa —responde con voz tensa.

—¿Ni siquiera a mí? —pregunto con tono juguetón, dando un paso hacia las escaleras—. Prometo secarme bien —aseguro guiñándole un ojo.

Veo cómo traga saliva y aprieta los labios, claramente afectada por mi presencia. Decide ignorarme y desaparece escaleras arriba. Regresa momentos después con una toalla que me lanza.

—Sécate y vístete. Tenemos que hablar de las normas de la casa —dice con tono autoritario, aunque noto un ligero temblor en su voz.

—Como usted ordene —respondo enrollándome en la toalla.

Unos minutos después, ya cambiada con ropa seca que saqué de mi maleta, nos sentamos en la terraza. Julia me explica las reglas de la casa: horarios, espacios comunes, limpieza, uso de la

cocina... La escucho con atención, aunque no puedo evitar fijarme en cómo gesticula cuando habla, en cómo su pelo castaño brilla con la luz que ilumina de forma artificial la terraza.

—¿Y cómo puedo ir a la playa? —pregunto cuando termina con las normas—. Me encantaría conocer la zona.

—Puedes ir caminando hasta Meloneras —responde, señalando hacia el sur—. También está el faro, que es una ruta preciosa. Todo se hace andando por aquí.

—¿Todo andando? —pregunto sorprendida—. ¿No hay autobuses o algo así?

—Sí, hay, pero créeme, caminar es la mejor manera de conocer el lugar —explica, y por primera vez desde que llegué, veo una sonrisa sincera en su rostro—. Hay un paseo junto al mar que hace que desconectes de todo.

—¿Tú sueles hacer esas rutas?

—Casi todas las mañanas salgo a correr por el paseo marítimo —dice, y noto cómo se relaja un poco—. Si quieres, algún día podría mostrarte los mejores lugares, pero tiene que ser temprano, porque llega un momento que se llena de turistas y es un horror ir por esos sitios.

—Me encantaría que me llevases —respondo con sinceridad.

Seguimos hablando sobre la zona, los mejores restaurantes, las playas más bonitas. Julia resulta ser una fuente inagotable de información sobre la isla, y me encuentro cada vez más fascinada, tanto por lo que cuenta como por ella misma. La forma en que sus ojos se iluminan cuando habla de sus lugares favoritos, cómo gesticula con las manos cuando está entusiasmada.

—Bueno, debería ir a preparar la cena —dice y antes de salir vuelve a girarse—. Tu habitación es la segunda a la derecha, arriba. He dejado toallas limpias en el armario.

—Gracias —respondo, levantándome también—. Por todo. Y siento lo de la piscina, lo hice por impulso.

—Ya me he dado cuenta —dice con una media sonrisa—. Pero mientras respetes las normas, no habrá problema.

Cuando creo que ya va a salir, vuelve a girarse.

—Esta noche preparo yo la cena, pero después serás tú quien te hagas las cosas, ahora solo es…

Julia se queda pensativa buscando las palabras correctas.

—Cortesía —respondo.

—Eso —dice y ahora sí que desaparece de mi vista.

Mientras subo las escaleras hacia mi habitación, no puedo evitar pensar en todo lo que ha pasado en este primer día. La manera en que me miró cuando estaba junto a la piscina, esa tensión palpable entre nosotras, cómo se fue relajando durante nuestra conversación… Algo me dice que estos meses en Gran Canaria van a ser mucho más interesantes de lo que esperaba.

Me tumbo en la cama, escuchando los sonidos que vienen de la cocina, donde Julia debe estar preparando la cena. Una suave brisa marina entra por la ventana, trayendo consigo el aroma a sal y el lejano rumor de las olas. Cierro los ojos, sonriendo. Sí, definitivamente, esta va a ser una estancia muy interesante.

Capítulo 9

Julia

El sonido de la alarma en el móvil suena, me estiro en la cama y sonrío al recordar la cena de anoche con Olaya. Ya más calmada por la euforia inicial, me hizo mil preguntas sobre la isla, yo las respondía todas, pero no me atreví a preguntarle qué la ha llevado a intercambiar la casa, porque está conviviendo con una extraña. Me desperezo en la cama, me pongo de pie y bajo por las escaleras. El silencio de la casa es absoluto, hasta que un suave tintineo proveniente de la cocina llama mi atención. Me detengo en el umbral, y allí está ella.

Olaya se mueve por mi cocina como si estuviera explorando un territorio desconocido. Lleva una simple camiseta de tirantes que deja ver sus hombros y un pantalón tan corto que apenas cubre lo necesario. Su melena rizada cae en cascada por su espalda, moviéndose con cada uno de sus gestos mientras abre y cierra armarios.

Me quedo paralizada, observándola. No soy consciente de que estoy memorizando cada detalle: la forma en que se pone de puntillas para alcanzar los estantes más altos, cómo su camiseta se sube ligeramente revelando un trozo de piel en su cintura, el modo en que frunce el ceño concentrada en su búsqueda.

—¿Necesitas ayuda? —mi voz suena más ronca de lo que pretendo.

Olaya se sobresalta y se gira rápidamente. Su risa nerviosa llena la cocina. No entiendo por qué ese sonido me gusta, es agradable.

—¡Me has asustado! No te he oído llegar.

—Lo siento, no era mi intención —digo, acercándome—. Suelo moverme sigilosamente por las mañanas, ya que mi hermano a esta hora está dormido.

—Buscaba el café —explica, pasándose una mano por el pelo—. He revisado todos los armarios, pero no lo encuentro.

—Está aquí —me estiro para alcanzar el bote en el armario superior—. ¿Primera mañana y ya necesitas cafeína?

—No puedo funcionar sin mi dosis matutina —sonríe mientras toma el café de mis manos. Sus dedos rozan los míos por un instante—. ¿Te apetece una taza?

—No, gracias. Voy a salir a correr.

—¿A esta hora? —mira el reloj de la cocina con asombro—. Son las seis de la mañana.

—La costumbre —respondo encogiéndome de hombros—. En verano prefiero correr temprano, antes de que el calor apriete.

—Yo apenas puedo mantener los ojos abiertos a esta hora —confiesa mientras prepara su café—. ¿Todos los días sales tan temprano?

—Sí, menos en invierno. Entonces voy al gimnasio —explico, apoyándome en la encimera.

No sé por qué sigo aquí, prolongando la conversación, pero me resulta agradable escucharla.

—¿Y tú? ¿Siempre madrugas tanto? —pregunto.

—En realidad, no —dice sonriendo—. Pero el cambio de casa, el colchón nuevo... no he dormido muy bien.

—¿Es incómoda la cama? Bruno nunca me dijo nada sobre eso.

—No, no —dice apresurada—. Es solo que echo de menos mi cama.

—Ya te acostumbrarás —digo, y por alguna razón, esas palabras me provocan un extraño nudo en el estómago.

Olaya asiente y toma un sorbo de su café recién hecho, mientras yo la miro atentamente. Tengo tantas preguntas que hacerle, la curiosidad por ella me consume poco a poco.

—Mmm, esto está bueno. ¿Segura que no quieres?

—Segura —respondo saliendo de mi letargo—. Debo cambiarme para salir a correr.

Subo a mi habitación, intentando no pensar en la forma en que sus labios tocan el borde de la taza. Me pongo mi ropa deportiva y bajo las escaleras rápidamente. Cuando paso por el salón y miro a la cocina, Olaya sigue allí, ahora sentada en un taburete, con las piernas cruzadas y la taza entre sus manos.

—Que tengas buena carrera —escucho que dice.

—Gracias —respondo, y salgo casi huyendo.

El aire fresco de la mañana me ayuda a despejar la mente. Nayra ya me espera en nuestro punto de encuentro habitual, con su característica coleta alta y su ropa deportiva.

—Llegas tarde —bromea—. ¿Todo bien?

—Mi nueva inquilina —explico mientras empezamos a trotar—. Estaba en la cocina cuando bajé.

—Cuéntame más —dice como una cotilla—. ¿Qué tal es?

—Es diferente —digo, eligiendo cuidadosamente mis palabras—. Ayer, nada más llegar, se

tiró a la piscina vestida.

—¿En serio? —Nayra suelta una carcajada, y para de trotar para bajar el ritmo—. Me cae bien ya.

—Y esta mañana estaba en la cocina, buscando café, con una camiseta de tirantes y un pantalón tan corto que...

—Vaya, vaya —interrumpe Nayra con una sonrisa pícara—. Parece que te has fijado bastante en los detalles.

—No es eso —protesto, aunque siento que mis mejillas se calientan—. Es solo que no sé si ha sido buena idea aceptar una inquilina.

—¿Por qué? ¿Por qué es atractiva?

—¡Nayra! —exclamo riendo.

—¿Qué? Solo digo lo que tú estás pensando —dice entre risas.

—Me desconcierta, ayer al llegar hizo lo de la piscina, incluso creo que me provocó diciéndome que, si no la quería allí mojada, pero después, durante la cena, fue una mujer calmada, me hacía preguntas de la isla y escuchaba atentamente.

—¿Sabes por qué decidió hacer el intercambio? —pregunta mi amiga.

Niego con la cabeza como respuesta. Antes de que Nayra vuelva con las preguntas, lo hago yo primero sacando un tema que creo que evita.

—¿Hablaste con Juan?

El rostro de Nayra se tensa y deja de caminar, se para y apoya el culo en el borde del muro que recorre el paseo.

—Hablé o al menos lo intenté.

—¿Y qué tal fue?

—Fatal —dice expulsando todo el aire por la boca—. Es como si viviera en otra dimensión. Para él todo está perfecto, pero yo me ahogo, Julia. Ya no puedo más.

—¿Qué vas a hacer? Sabes que tienes mi casa para lo que quieras. Pueden darse un tiempo.

—No quiero tiempo, Julia. No quiero estar con él —afirma y su rostro cambia.

Me mantengo en silencio y es el sonido del mar rompiendo contra las rocas lo único que se escucha. Sé que está en un proceso de aceptación, y que es duro.

—Es la primera vez que digo en voz alta que no quiero a mi marido, lo que hubo ya no está, no soy feliz, y no quiero seguir con alguien que ya no amo.

Acaricio su brazo y terminamos abrazadas.

—Necesito acabar con esto, no puedo seguir así. Mi casa, que debería ser mi lugar seguro, no lo es.

Sujeto su cara entre mis manos y dejo un beso en su frente. Ella sonríe con amargura, esa de tener que tomar una decisión complicada, porque si no, la angustia se va a alargar más de la cuenta.

—De hoy no pasa —afirma.

Seguimos corriendo en silencio durante un rato, cada una sumida en sus pensamientos. Al regresar a casa, encuentro el silencio de nuevo. Subo a ducharme intentando no pensar en dónde está Olaya o qué está haciendo.

Mientras me visto para ir al trabajo, escucho música suave que viene de abajo. Me asomo a la terraza y la veo: está recostada en una tumbona, con un libro entre las manos. El sol de la mañana juega con sus rizos, creando reflejos dorados.

Decido bajar o se me hará tarde, pero su figura me llama poderosamente y entro a la terraza contemplándola como hice esta mañana al entrar a la cocina.

—¿Te molesta la música? —pregunta, incorporándose al verme.

—No, para nada —respondo—. ¿Qué lees? —la pregunta sale de mi boca sin poder evitarlo.

—Orgullo y prejuicio —muestra la portada—. ¿Lo has leído?

—Varias veces —admito—. Es uno de mis favoritos.

—El mío también —sonríe, y por un momento nos quedamos mirándonos.

—Tengo que irme a trabajar.

—Que tengas un buen día —responde, volviendo a su libro.

Mientras conduzco hacia el trabajo, no puedo evitar pensar en lo diferente que se siente la casa con ella allí. Es como si hubiera traído consigo una energía nueva. Y no sé si eso me asusta o me emociona.

Me detengo en un stop y me permito un momento de honestidad: la presencia de Olaya está alterando mi mundo ordenado más de lo que quiero admitir. No es solo su presencia física, es la forma en que me hace sentir, la manera en que mi corazón se acelera cuando la veo, cómo mis ojos la buscan sin querer.

El sonido de la bocina del coche de atrás es el que me saca de mis pensamientos y continúo la marcha. Es hora de concentrarme en el trabajo, en la rutina, en lo seguro y conocido. Aunque una parte de mí ya sabe que nada volverá a ser igual.

Porque Olaya no es solo una inquilina más. Es un torbellino que ha llegado para alterar mi vida perfectamente ordenada. Y lo peor es que no estoy segura de querer evitarlo.

Capítulo 10

Olaya

Cuando Julia se marcha, cierro el libro y miro al horizonte. Este sitio transmite una paz increíble, incluso he logrado concentrarme en la lectura, algo que últimamente me costaba. Dejo el libro en la tumbona y voy a por mi libreta, necesito dibujar esto que siento ahora mismo.

Me siento en el borde de la piscina, con las piernas dentro del agua. El lápiz se desliza por el papel casi sin pensar, trazando líneas que capturan cómo el sol de la mañana refleja las sombras de las palmeras, la forma en que el sol juega con el agua. Por primera vez en semanas, las ideas fluyen naturalmente.

Mi mente vaga hacia Julia mientras dibujo. Sonrío al recordarla. Hay algo en ella que me intriga profundamente. Esa mezcla de control y vulnerabilidad, la forma en que sus ojos brillan cuando habla de los lugares que ama, cómo intenta mantener la distancia, pero algo la hace acercarse...

El sonido de mi móvil me saca de mis pensamientos. Es Paloma.

—¿Qué tal la primera noche? —pregunta nada más descuelgo.

—Bien, diferente. Este lugar tiene algo especial —admito con una sonrisa en los labios.

—¿Y la hermana?

Me mantengo en silencio unos segundos, pensando cómo describir a Julia.

—Me desconcierta, ciertamente —admito—. Parece muy correcta, lleva una vida estructurada y metódica, parece que el caos en ella nunca ha estado. La realidad es que esa mujer me intriga.

—Vaya, vaya —ríe Paloma—. Te has fijado bastante —insiste como hizo ayer.

—No es eso —protesto, aunque siento que mis mejillas arden—. Es solo que es interesante observar a alguien tan diferente a mí.

—Ya, claro —dice con tono burlón—. Por cierto, Bruno llegó bien. Es tan encantador como parecía.

—No hagas locuras —advierto.

—Mira quién habla, la que se tiró a la piscina vestida nada más llegar.

Las dos reímos y seguimos hablando un rato más. Cuando cuelgo, vuelvo a mi dibujo. Las líneas han cobrado vida propia, formando un retrato que no planeaba hacer: el perfil de Julia mientras mira al horizonte.

Observo el dibujo con atención. He capturado la forma en que su pelo cae sobre sus hombros, la curva suave de su cuello, la línea firme de su mandíbula. Hay algo en su postura que transmite tanto fuerza como soledad. Me pregunto qué historia hay detrás de esa mirada perdida que a veces tiene.

Me meto en la piscina, ya que el calor aprieta, la temperatura no es tan agradable como esta mañana. Doy unas cuantas brazadas hasta que el sonido de mi estómago me recuerda que no he comido nada, solo tengo en el estómago el café de esta mañana. Salgo del agua, voy a la cocina y me preparo algo ligero. Mientras desayuno, pienso en que quiero ir a descubrir los lugares que esconde la isla. Me encantaría hacerlo con Julia, pero ella trabaja y yo estoy de vacaciones.

El sonido del timbre me saca de mis pensamientos y miro extrañada pensando que no puede ser aquí, pero salgo de duda cuando vuelvo a escucharlo. Me levanto y me dirijo a la puerta, sin preguntar siquiera la abro. Ante mí hay un chico, que me mira alzando una ceja.

—¿Olaya? —pregunta.

—Sí —respondo entrecerrando los ojos.

—Soy amigo de Bruno, me dijo que me pasara por aquí por si necesitabas algo.

—¿Tienes nombre, amigo de Bruno?

—Raúl.

—Hola, Raúl.

—Me preguntaba si quieres que te enseñe la zona, ir a hacer alguna actividad, no sé.

—Es que no te conozco —admito.

—Prometo portarme bien y solo llevarte a la playa y que descubras otras donde los turistas no están.

Dudo entre ir con él o ir sola, y tras un debate interno muy corto, decido que iré con el chico de pelo rubio.

—Vuelvo enseguida —digo y subo escaleras arriba.

Me pongo un vestido ligero sobre el bikini y me calzo unas sandalias cómodas. Antes de salir, dejo una nota en la nevera por si Julia regresa para comer:

“He salido a explorar. Volveré para la cena”

Al salir, veo que el chico ha venido en moto, me da un casco para que me lo ponga. Tras pensarlo, decido que no me va a pasar nada, que si estoy aquí es para vivir la aventura y salir de mi zona de confort.

Llegamos a la playa principal, como me dijo, está todo lleno de turistas, demasiado agobiante para mí y así se lo hago saber.

—Iremos a una cala, están esperando por nosotros —afirma el chico.

Nos volvemos a montar en la moto y conduce hasta llegar a una zona de tierra donde deja la moto y, tras cruzar la carretera, nos adentramos por un sendero hasta llegar a una pequeña cala algo apartada. El agua es cristalina y hay menos gente que en la playa principal.

—Es increíble —digo mirando a Raúl.

—Sí que lo es. Nos esperan allí —dice señalando a un grupo de gente que tiene algunas tablas de surf.

Tras las presentaciones, decido meterme en el agua, ya que el calor cada vez aprieta más. Me quito el vestido y corro hasta entrar. Está perfecta, floto de espaldas, mirando el cielo azul sin una nube, sintiendo cómo el agua mece mi cuerpo.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo respirar completamente. La presión que me ahogaba en Asturias, el bloqueo creativo, la sensación de estar atrapada... todo parece diluirse en estas aguas turquesas.

Paso el día entre intentando mantenerme de pie en la tabla, risas con los amigos de Bruno y una paz interior que hacía mucho tiempo que no sentía.

No logro entender cómo me he integrado tan bien en un grupo de extraños, cómo hacen que me sienta como una más si apenas me acaban de conocer. Eso donde vivo no pasa, la gente no es tan abierta, tan alegre, viven la vida de forma distinta sin importar el mañana, solo es el ahora y siento una envidia infinita a esa forma de ver la vida.

Por un momento mi mente vuelve a Julia, tan metódica, tan ordenada. Me pregunto si en realidad es así, si deja de ser esa mujer correcta para convertirse en alguien que disfruta de cada día como si fuese el último. Sacudo la cabeza intentando sacar a esa mujer de mi mente.

Cuando cae la tarde, le pido a Raúl que es hora de volver. Muchos se quejan diciendo que es demasiado pronto y al final una de las chicas se ofrece a llevarme.

—Ellos se quedan hasta que anochecen —dice cuando comenzamos a caminar.

—¿Vienes en moto?

—No, yo traigo el coche.

—Me tranquiliza —digo sonriendo.

La chica se llama Olivia y es agradable hablar con ella. Le pido que me deje en un supermercado próximo a la casa de Julia y así lo hace.

Al llegar a casa, el silencio me indica que Julia no ha vuelto. Guardo la compra y subo a darme una ducha. El agua fresca elimina la sal y la arena de mi piel mientras pienso en lo diferente que es todo aquí: los colores, los olores, los sonidos, el ritmo de vida...

Al bajar, el sonido de la puerta principal me indica que Julia ha vuelto. Mi corazón da un pequeño salto que decido ignorar. Nos encontramos de frente y nos observamos: es como si no esperara encontrarme, como si se hubiera olvidado de que ahora vivo aquí por unos meses.

—Hola —saludo—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien, gracias —responde, y noto cierta tensión en su voz—. ¿Has salido por la zona?

—Sí, he estado en la playa. Es preciosa —sonrío—. Por cierto, he comprado algunas cosas para hacer la cena. ¿Te gustaría...?

—No puedo —me interrumpe—. Tengo una cena de trabajo.

—Oh —digo, intentando ocultar mi decepción—. Claro, no hay problema.

Se produce un silencio incómodo entre nosotras. Julia parece querer decir algo más, pero finalmente solo asiente y sube las escaleras. Me quedo en la cocina, escuchando sus pasos en el piso de arriba, preguntándome por qué me afecta tanto su rechazo.

Decido volver a la terraza y acostarme en la hamaca para intentar dejar la mente en blanco, pero es imposible. Hay algo en Julia que me atrae y me desconcierta a partes iguales. Es como un libro que quiero leer, pero está en un idioma que apenas comprendo. Y lo peor es que cada vez tengo más ganas de aprender ese idioma.

Capítulo 11

Julia

Llego al trabajo y estoy ausente, necesito centrarme en lo que estoy haciendo, pero mi mente divaga entre recuerdos del pasado y la mujer que tengo en mi casa como inquilina. Ese pasado que he intentado no recordar en muchos años, su risa todavía hace que me estremezca, sus besos los siento como si jamás me los hubiera dejado de dar, sus caricias, sus te quiero…

—Julia, Julia —escucho sacándome de mis pensamientos.

—Perdona, Sandra. ¿Qué necesitas?

—Ha llamado el señor Melián que quiere cerrar hoy la firma de los contratos.

Miro a mi compañera extrañada por la petición del empresario, siempre se han firmado en la notaría los contratos.

—Yo le paso la documentación a la notaría y que vaya como siempre.

—Dice que quiere después cenar contigo.

—¿Por qué? —pregunto entrecerrando los ojos.

Sandra entra al despacho y cierra la puerta tras ella y toma asiento, es como si me tuviera que contar una confidencia que nadie más puede escuchar.

—Creo que señor Melián quiere que salgas con uno de sus hijos.

Entrecierro los ojos intentando saber cuál de los hijos es, porque, que yo sepa, están todos casados.

—Es Miguel, se divorció hace unos meses.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto siendo ahora yo la cotilla.

—Me lo ha contado Jesús que van a jugar al pádel juntos.

—Pues pierde su tiempo si cree que puedo tener algo con su hijo, acaso no sabe que bateo para el otro lado.

—Ya sabes cómo son esos señores, creen que con dinero se puede tener de todo. Si no aceptas te van a llamar de la central. Piensa en esto Julia, es un trámite, cenas con ellos y…

—Es que mi trabajo no es cenar con nadie, Sandra, le he dado unas condiciones que nadie se

las dan y encima tengo que aceptar algo que no quiero para cerrar un trato.

—Julia, sabes que esto es importante para la sucursal y que no te trasladen a otra. Si sigues aquí como directora, es porque los empresarios hacen presión, pero ese hombre puede hacer que te trasladen si no aceptas.

Bufo desesperada porque lo que dice Sandra tiene razón, normalmente no duramos tanto en una sucursal, siempre nos cambian, llevo demasiado tiempo aquí y sé que en cualquier momento me mandarán a otra.

—Ya lo llamo y aceptaré esa cena. Tendré que dibujar mi mejor sonrisa para el momento.

Sandra sale del despacho y yo marco el número del señor Melián, tras aclararle que ceno pronto acordamos ir a un asador que hay en el paseo de Meloneras. Sé que hay veces que por culpa de mi trabajo tengo que aceptar invitaciones que no quiero y que este contrato es por una suma de dinero demasiado elevada como para dejarlo escapar.

Llego a casa con el tiempo justo de darme una ducha y cambiarme de ropa para ir a cenar, si se puede decir así por la hora, con el señor Melián. Al entrar, me encuentro de frente con Olaya y no lo esperaba, nos quedamos mirando fijamente, como si el tiempo se detuviese. Veo que ha debido de ir a la playa porque sus mejillas están rojas del sol, su piel, esa que deja ver por la camiseta de tirantes que lleva, brilla. Es ella la que me saca de mi trance saludándome. Tras preguntarle si ha explorado la zona, decido huir de ahí, pero ella tiene otros planes que no esperaba. Me invita a cenar y yo declino la invitación justificando que tengo una cena de negocios; puedo ver la decepción en sus ojos. Tras un silencio incómodo, decido subir a mi habitación y prepararme para escapar de mi propia casa.

Estoy sentada en el restaurante, absorta a todo, no quiero estar ahí, no quiero tener que soportar las gracias de un señor con dinero y cómo intenta venderme a su hijo como si fuera un ganado de ocasión.

—Lamento mucho todo esto —dice Miguel cuando su padre ha salido a atender una llamada.

—Voy a ser sincera, Miguel, esto es muy violento para mí, si he aceptado…

—Lo sé —me corta—. Sé que es por negocios, quiero que sepas que no tengo ninguna intención en tener nada contigo, además sé que no te gustan los hombres, debes estar tranquila por ese lado, pero hay que seguir con este estúpido juego que mi padre ha acordado.

—Gracias, por entenderlo —susurro al ver que Melián puede acercarse.

—Estoy conociendo a alguien —suelta de pronto.

Miro a Miguel entrecerrando los ojos sin entender por qué el padre hace esto si ya él está con

alguien.

—Es un hombre —termina confesando—. Me he enamorado de un muchacho sin darme cuenta y por eso me terminé separando.

—¿Tu padre lo sabe?

—Lo sabe. Mi exmujer se ha encargado de decírselo a mi familia.

—Lo siento —digo apretando su brazo.

—No elegimos de quién nos enamoramos, ni siquiera sé cómo pasó, pero sucedió y quiero una vida junto a él.

—No tienes que justificar nada, Miguel. La vida a veces te pone a gente delante que hace que tu mundo se tambalee de pronto sin esperarlo.

Melián vuelve a la mesa y la conversación con Miguel termina ahí, pero a mi cabeza vuelve Olaya y me pregunto que estará haciendo, que es lo que la ha atraído hasta aquí y porque por momentos me recuerda a ella. Dunia, su nombre se instala en mi cabeza como un recuerdo que duele demasiado. Su sonrisa, sus gritos al entrar al mar, su alegría, esa que nos transmitía a todos y que ya no está, porque una tarde el mundo decidió quitármela para siempre.

—¿Estás bien? —susurra Miguel a mi lado.

—Sí, solo que alguien me ha removido cosas que tenía silenciadas.

Miguel aprieta mi brazo y ese gesto no pasa desapercibido por Melián, que sonríe como si hubiera triunfado. Lo que no sabe es que su hijo y yo tenemos más cosas en común de lo que cree.

Cuando llego a la casa, son apenas las diez de la noche, entro en silencio, y me doy cuenta de que está todo apagado. Me dirijo al salón y veo que la puerta de la terraza está abierta y la veo, parece dormida en la hamaca. Dejo el bolso en la entrada y me dirijo hasta donde está, la observo en silencio, veo como su piel se eriza por la brisa que corre y dudo entre ponerle algo por encima o despertarla para que suba a la habitación, pero su rostro está tan relajado, se ve que descansa, así que decido ir al sofá donde tengo una pequeña manta y vuelvo a salir colocándosela por encima.

Cuando entro a la cocina para tomar agua, veo un desastre y cierro los ojos con fuerza. Intento no cabrearme, sé que está cansada y que quizá decidió tumbarse un rato sin esperar a quedarse dormida. Comienzo a recoger el desorden que hay pensando que mañana tengo que hablar sobre eso con ella.

—Ya has llegado —escucho sobresaltándome.

—No vuelvas a entrar así, casi me matas del susto.

—Perdona —se disculpa.

Mis ojos van a su cuerpo, cubierto por la manta que le he dejado, pero la tira de la camiseta cae por su hombro, no lleva sujetador. Mis ojos se van a su pecho, ella mira en la dirección en que lo hago y sonríe al descubrirme.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta riendo.

—Hay unas reglas: como te dije al principio, no dejes más la cocina como la has dejado.

—Me quedé dormida, iba a recogerla ahora.

Estoy cabreada y no entiendo el porqué, o quizá sí, y es que Olaya hace que me sienta vulnerable, que las barreras que he puesto desde hace demasiados años me las esté destruyendo en apenas unos días.

—Ya sigo yo, debes estar cansada y mañana trabajas —comenta acercándose a mí.

No soy capaz de moverme, ella lo sabe, aprieta los labios y me quita el paño que tengo en las manos.

—Gracias por la manta —susurra demasiado cerca de mi cara.

Me aparto de ella como si quemara y salgo de la cocina para irme a mi habitación. ¿Qué me está pasando con esa mujer? ¿Por qué con ella me siento desarmada? Tengo mil preguntas que esta noche no quiero responder.

Capítulo 12

Julia

Los días van pasando y con ello voy esquivando encontrarme con Olaya. Sé que es difícil no coincidir porque vive en mi casa, pero por suerte ella ha congeniado con el grupo de amistades de mi hermano y cuando llego a la casa no está y yo lo agradezco, jamás había huido tanto de mi casa como ahora.

He quedado con Nayra para cenar, me ha pedido que lo hagamos en mi casa, pero le he dicho que la invito al restaurante, que ella quiera.

—¿Por qué no podemos ir a tu casa? —pregunta quejándose cuando me saluda con dos besos.

—Me apetecía salir —miento.

Me analiza, su mirada, esa penetrante que escudriña mi rostro en busca de algo en lo que ni yo misma sé que está.

—¿Estás bien? —pregunta mientras entramos al restaurante para tomar asiento.

—Claro que lo estoy, salvo que mi amiga me ha dejado plantada por las mañanas para ir a correr.

—Juan ha desaparecido unos días, supuestamente por un viaje de la empresa, pero yo no sé lo que pensar, Julia, creo que huye de la casa para no tener esa conversación pendiente.

Resoplo por la agonía que debe estar pasando mi amiga.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que largarme de mi casa, es que no puede ser que todos estos años de convivencia con él terminemos así.

Acaricio su brazo por encima de la mesa y termino apretando para que levante la mirada.

—Todo pasa —aseguro.

—Lo sé, sé que esto es un bache que pasará, pero ahora mismo me asfixia.

El camarero nos interrumpe y, tras apuntar la comanda, se marcha y yo vuelvo la mirada a mi amiga. Quiero preguntarle por el chico que estaba tonteando, pero creo que no es el momento y que ella no está en eso ahora mismo.

—Puedes venir a mi casa si quieres. Sabes que hay una habitación de sobra, puedes quedarte allí el tiempo que necesites.

—Necesito que Juan aparezca y zanjar esto, no va a huir siempre.

—Yo podría hacerlo —confieso sin darme cuenta.

—¿Hacer el qué?

—Huir.

Aprieto mis labios y los ojos se me llenan de lágrimas sin entender lo que me pasa. Mi amiga me mira expectante esperando que termine mi confesión, pero no puedo, no soy capaz de hablar porque un nudo se ha instalado en la garganta.

—Huyes de tu casa —dice, para después matizar—. No es una pregunta, es una afirmación, estás huyendo de tu casa, por eso estamos aquí —concluye.

—No sé qué me está pasando, Nayra, pero esa mujer me remueve cosas y estoy cagada.

—¿Por qué no dejas simplemente que pase lo que tenga que pasar?

—Porque tengo miedo.

—¿De volver a sentir?

—De sentirme vulnerable —confieso.

—Ya eres vulnerable, Julia, mírate. Has ido de mujer en mujer sin querer involucrarte con nadie, no has dejado que crucen la línea que te has marcado, esa barrera invisible que has puesto para ser feliz.

—Soy feliz.

—Una mierda, te has conformado con que es destino, y ahora huyes cuando alguien ha derribado ese muro. ¿Cuánto hace que falleció?

—No quiero hablar de eso —me quejo limpiando mis ojos.

—Joder, Julia, yo sé que tengo que tomar decisiones en mi vida, pero tú llevas anclada a un pasado demasiado tiempo. Avanza —dice desesperada.

—No sé cómo se hace. Me siento tan culpable por lo que pasó.

—No fue tu culpa.

—Si yo no le hubiera metido prisa, si hubiera dejado que cogiera esa ola. Sí…

—Basta —dice sujetando mi mano—. No puedes seguir culpándote por algo por lo que no tienes ninguna culpa, todos estábamos ahí, Julia. Fue un jodido accidente. Sé que erais la una para la otra, pero la vida es una mierda muchas veces, no puedes seguir escondiéndote.

A mi mente viene el recuerdo de aquella tarde de hace veinte años, en la que todos estábamos en Pozo Izquierdo, un día cualquiera cogiendo olas, riendo entre amigos. Yo salí antes porque quería ir a la casa y ella necesitaba coger esa última ola. Siempre lo hacía, pero aquella tarde fue distinta. Había algo que me decía que saliera de allí y le insistí a Dunia, pero me ignoró. Lo que pasó después es solo un recuerdo demasiado doloroso. Una ola inmensa, no puedo controlarlo y se fue contra las rocas, esas que siempre esquivábamos, esta vez no. Caí de rodillas en la arena entre gritos, fueron a por ella, pero no estaba, no aparecía hasta que su cuerpo quedó flotando. Mi vida cambió en ese momento, me culpé y lo sigo haciendo ahora.

—Si no hubiéramos ido, ella estaría aquí.

—O quizá no, Julia, no se sabe. Lo que tengo claro es que fue horrible lo que pasó, pero no debes culpa de nada.

—Su madre lo hace —aseguro, tapándome la cara con las manos.

—Hay veces que necesitamos culpar a alguien por lo que pasó, pero la realidad es que fue un accidente.

—No puedo seguir hablando de esto, me hace demasiado daño.

—Debes de darte la oportunidad de volver a amar, de dejar atrás ese pasado que pesa demasiado y vivir el presente.

—Tengo miedo —confieso.

—Todos tenemos miedo a los cambios, pero hay que arriesgarse.

—La conozco desde hace unas semanas, es una locura.

—La vida en sí misma, es un despropósito, y aquí seguimos, caminando hacia delante, ahora tú decides si quieres hacerlo sola o arriesgarte por una vez.

—No sé lo que quiero, o quizá sí, quiero que su recuerdo no duela, que pueda amar a alguien sin sentirme culpable, que no me sienta que la decepciono por amar…

—Despídete de su recuerdo.

—No puedo, ni quiero. Ella siempre formará parte de mí.

—Pues aprende a convivir con ello, Julia, porque necesitas volver a sentir, a ser feliz junto a alguien. Ya sé que eres feliz sola, y es lo mejor que has aprendido, pero disfrutar de los logros con alguien a tu lado es una sensación extraordinaria.

—No debí de aceptar el intercambio.

—Si no hubiese sido ella, hubiera sido otra persona, eso lo tengo claro, tarde o temprano la vida te iba a poner a alguien delante para que espabilaras. Hasta ahora has ido pasando los años

de puntilla, satisfaciendo tus deseos con sexo esporádico y cuando veías que eso se podía poner serio, te alejabas. La realidad es que has huido toda la vida. Ya es hora de que lo dejes de hacer.

Me recuesto en la silla, pensando en que la conversación no debía en ningún momento enfocarse en mí, sino en Nayra y su matrimonio, pero necesitaba expresar lo que me estaba pasando y mi amiga me conoce bastante bien. Termino pidiéndole que tenemos que cambiar de tema porque duele demasiado recordar el pasado que nunca se ha ido y admitir que debo avanzar.

Estamos comiendo mientras le cuento lo que me pasó con el señor Melián, ella lo conoce porque trabaja para ellos y le confieso lo que me dijo Miguel y le pido que sea discreta. Cuando nos despedimos, acordamos que, si ella lo necesita, vendrá a mi casa y yo que intentaré no escapar más y aceptar las cosas como vengan.

Llego a la casa y la veo, está en el sofá con una libreta en las manos. Cuando me ve la cierra de golpe. Siempre la veo con ella y nunca le he preguntado qué es, ni siquiera sé lo que la ha traído aquí y es porque simplemente no he querido saber de ella.

—Puedo preparar la cena —dice poniéndose de pie.

—Ya he cenado con Nayra.

—Vale —dice y veo la decepción en sus ojos.

Paso delante de ella para ir a la cocina a beber un poco de agua porque la garganta la tengo seca. Ella llega justo detrás de mí.

—¿Por qué me evitas?

—No lo hago —aseguro girándome para mirarla a los ojos.

Ella ladea la cabeza y cuando se quiere apoyar en el umbral de la puerta se aparta de golpe, me doy cuenta de que está demasiado roja, se ha quemado la piel.

—Tengo crema en el baño, y deberías tener cuidado con el sol.

—Se me pasará, fue que con los chicos me despisté y no me puse protector solar. ¿Vas a seguir evitándome?

—No lo hago, ya te lo he dicho.

—Llevo aquí hace más de dos semanas, solo cenaste aquí el primer día, ni siquiera los fines de semana te veo, Julia, creo que me evitas.

—Me gusta tener mi espacio y hacer mi vida. Imagino que tú también, ni siquiera sabías que yo estaría.

—Debo reconocer que al principio me cabreé por no saberlo, pero ahora me agrada estar aquí

contigo.

Me atraganto con mi propia saliva al escucharla y termino apoyada enfrente del fregadero, intentando recuperar la respiración. Siento su mano por mi cintura y mi piel se eriza al notarla, mi respiración ahora se agita y no me aparto. Recuerdo las palabras de Nayra, de no salir corriendo, pero es lo que necesito ahora mismo. Camino hasta llegar al umbral de la puerta de la cocina y me giro, intento calmar mi respiración, veo cómo me mira divertida, como si la situación le gustara y, en cambio, a mí me desespera.

—Ceno temprano, sobre las siete todos los días.

—¿Es una invitación?

—Es para demostrarte que no te evito —miento.

—Quiero conocer algo más de ti, Julia, tengo demasiada curiosidad por ti.

—Ten cuidado, no vaya a ser que la curiosidad se convierta en decepción.

—No creo que me decepciones —asegura guiñándome un ojo.

Salgo de la cocina para ir a mi habitación y encerrarme allí, es lo que se ha convertido en mi refugio estos días, debido a las cosas de mi hermano.

Capítulo 13

Julia

Llego a casa y la veo, como siempre, tendida en la hamaca de la terraza como un lagarto tomando el sol. Me quedo paralizada en el umbral, observándola. Su piel brilla bajo la luz de la tarde y no puedo evitar que una serie de pensamientos poco apropiados invadan mi mente. Intento apartarlos, pero es difícil cuando está así, tan relajada, tan natural. Pienso en cómo será tocar su piel, que mis manos recorran su cuerpo, besar cada parte que tiene al descubierto...

—¿Vas a quedarte ahí mirándome todo el día? —me pregunta sin abrir los ojos.

—Solo comprobaba si te habías puesto protector solar —logro decir, intentando que mi voz suene normal.

—Claro que me he puesto —contesta mientras se incorpora lentamente —. Aunque… —la veo estirarse para alcanzar el bote de crema—. Podría ponerme un poco más. ¿Me ayudas?

—Ya te has puesto —respondo cortante, girándome hacia la puerta—. Voy a darme una ducha.

Subo las escaleras rápidamente, necesitando poner distancia entre nosotras. Me he prometido no huir más de ella, pero aquí estoy, escapando otra vez. El agua fría de la ducha ayuda a calmar mis pensamientos revueltos. No entiendo cómo esa mujer se ha colado tan adentro, si apenas hace unos días que la conozco. Es una locura pensar en ella como lo hago. He estado con mujeres antes, sin llegar a involucrarme tanto, era solo sexo y eso me funcionaba perfectamente.

Cuando bajo vestida con una camiseta de tirantes y un pantalón corto, me dejo caer en el sofá del salón. El aire acondicionado es un alivio después del calor sofocante de fuera.

—¿Por qué no sales a la piscina? —me sugiere Olaya, asomándose desde la terraza.

—Hace demasiado calor —protesto.

—Vamos, el agua está perfecta —insiste—. Además, tengo una cerveza esperándote.

No puedo resistirme a su invitación y minutos después estoy sentada al borde de la piscina, con los pies en el agua. La veo desaparecer tras la puerta de la terraza. Regresa con dos cervezas en una mano y una bolsa de patatas en la otra.

—Nunca me has contado realmente qué te trajo aquí —le digo mientras se sienta a mi lado.

—Pensaba que no te interesaba nada de mí, como siempre huías.

—No huyo, estoy aquí ahora, sentada a tu lado con una cerveza en la mano, esperando que me cuentes por qué decidiste cambiar tu casa con un desconocido y por qué Gran Canaria.

Da un sorbo a su cerveza antes de responder.

—Supongo que necesitaba un cambio. Estaba bloqueada.

—¿Bloqueada?

—Soy artista —me explica, y veo cómo sus ojos se iluminan instantáneamente—. Pinto, principalmente. Pero llegó un momento en que me sentía atrapada en la misma rutina, pintando las mismas cosas una y otra vez. La monotonía me estaba consumiendo.

—¿Se puede vivir del arte? —pregunto con interés, para que me siga contando un poco más de lo que hace.

Su risa es contagiosa. Me encanta verla reír, bebo un poco de cerveza para sacar esa imagen de mi mente y esperar que Olaya responda mi pregunta.

—Sí, se puede. Aunque no es fácil. Tuve suerte con mis primeras exposiciones. Tengo una galería en Oviedo que representa mi trabajo. Mi representante es alguien importante en el mundo del arte.

La escucho fascinada mientras me cuenta sobre sus exposiciones, sus viajes, las personas que ha conocido. No puedo evitar hacer más preguntas, querer saber más de ella. Su edad que ahora sé que tiene treinta y tres años y que nos llevamos una diferencia de once años. Su rostro se ilumina con cada explicación sobre arte, sobre cómo le gusta trazar líneas en un lienzo y que tome vida. Que pueda reflejar en ellos cómo se siente, ver cómo otras personas los interpreta.

—Me encanta transmitir mis pensamientos o sentimientos mediante trazos, pero eso había dejado de pasar, estaba frustrada y necesitaba desconectar.

—Y eso te trajo aquí —aseguro.

—Exacto.

—¿Por qué Gran Canaria?

—Simplemente, porque me gustó la casa, estaba con mi amiga Paloma que me pedía que debía salir de allí para poder avanzar y le escribí a tu hermano y me respondió.

—¿No tenías miedo de ir a un sitio desconocido?

—No, la realidad es que necesitaba desconectar.

—¿Lo has conseguido?

—Estoy en ello, debo admitir que cuando supe que conviviría contigo, me bloqueé y quise largarme, volver a mi lugar seguro y decirle a mi amiga que aquello no estaba funcionando.

—¿Y? —pregunto al ver que se ha quedado callada.

—Sigo aquí, eres muy interesante —confiesa metiéndose en la piscina.

Agradezco que haya hecho eso y no tenga que enfrentarme a la realidad y es que ella también me parece una mujer muy interesante.

Olaya insiste en que me meta y no quiero, pero ella tiene otros planes. Se acerca hasta mis piernas y se mete en medio, coloca sus manos rodeando mi culo y tira de mí hasta que me hace caer al agua. Su risa vuelve cuando me escucha quejarme, no puedo apartar la mirada de sus labios y ella, para de reír de golpe, coloca mi pelo detrás de la oreja y sube mi barbilla para que la mire a los ojos. Mi respiración está agitada, estoy conteniendo las ganas de besarla. Olaya pasa su dedo pulgar por mis labios, los tengo algo abiertos para poder controlar la respiración.

—No lo hagas —suplico.

—Es solo un beso, tú decides si quieres apartarte —susurra muy pegada a mis labios.

Sujeto la cintura de Olaya y noto cómo su piel se eriza, pero decido que es mejor apartarme, porque si pruebo esos labios no voy a ser capaz de parar.

—Tienes la piel de gallina —comento apartándome de ella.

—Es por la quemadura —se defiende, frotándose los brazos—. Me he pasado con el sol hoy.

—Vamos dentro —sugiero—. Empieza a hacer frío —digo, dirigiéndome a las escaleras para salir.

Pero Olaya tiene otros planes y antes de que pueda poner un pie en la escalera me hace girar y me besa, pero solo es uno suave y lento. Cuando se retira, me quedo anhelando volver a probar esos labios. Ella sonríe al ver mi cara.

—Necesitaba probarlos, te prometo que no volverá a pasar —asegura mientras sale de la piscina.

En la cocina, la observo moverse con una gracia natural mientras prepara la cena. Me siento en un taburete, hipnotizada por sus movimientos.

—¿Qué vas a cocinar? —pregunto al ver que tiene decidido lo que cenaremos.

—Pasta al pesto. Con tomates cherri asados y piñones tostados. Es mi especialidad.

La miro mientras corta el ajo con precisión, sus dedos moviéndose con la misma delicadeza con la que imagino maneja los pinceles. Hay algo magnético en ella, en la forma en que se concentra en cada tarea.

—¿Te agrada lo que ves? —me pregunta de repente, pillándome, mirándola fascinada.

Siento cómo el calor sube por mis mejillas y se instala en ellas.

—Solo... admiro tu técnica culinaria.

—Ya —responde sin dejar de mirarme—. Lo del beso, espero que esté todo bien, suelo ser impulsiva. Ya lo viste cuando llegué y me tiré en la piscina, simplemente me apetecía y lo hice.

—¿Siempre besas a la gente si te apetece?

Olaya me mira divertida, me reta con esa mirada juguetona y yo estoy rendida a su sonrisa.

—Casi siempre —admite—. Prefiero arrepentirme por haber hecho algo que no hacerlo.

—Que no se repita —logro decir.

—La próxima vez vendrás tú —asegura poniendo la comida al fuego.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras mientras ella sigue cocinando. El aroma del ajo y las hierbas frescas llena la cocina, y el sol termina de ponerse. La observo moverse por la cocina con tanta naturalidad que siento que podría observarla durante horas.

Capítulo 14

Julia

Abro la puerta de casa y el silencio me golpea de inmediato. La ausencia de Olaya es lo primero que noto, como si el aire mismo fuera diferente sin ella. Me quedo un momento en la entrada, sintiendo un vacío inexplicable en el estómago. La casa parece más grande, más fría, como si le hubieran robado su esencia.

Entro y me dejo caer pesadamente sobre el sofá mientras mis ojos recorren instintivamente la terraza vacía. No está su toalla, ni su libro a medio leer, ni la libreta que se ha convertido en una amiga inseparable; no hay ni rastro de la presencia de Olaya. Es ridículo cómo su ausencia puede hacer que todo parezca tan... diferente.

He llegado tarde, a propósito, me recuerdo. He quedado con Nayra en una cafetería cerca del paseo, ella para contarme de la no aparición de Juan, yo creía que, para simplemente escucharla, pero no fue así. Hemos pasado dos horas hablando sobre nuestras vidas, aunque me he encontrado a mí misma mirando el reloj más veces de las que quisiera admitir.

—Estás diferente —me ha dicho Nayra mientras removía su café—. Hay algo en ti que ha cambiado desde que está ella en la casa.

—No sé de qué me hablas —mentí, evitando su mirada inquisitiva.

—Pareces... inquieta. Como si tuvieras prisa por volver a casa.

No le he contestado. ¿Cómo explicarle algo que ni yo misma entiendo? Lo que hice fue cambiar al tema Juan, ese que últimamente es el único que está en nuestras conversaciones. También intenté desviar la conversación sobre el chico becario, pero ella me dijo que no quería hablar sobre eso, y la respeté.

Ahora, en la soledad de la casa, me dirijo a mi habitación. Me cambio para estar más cómoda, con un pantalón corto y una camiseta suelta, intentando ignorar la sensación de desasosiego que me persigue. Me recojo el pelo en un moño descuidado y bajo con mi libro, ese que llevo intentando terminar desde hace semanas.

Salgo a la terraza y me acomodo en una de las hamacas, aunque antes la muevo para poder tener vista de la puerta principal. No es que esté esperando ver llegar a Olaya, me digo a mí misma. Solo es el mejor sitio para leer.

Las páginas pasan lentamente mientras el sol comienza a ocultarse. Leo el mismo párrafo tres veces antes de darme cuenta de que no estoy procesando las palabras. Mi mente vaga hacia ella, preguntándose dónde estará, con quién estará. Me obligo a concentrarme en la lectura, pero cada ruido de la calle hace que mis ojos se desvíen hacia la puerta.

Finalmente, escucho la puerta principal abrirse. Las risas llegan antes que ella, y mi corazón da un vuelco cuando distingo una voz de un hombre entre ellas.

—¡Julia! —la voz de Olaya suena alegre—. ¡Lo siento! Me he entretenido con los chicos en la playa.

Mantengo mis ojos fijos en el libro, aunque las letras parecen bailar frente a mí. Mi cuerpo está tenso, no soy capaz de reaccionar.

—¿Seguro que no quieres que te ayude con eso? —la voz de Raúl hace que mi estómago se retuerza. Es una voz amable, masculina, con ese tono de preocupación que hace que quiera cerrar el libro de golpe y lanzarlo a la piscina.

—No, tranquilo —responde Olaya, y puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Ya has hecho bastante por hoy. Nos vemos mañana.

¿Mañana? El nudo en mi estómago se aprieta más.

La puerta se cierra y escucho sus pasos acercándose a la terraza. Cuando aparece, el aire parece abandonar mis pulmones. Tiene el pelo húmedo y revuelto. Su piel está enrojecida por el sol, apenas cubierta por un pareo azul sobre el bikini. Hay algo en ella que hace que mi garganta se seque.

—Me he vuelto a quemar —se queja, dejándose caer en la hamaca—. He perdido la noción del tiempo.

—Ya veo —respondo, más seca de lo que quería sonar.

Se gira para mirarme, entrecerrando los ojos.

—¿Estás enfadada?

—¿Por qué debería estarlo? —las palabras salen más cortantes de lo que pretendo. Estos celos irracionales me están consumiendo, y ni siquiera tengo derecho a sentirlos.

—Julia… —su voz se suaviza—. Solo hemos estado en la playa, con el grupo de siempre. Raúl me ha estado enseñando a hacer surf. Los amigos de tu hermano me han acogido muy bien...

Cierro el libro con más fuerza de la necesaria.

—Es solo que he tenido un mal día, no tiene nada que ver contigo. Me alegro de que hayas

congeniado con el grupo de mi hermano. No tienes que darme explicaciones.

—Lo sé, pero parece que las necesitas —dice, y se incorpora con una mueca de dolor. La veo tocarse suavemente el hombro, donde la piel está roja—. ¿Me ayudas con la crema? Me arde la piel.

Dudo, mirando el bote de *aftersun* que me tiende. Una parte de mí quiere negarse, mantener esta distancia que parece tan necesaria en este momento. Pero otra parte, una más fuerte, anhela el contacto.

Me levanto y cojo la crema, sentándome detrás de ella en la hamaca. El primer contacto con su piel me hace contener la respiración. Está ardiendo, y puedo sentir cómo se estremece cuando mis dedos fríos la tocan.

—Deberías tener más cuidado —murmuro mientras extiendo la crema con movimientos suaves.

—Lo sé —suspira—, pero me lo estaba pasando bien.

—Con Raúl —las palabras escapan antes de que pueda detenerlas.

Se gira bruscamente para mirarme, y de repente estamos tan cerca que siento unas ganas inmensas de volver a probar esos labios, pero me contengo. Esto está mal, es solo una mujer que viene a pasar unos meses por necesidad, después se marchará.

—¿Estás celosa?

—No digas tonterías —digo, levantándome de la hamaca—. Voy a preparar la cena.

En la cocina, intento ocupar mis manos y mi mente. Saco verduras de la nevera y empiezo a cortarlas con más fuerza de la necesaria. Los tomates, los pimientos, el pepino. Cada corte es preciso, mecánico, un intento de controlar algo cuando todo lo demás parece fuera de control.

La siento, su presencia alterando el aire de la cocina. Se apoya en el marco de la puerta, todavía en bikini, con el pareo colgando de sus caderas que quiere caerse en cualquier momento.

—Julia…

—No —la corto, antes de que empiece a hablar—. No quiero hablar, Olaya.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

Siento cómo se va acercando donde estoy yo, está justo detrás de mí, puedo notar su respiración.

—Da igual —dejo el cuchillo, consciente de que mis manos tiemblan ligeramente—. No tengo hambre.

Sin mirarla, paso junto a ella y subo las escaleras hacia mi habitación. Cierro la puerta y me apoyo contra ella, dejando escapar un suspiro tembloroso. Mi corazón late tan fuerte que puedo escucharlo.

Me dejo caer en la cama, mirando el techo. No entiendo qué es lo que me está pasando y mi mente vuela al momento que le estaba poniendo la crema, su piel caliente, su piel erizada por el contacto, mis dedos recorriendo sus hombros. Tapo mi cara con las manos e intento sacarla de mis pensamientos. Es el sonido de sus pasos lo que me hace estar atenta, se detiene frente a mi puerta, y rezo para que no la abra, ahora mismo soy demasiado vulnerable a cualquier reclamo de ella. Me mantengo en silencio y espero saber cuál es la decisión que toma. Por suerte, siento cómo se aleja y siento una desazón que no entiendo. Soy una contradicción, quiero que se aleje, pero al mismo tiempo quiero que sea ella quien tome el control de esto que estoy sintiendo.

Me giro hacia la ventana, mirando al exterior sin comprender nada. ¿Cuándo se volvió todo tan complicado? ¿En qué momento esta chica que apareció en mi casa se convirtió en alguien tan importante que su ausencia duele y su presencia quema?

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Es un mensaje de Nayra:

—¿Ya has admitido lo que sientes?

Lo leo tres veces antes de dejarlo sin responder. ¿Cómo admitir algo que ni siquiera me atrevo a nombrar? ¿Cómo explicar estos celos que me corroen, este deseo de ser yo quien le enseñe a surfear, quien la haga reír, quien comparta sus tardes?

Escucho un murmullo que proviene desde su habitación, me voy a la puerta y me pego a ella, como si así pudiera escuchar con quién habla. Suspiro y me retiro y voy hasta la ventana, esto es una jodida locura, no soy una cría que no puede controlar las emociones, debo comportarme como la adulta que soy.

Termino volviendo a la cama, esta noche, el silencio de mi habitación pesa más que nunca, y los celos se han convertido en mi única compañía.

Capítulo 15

Olaya

Me quedo paralizada en la cocina, con el corazón latiendo desbocado. La reacción de Julia me ha dejado desconcertada. Por un momento, cuando estábamos tan cerca, pude ver cómo sus manos temblaban, como si mi cercanía la asustara y la atrajera a partes iguales.

Escucho que mi móvil suena, lo he dejado en la entrada de la casa y me dirijo hasta allí para saber quién es. Cuando lo cojo, veo el nombre de Raúl y me extraño porque nos acabamos de despedir.

—¿Ha pasado algo con Julia? La escuché como enfadada —dice nada más descuelgo.

No soy capaz de responder, porque la realidad es que no sé qué es lo que ha sucedido.

—Es bastante rara esa mujer —termina diciendo él.

— Es… desconcertante —admito, dirigiéndome a la cocina para sentarme—. Hay algo en ella que no logro descifrar.

—¿Te refieres a que es completamente diferente a nosotros?

—No es solo eso —digo, pensando en cómo explicarlo—. Es como si llevara una coraza, pero a veces, por momentos muy breves, esa coraza se agrieta y puedo ver algo más.

—Vaya, vaya —ríe Raúl—. Te has fijado mucho en ella, ¿no?

—No empieces —protesto—. Solo soy observadora.

—Ya, claro. A lo que iba, que nos hemos despedido rápido. ¿Vienes mañana a surfear? Estaremos todos, es sábado e iremos desde temprano.

—No sé... —dudo—. Sé que te dije que nos veríamos, pero me gustaría aclarar lo que quiera que le pase a Julia.

—Venga, olvídate de Julia. Has venido a divertirte y eso solo va a pasar con nosotros, con ella te vas a aburrir.

Río al escuchar esa afirmación. La realidad es que he venido a Gran Canaria es para salir de mi rutina, vivir experiencias nuevas y algo tengo claro, es que eso lo estoy haciendo con Raúl y su grupo.

—Mañana te recojo temprano, no tienes excusa —tras eso cuelga sin que yo pueda rebatir

nada.

Subo las escaleras y paso frente a su habitación. La luz se filtra por debajo de la puerta, y me quedo parada frente a ella, esperando que la abra y me diga qué es lo que le pasa. Después de unos segundos esperando algo que no llega, voy a mi habitación y cojo la libreta. Empiezo a trazar líneas sin pensar, dejando que mi mente vague. El sonido de mi móvil me interrumpe de nuevo. Esta vez es Paloma.

—¿Cómo va todo por el paraíso? —pregunta mi amiga.

—He conocido a gente increíble —respondo, recostándome en la cama—. Son tan diferentes a nosotros, Paloma. Viven el momento, disfrutan de cada día, parece que nunca tienen prisa por nada...

—¿Y Julia? Bruno me ha contado que es bastante... especial.

—Es complicada —admito—. Hace un momento tuvimos un momento extraño en la cocina.

—¿Extraño cómo?

Le cuento lo sucedido y ella guarda silencio un momento.

—Ten cuidado, Olaya —dice finalmente—. No te vayas a enamorar de la dueña de la casa, no fuiste a eso.

—Lo sé, pero hay algo en ella... —me interrumpo al escuchar un ruido en el pasillo.

—¿Qué pasa? —pregunta Paloma.

—Nada, creí escuchar algo. ¿Qué tal Bruno? —pregunto cambiando de tema para que mi amiga no siga de pesada.

—Es un encanto —ríe—. Ha conseguido que medio pueblo quiera aprender a surfear.

—No te enamores —advierto.

—Mira, quién habla, la que no puede dejar de pensar en su hermana.

—No sé de qué me hablas —respondo haciéndome la enfadada.

Al final, Paloma reconoce que se ha acostado con Bruno un par de veces, y que por ahora no quieren nada serio. Seguimos hablando un rato más hasta que el sueño empieza a vencerme. Antes de dormir, escucho pasos en el pasillo y la puerta del baño.

El sonido de una notificación me devuelve a la realidad. Es Olivia.

—Mañana te esperamos en la playa.

Sonrío mientras respondo que sí. Estos chicos me están haciendo sentir como en casa. Mi

móvil vuelve a sonar, vuelve a ser Olivia.

—¿Por qué no invitas a Julia? Le vendría bien relajarse un poco, y como es sábado.

Me quedo mirando el mensaje, dudando. ¿Cómo reaccionaría Julia ante una invitación así? Después de lo de esta noche, quizá sea mejor darle espacio. Pero algo dentro de mí quiere intentarlo.

Cuando escucho que vuelve a su habitación, me levanto y camino hasta su puerta. Respiro hondo antes de tocar suavemente.

—¿Sí? —escucho que dice.

—Julia —dudo un momento—. ¿Puedo pasar?

Hay un silencio que parece eterno antes de que responda.

—Adelante.

Abro la puerta y la encuentro sentada en su cama con el portátil entre sus piernas. Lleva gafas y eso le da un aire intelectual que me fascina.

—Mañana los chicos van a pasar el día en la playa —digo directamente—. Me preguntaba si te gustaría venir.

Ella me mira sorprendida por mi invitación después de lo que pasó antes.

—Tengo trabajo —responde automáticamente.

—Es sábado, Julia —insisto—. Son los amigos de Bruno, son buena gente.

—No creo que sea buena idea —dice, quitándose las gafas—. No soy como mi hermano, no encajo en ese ambiente.

—¿Cómo sabes que no encajas si nunca lo intentas? —pregunto, y veo algo en sus ojos, como un destello de duda—. Solo un rato, si no te sientes cómoda, nos vamos.

—¿Nos vamos? —pregunta, arqueando una ceja.

—Claro, no te dejaría sola —sonrío—. Además, necesito que me lleves —miento—, aún no conozco bien la zona.

Veo cómo lucha consigo misma, cómo debate internamente.

—Un par de horas —dice finalmente—. No más.

—¡Perfecto! —exclamo, resistiendo el impulso de abrazarla—. Te prometo que no te arrepentirás.

Cuando vuelvo a mi habitación, no puedo evitar sonreír. Mañana será un día interesante. Tomo mi cuaderno y empiezo a dibujar de nuevo. Julia con sus gafas de lectura, el modo en que

su pelo cae sobre su rostro cuando mira hacia abajo, la forma en que sus labios se curvan ligeramente cuando intenta contener una sonrisa.

El sueño me vence mientras dibujo, y mi último pensamiento es para ella, preguntándome qué sorpresas nos deparará el día de mañana.

Capítulo 16

Julia

El sonido del despertador me sobresalta, aunque llevo despierta desde hace rato. No he dormido bien, la ansiedad por haber aceptado ir a la playa con Olaya y los amigos de mi hermano me ha mantenido inquieta toda la noche. Miro el techo de mi habitación, intentando encontrar una excusa para no ir, pero sé que ya es tarde para echarme atrás.

Escucho un movimiento en la habitación de al lado. Olaya ya está despierta, su música suave se filtra a través de la pared. Me levanto y voy al baño, donde me quedo mirando mi reflejo en el espejo. Las manos me tiemblan ligeramente mientras me lavo la cara, respiro intentando relajarme.

—¡Julia! —su voz llega desde el otro lado de la puerta—. ¿Estás lista?

—Dame unos minutos —respondo, intentando que mi voz suene firme.

Vuelvo a mirar mi reflejo en el espejo y suspiro, intento tranquilizarme mientras me mentalizo que es solo una salida a la playa, y en ese momento me doy cuenta de que no sé si me da más miedo, el mar y mis recuerdos o ver a Olaya meterse en el agua.

Cuando bajo a la cocina, Olaya ya está preparando el café. Lleva un vestido suelto sobre el bikini y su pelo rizado está recogido en un moño que la hace parecer más joven de lo que ya es. Me quedo mirándola más tiempo del necesario.

—Buenos días —sonríe, tendiéndome una taza—. ¿Has dormido bien?

—Sí —miento, aceptando el café—. ¿A qué hora has quedado con ellos?

—En media hora —responde—. Raúl viene a recogernos.

Siento una punzada de celos al escuchar ese nombre, pero intento mantener el rostro neutral, que no se note que esa noticia no me gusta nada y que no era lo acordado la otra noche.

—No voy a ir con él, dijiste que necesitabas que te llevara.

—Lo sé, pero me dijo que podía traer el coche y nos llevaba, así no tendríamos que tardar en buscar aparcamiento.

—¿A qué playa vamos? —pregunto, porque la realidad es que no sé ni a dónde iremos.

—Pasito Bea, creo que se llama.

Expulso el aire por la nariz mientras la miro negando con la cabeza, en ese momento me doy cuenta de que Raúl quiere llevarla y la excusa del aparcamiento es muy mala.

—Hay sitio de sobra, si no vamos en mi coche no voy —termino diciendo, y me doy cuenta de que he sonado demasiado borde.

Ella me mira con atención, sonríe al ver mi reacción.

—No me gusta Raúl —expone para girarse y ponerse a lavar la taza.

Cuando veo que se gira, siento una especie de alivio, la afirmación que acaba de hacer me alegra bastante. La observo cómo se mueve mientras recoge la cocina, nunca había estado una mujer en mi casa, no como ella. Sí, ha estado Nayra y alguna que otra que ha terminado en mi cama, pero al día siguiente ha salido nada más salir el sol, incluso si podía salía esa misma noche. Ella ha venido por un intercambio y sin darme cuenta me gusta tenerla allí. El beso de ayer lo recuerdo y mis labios arden, sin darme cuenta, los toco y termino sonriendo, es el sonido del timbre lo que me saca de mis pensamientos.

Olaya se gira de golpe y mira su reloj para después mirarme.

—¿Esperas a alguien? —pregunta secando sus manos en el paño.

—No, y si es Raúl, yo no voy con él.

El timbre vuelve a sonar y Olaya da un grito diciendo que ya va, pero antes de salir de la cocina se sitúa a mi lado y hace que la mire.

—No debería de haber llegado tan pronto, le diré que voy a ir contigo, porque la realidad es esa, es contigo con quien quiero ir.

Tras eso, sale de la cocina y yo vuelvo a respirar. ¿Qué coño me está pasando con esa mujer?

La escucho diciéndole que vamos en mi coche mejor, para así poder tener la libertad de irnos cuando queramos. Raúl no insiste y eso es algo que me parece extraño. Tras cerrar la puerta, vuelve a la cocina, retira la taza que he dejado a mi lado y comienza a lavarla. Una vez termina, me vuelve a mirar. Yo sigo en la misma postura como una auténtica idiota hipnotizada por esa mujer.

—Si ya estás lista, nos podemos ir —dice saliendo de la cocina.

Cuando llegamos, el grupo ya están allí, instalados en un rincón más tranquilo de la playa. Olivia me saluda efusivamente, sorprendida de verme allí. Fuerzo una sonrisa mientras extiendo mi toalla en la arena.

Observo cómo Olaya se quita el vestido, revelando un bikini negro que contrasta con su piel. La veo correr hacia el agua con los demás, riendo mientras Raúl le explica cómo colocarse en la

tabla. El sonido de las olas rompiendo contra la orilla hace que mi corazón se acelere. Los recuerdos comienzan a inundar mi mente. Dunia sonriendo mientras cogía una ola, su pelo mojado brillando bajo el sol, sus últimas palabras antes de entrar al agua por última vez. Cierro los ojos con fuerza, intentando no recordar algo que duele, pero es inevitable hacerlo.

—¿Estás bien? —la voz de Olaya me saca de mis pensamientos. No me había dado cuenta de que había vuelto—. Estás pálida.

—Sí, es solo... —trago saliva, intentando controlar el temblor en mi voz—. No me gusta mucho el agua.

Olaya se sienta a mi lado. Sus ojos muestran preocupación mientras me observa.

—Hay algo más —dice suavemente—. ¿Qué es lo que realmente te asusta?

Cierro los ojos, intentando contener las lágrimas que amenazan con escapar. El nudo en mi garganta se hace más grande.

—Mi novia murió aquí —susurro finalmente—. Bueno, no aquí exactamente, fue en Pozo Izquierdo. Hace tiempo, pero es algo que no logro superar.

—Lo siento mucho —dice con sinceridad agarrando mi mano—. Me habían contado algo, pero preferí que cuando tú estuvieras lista me lo contaras. ¿Quieres hablarme de ella?

Abro los ojos y miro al horizonte. Por primera vez en mucho tiempo, siento el deseo de hablar sobre Dunia.

—Se llamaba Dunia —comienzo—. Era... era como tú en muchos aspectos. Libre, despreocupada, siempre sonriendo. Le encantaba el surf, pasábamos horas en el agua.

—¿Qué pasó? —pregunta Olaya suavemente.

—Fue un accidente —mi voz se quiebra—. Una ola la empujó contra las rocas. Yo... yo le había dicho que saliera, que ya era tarde, pero ella quería coger una última ola.

Olaya aprieta mi mano con más fuerza, ofreciendo un apoyo silencioso mientras continúo.

—Hoy en día me sigo culpando. Si hubiera insistido más en que saliera, si me hubiera quedado junto a ella cogiendo esa última ola, si no hubiéramos ido ese día... —sacudo la cabeza —. Su madre me culpó también, creo que aún lo hace y han pasado más de veinte años. Dijo que yo la había empujado a ser más temeraria.

—No fue tu culpa —dice con firmeza—. Los accidentes pasan, Julia. No podemos controlar todo.

—Lo sé, en mi cabeza lo sé —admito—. Pero mi corazón... —me interrumpo, incapaz de continuar.

Nos quedamos en silencio un momento, escuchando el sonido de las olas y las risas lejanas del grupo. Olaya no suelta mi mano.

—¿Por eso te cuesta tanto dejar que la gente se acerque? —pregunta finalmente.

Muerdo mis labios conteniendo las emociones que quieren salir, me encantaría gritar, pero me contengo, respiro profundo e intento relajarme.

—Es más fácil mantener a todos a distancia que arriesgarse a perder a alguien más.

—Pero esa no es forma de vivir —dice suavemente—. Dunia no querría que vivieras así.

La miro sorprendida. Nadie, ni siquiera Nayra, se había atrevido a decir algo así.

—No la conociste —protesto soltando su mano.

—No, pero por cómo hablas de ella, sé que era alguien que amaba la vida, que disfrutaba cada momento. ¿Crees que querría verte así, alejando a todos por miedo?

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente comienzan a caer. Olaya me rodea con sus brazos, permitiéndome llorar.

—No tienes que entrar al agua —susurra—. No tienes que hacer nada que no quieras. Pero no dejes que el miedo te impida vivir.

Asiento contra su hombro, intentando calmar mi respiración. Por primera vez en veinte años, siento que el peso en mi pecho comienza a aligerarse.

Nos quedamos así un rato más, hasta que logro calmarme. Cuando finalmente nos separamos, Olaya me dedica una sonrisa suave. Me encanta verla reír, siento cómo me transmite esa tranquilidad de que quizá estando a su lado todo va a salir bien.

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunta.

—No —respondo, limpiando mi rostro—. Me gustaría quedarme un rato más.

Por primera vez en mucho tiempo, el sonido de las olas no me parece tan amenazador. Estoy a gusto con ella al lado, sintiéndome segura en un lugar donde hace años se me llevó a la persona que más quería en este mundo.

Capítulo 17

Julia

Recorro las tiendas de arte con Nayra, buscando todo lo que pueda necesitar Olaya. La he visto estos días con esa libreta, dibujando en cualquier rincón de la casa, y me pregunto qué es lo que plasma en ella. Cada vez que me acerco, la cierra de golpe, como si guardara un secreto que no quiere compartir conmigo.

—¿Estás segura de que necesitas todo esto? —pregunta Nayra mientras miramos los distintos tipos de lienzos.

—No lo sé —admito, deteniéndome frente a un expositor de pinceles—. No tengo ni idea de qué comprar.

Una dependienta se acerca al vernos algo perdidas. Es mayor, con el pelo canoso recogido en un moño y manchas de pintura en su delantal. Sus ojos brillan cuando le explico que busco material para una artista.

—¿Qué tipo de arte hace? —pregunta con interés.

—Pinta... —dudo un momento—. La verdad es que solo he visto sus bocetos en una libreta.

—Julia está enamorada —interviene Nayra con una sonrisa pícara.

—No es eso —protesto, aunque siento el calor subir por mis mejillas—. Solo quiero ayudarla a recuperar la inspiración.

La dependienta sonríe con complicidad mientras nos guía por la tienda. Nos explica cada material, su uso, las diferentes calidades. Me encuentro fascinada por este mundo que desconozco, imaginando a Olaya usando cada cosa que la mujer nos muestra.

—¿Acrílicos u óleos? —pregunta la dependienta.

—Ambos —respondo sin dudar, ganándome una mirada divertida de Nayra.

—¿Te das cuenta de que estás comprando material como para abrir una galería? —susurra mi amiga mientras la dependienta busca más cosas.

—Quiero que tenga opciones —me defiendo—. La he visto estos días, Nayra. Es como si quisiera crear, pero algo la detuviera.

—O alguien —sugiere mi amiga—. Cada vez que te acercas, cierra esa libreta como si

guardara un tesoro.

No respondo, porque muy en el fondo sé que tiene razón. He notado cómo Olaya me mira cuando cree que no me doy cuenta, cómo sus ojos me siguen cuando me muevo por la casa. Es la misma forma en que yo la miro a ella cuando está distraída.

La dependienta regresa con más materiales: pasteles, carboncillos, papeles de diferentes texturas. Me explica cada cosa con paciencia, y yo asiento, imaginando las obras que Olaya podría crear con todo esto.

—Es mucho dinero, Julia —advierte Nayra cuando la dependienta nos deja solas un momento.

—No me importa —respondo—. Yo he visto como se le ilumina su rostro cuando dibuja y quiero ver eso más a menudo.

—¿Estás segura de esto?

Suelto un suspiro, porque la realidad es que no estoy segura de absolutamente nada, solo de que me encanta verla concentrada mirando esa maldita libreta.

Salimos de la tienda cargada de las cosas. Las metemos en el maletero y entramos en el coche y antes de ponerlo en marcha la miro.

—Te dejo a ti primero —propongo a mi amiga.

—No, quiero caminar, lo necesito.

—¿Cuándo llega del viaje?

—Esta noche, solo espero que no vuelva a huir y se enfrente a la realidad de los problemas, no puedo más, Julia. Necesito que salga de la casa —admite con pesar.

—Todo saldrá bien —aseguro, poniendo el coche en marcha.

Al llegar, Nayra me ayuda a bajar las cosas y nos quedamos junto a la puerta. No hay palabras, ella me abraza y yo se lo devuelvo, antes de marcharse me mira fijamente.

—Deja de tener miedo, Julia. A veces hay que arriesgarse.

—Complicado —admito.

Nayra aprieta mi brazo y se marcha, la veo alejarse.

Entro a la casa y encuentro a Olaya en su lugar habitual: la terraza. Está sentada en el borde de la piscina con los pies en el agua y su inseparable libreta en las manos. Me quedo un momento observándola, admirando cómo el sol de la tarde juega con sus rizos, cómo su ceño se frunce ligeramente cuando está concentrada.

—¿Vas a quedarte ahí, mirándome todo el día? —pregunta sin levantar la vista.

—He comprado algo para ti —digo, y mi voz suena más nerviosa de lo que quisiera.

Esto hace que levante la vista. Sus ojos se abren con sorpresa cuando ve todas las bolsas que he dejado en el suelo de la terraza.

—¿Qué es todo esto? —pregunta, poniéndose de pie.

—Material para pintar —respondo—. He pensado que quizá querrías algo más que esa libreta.

Se acerca a las bolsas y comienza a sacar las cosas. Sus ojos brillan mientras examina cada cosa, mira con atención lo que le he comprado y su expresión de sorpresa denota que jamás se hubiera esperado algo así.

—Julia, esto es... —se interrumpe, visiblemente emocionada—. No puedo aceptarlo, es demasiado.

—Por supuesto que puedes —insisto—. Considéralo una inversión. Cuando seas aún más famosa, podré presumir de tener una obra tuya. También cabe decir que fue mi casa la que te inspiró.

Una sonrisa ilumina su rostro y, sin previo aviso, se lanza a mis brazos. El abrazo me pilla por sorpresa, pero la rodeo instintivamente. Su pelo huele a sal, y por un momento me permito cerrar los ojos y disfrutar de su cercanía.

—Gracias —susurra contra mi cuello, y siento cómo su aliento cálido hace que mi piel se erice.

Se separa demasiado pronto para mi gusto y vuelve a examinar los materiales. La observo mientras organiza todo, colocando los lienzos, preparando los pinceles.

—¿Puedo pedirte algo? —pregunta de repente.

—Claro.

—¿Posarías para mí? Sentada con los pies en la piscina, como estaba yo antes.

Siento cómo mi corazón se acelera, pero asiento. Me pongo en el borde de la piscina, dejando que mis pies se hundan en el agua. Olaya coloca un lienzo en el caballete que también he comprado y comienza a trabajar.

De vez en cuando, noto su mirada intensa sobre mí, estudiándome, y tengo que resistir el impulso de girarme para mirarla. Me siento desnuda cuando me mira como lo hace, me estremezco solo de pensarlo.

—No te muevas —me pide cuando intento cambiar de posición.

Me mantengo quieta, con los pies en el agua, intentando no moverme. Pero mi mente es un torbellino. Pienso en cómo esta mujer ha entrado en mi vida como un huracán, alterando todo lo que creía establecido. En cómo su presencia ha llenado espacios que no sabía que estaban vacíos.

El sonido del pincel contra el lienzo tiene algo hipnótico. El agua fresca en mis pies, el sol poniente tiñendo el cielo de naranja, la brisa suave... todo parece conspirar para crear un momento perfecto. De vez en cuando, escucho su respiración cambiar, un suspiro suave, el tintineo del pincel en el agua cuando lo limpia.

Me pregunto qué ve cuando me mira. ¿Ve más allá de la fachada que muestro al mundo? ¿Puede ver el miedo que me paraliza cada vez que siento que me acerco demasiado a ella? ¿Nota cómo mi respiración se acelera cuando está cerca?

—Ya está —dice finalmente—. Bueno, es solo un boceto, pero...

Me levanto y me acerco al caballete. Lo que veo me deja sin aliento. Ha capturado no solo mi postura, sino algo más profundo. En el lienzo hay una melancolía que no sabía que era tan visible, una soledad que ella ha sabido ver y plasmar con una delicadeza extraordinaria.

—Es precioso —susurro.

—Tú lo eres —responde con naturalidad, limpiando sus pinceles.

Me giro para mirarla, sorprendida por su declaración. Está concentrada en su tarea, como si no acabara de decir algo que ha hecho que mi corazón se salte varios latidos.

—Olaya...

—No tienes que decir nada —me interrumpe, alzando la vista para mirarme—. Solo quería que lo supieras.

Me acerco a ella, y limpio una mancha de pintura que tiene en la mejilla. Mis dedos se detienen un momento más de lo necesario sobre su piel.

—Gracias por esto —dice, señalando los materiales—. No solo por comprarlos, sino por creer en mí.

—Yo siempre creeré en ti —respondo con sinceridad.

Nos quedamos mirándonos, y por un momento creo que va a besarme. Pero en lugar de eso, sonríe y empieza a recoger sus cosas.

—Deberíamos cenar algo —sugiere—. ¿Pizza?

Asiento, incapaz de formar palabras. La veo entrar en la casa y me quedo un momento más mirando el boceto. Me pregunto si ella puede ver lo que yo veo: una mujer que poco a poco está aprendiendo a vivir de nuevo, gracias a ella.

La pizza llega y Olaya propone cenar en la terraza. Nos sentamos en el suelo, con el lienzo como testigo silencioso. El aire de la noche es agradable y las luces de la piscina crean reflejos azulados que danzan sobre nosotras. Comemos en silencio, pero la tensión del momento anterior sigue flotando entre las dos.

—Creí que me besarías —suelto de repente, sorprendiéndome incluso a mí misma. Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Olaya me mira, y una sonrisa lenta se dibuja en sus labios. Deja el trozo de pizza que estaba a punto de morder y se limpia las manos con una servilleta, tomándose su tiempo.

—Ya te lo dije —responde con voz suave pero firme—. Cuando llegue el momento, serás tú quien me bese.

Su seguridad me desarma. Recuerdo esa conversación, sus palabras exactas, la forma en que me miró entonces. La misma forma en que me mira ahora.

—¿Y si estás equivocada? —pregunto, mi voz apenas es un susurro.

—No lo estoy —responde con esa calma que me desespera y me fascina a partes iguales.

La observo mientras bebe un sorbo de vino, sus ojos brillan con algo que parece diversión y desafío a la vez. Me irrita su seguridad, su forma de mantener el control cuando yo siento que estoy perdiendo el mío.

Y entonces lo entiendo: esto es exactamente lo que ella quiere. Está jugando conmigo, retándome a dar el paso que ambas sabemos qué deseo dar.

Me inclino hacia ella lentamente, dándole tiempo para apartarse si quiere. No lo hace. Se queda quieta, sus ojos observándome. Cuando estoy a centímetros de su rostro, se humedece los labios, y ese simple gesto acaba con mi autocontrol.

La beso. Es un beso suave al principio, casi tímido. Pero cuando ella responde, cuando sus labios se mueven contra los míos, algo se desata en mi interior. Mis manos encuentran su rostro, y las suyas se deslizan hasta mi cintura, atrayéndome más cerca.

Cuando nos separamos, ella sonríe contra mis labios.

—Te lo dije —susurra.

—Cállate —respondo, y la beso de nuevo, esta vez con más intensidad, silenciando su risa satisfecha.

Mis manos recorren su cuerpo hasta que quedamos acostadas en el césped. Olaya está debajo de mí, devorándome con la mirada, mientras yo saco mi camiseta. Ella aprieta mis pechos antes de quitarme el sujetador, sentir sus manos hace que mi cuerpo se arquee. Mi respiración se agita

cada vez más y noto cómo la humedad traspasa mis bragas. No puedo explicar por qué me hace sentir tanto, vuelvo a bajar para besarla y ella, en un movimiento audaz, me deja ahora con la espalda contra el suelo. Recorre mi cuerpo con su boca, hasta llegar a la altura del borde del pantalón, juguetea desesperándome, necesito que aparte el pantalón, y cuando alzo mi culo para que lo haga, vuelve a subir hasta mi boca.

—Pídemelo —exige contra mis labios.

Olaya cuela una mano entre el sujetador y mi pecho, lo aprieta haciéndome suspirar de placer, vuelve a mirarme, mientras espera una súplica que no sale. Un deseo que quiero gritar y no soy capaz de exteriorizar con palabras.

La mujer que tengo encima se incorpora y tira de mi brazo. Para que me incorpore, me besa y desabrocha el sujetador dejando mis pechos al descubierto. Antes de que pueda retirarse, coloco mis manos en su blusa y se la quito, dándome cuenta de que no lleva nada debajo. Cojo un pecho entre mi mano, lo chupo, lamo y succiono haciendo que ella arquee la espalda.

—Te quiero dentro —me pide y el deseo se nota en su mirada.

Cuelo mi mano entre su pantalón corto y me sorprendo al ver que tampoco lleva ropa interior, recorro despacio los pliegues de la mujer que tengo encima y muerdo su labio inferior tirando de él cuando abre la boca y un suspiro se le escapa. Los movimientos son cada vez más rápidos hasta que introduzco dos dedos y ella se aferra a mi cuello. Es Olaya la que comienza a subir y bajar con desesperación. El sudor resbala por su frente y los jadeos son cada vez más fuertes, hasta que acaba en un orgasmo y su cuerpo comienza a temblar. La abrazo con fuerza esperando que se queda totalmente relajada.

Olaya me besa y hace que me acueste en la hierba, vuelve a recorrer mi cuerpo con su boca, saca la lengua y lo lame, hasta llegar otra vez al borde de mi pantalón, pero esta vez no sube a pedirme nada, simplemente tira de él junto con mis bragas y hunde su boca en mi sexo, haciéndome suspirar. Ahora son mis jadeos los que inundan la terraza, mi respiración agitada es la que se escucha, y mis manos aferrándose a su pelo para que no pare de darme placer hasta que explote en un orgasmo. Lo hago, es abrasador lo que siento, ella sigue jugando mientras yo me retuerzo de placer, no quiere parar y yo no estoy segura de querer que lo haga, así que a los pocos minutos otra oleada de placer me llega y lo que antes eran gemidos ahora se convierte en un grito desesperado.

La pizza se enfría, olvidada junto a nosotras, mientras descubrimos una nueva forma de hambre que ninguna de las dos quiere ignorar.

Capítulo 18

Julia

El timbre suena demasiado temprano para un domingo. Miro a Olaya que sigue dormida a mi lado y me levanto con cuidado para no despertarla. Me pongo una camiseta larga y bajo las escaleras para abrir la puerta. Al otro lado está Nayra, con los ojos rojos y una cara de no haber dormido demasiado.

—Necesito a mi amiga —dice antes de abrazarme.

La abrazo con fuerza mientras ella solloza en mi hombro. No necesito preguntarle qué ha pasado, sé que es por Juan. Dejo que se desahogue, que suelte todo eso que lleva dentro y ha estado conteniendo. Cuando está algo más tranquila nos dirigimos hasta la cocina y preparo café mientras ella se sienta en uno de los taburetes.

—No quiere irse de la casa —dice finalmente—. Dice que es su casa, que él también ha aportado.

—Sabes que eso no es cierto, esa casa la compraste tú antes de casarte.

—Ya, pero dice que después comenzó a pagar la mitad de los gastos y que por eso tiene derecho. Pero eso no es real, Julia, siempre me hice cargo yo de la hipoteca hasta que terminé de pagarla, tú lo sabes. La casa que sí es de los dos es la de la ciudad, soy capaz de que se la quede con tal que me deje tranquila. No quiero nada, solo que se vaya.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunto.

—La realidad es que no lo sé, creo que solo joderme.

Me mantengo en silencio mientras sirvo el café. Escucho pasos en la escalera y veo a Olaya aparecer en el umbral de la cocina. Lleva una de mis camisetas y el pelo revuelto. Nayra nos mira alternativamente y una pequeña sonrisa aparece en su rostro a pesar de las lágrimas.

—Buenos días —saluda Olaya—. Perdón, no quería interrumpir.

—No interrumpes —aseguro—. ¿Quieres café?

Olaya asiente y se acerca a la cafetera. Puedo sentir la mirada de Nayra sobre nosotras, observando cada movimiento, cada gesto.

—Voy a subir a vestirme —dice Olaya tras servirse el café—. Os dejo hablar.

—No, quédate —pide Nayra—. Necesito distraerme y me gustaría conocerte mejor.

Olaya me mira, buscando mi aprobación. Asiento levemente y ella toma asiento junto a Nayra.

—Cuéntame todo desde el principio —pido a mi amiga.

—Juan llegó anoche. Al principio todo parecía normal, cenamos juntos, incluso hablamos de cosas triviales. Pero cuando le dije que necesitábamos separarnos, que lo nuestro ya no funcionaba, se puso como loco. Ya se lo había dicho antes, pero esta vez no parecía él.

—¿Te ha hecho algo? —pregunto alarmada.

—No, físicamente no. Pero sus palabras... —Nayra se interrumpe, conteniendo las lágrimas —. Me ha dicho cosas horribles, Julia. Me ha echado en cara todo, incluso cosas que pasaron hace años. Es como si no supiera con el hombre con el que estaba casada. Ha sido una mierda ver esa cara del que creía que era una persona tranquila. Verlo fuera de sí era algo que no esperaba.

Aprieto la mano de mi amiga mientras sus lágrimas siguen saliendo. Sé que esto le está afectando demasiado, solo necesita saber que estoy ahí, no quiere palabras, solo que yo seré ese hombro donde puede llorar las veces que necesite.

Olaya se levanta y deja la taza en el fregadero, para ponerse a fregar. La observo moverse por mi cocina con naturalidad, como si llevara toda la vida haciéndolo.

—Deberías quedarte aquí unos días —sugiero a Nayra.

—No quiero molestar —responde mirando significativamente a Olaya.

—No molestas —aseguro—. Tenemos una habitación libre.

—Julia tiene razón —interviene Olaya mientras coloca un plato con tostadas en la mesa—. Deberías quedarte, al menos, hasta que las cosas se calmen.

El silencio llena la cocina mientras cada una está sumida en sus pensamientos.

—¿

Has dibujado? —pregunta Nayra de pronto, rompiendo el silencio.

—Anoche me hizo un retrato —respondo, y noto cómo Olaya se tensa ligeramente.

—¿Puedo verlo? —pregunta mi amiga con curiosidad.

Olaya asiente y nos dirigimos a la terraza. El lienzo sigue en el caballete, la luz de la mañana le da un aspecto diferente al de anoche. Nayra se queda en silencio observándolo.

—Es solo un boceto —aclara Olaya.

—Es increíble —dice finalmente—. Tienes un don. ¿Dónde expones normalmente?

—En Oviedo, principalmente —responde Olaya—. Tengo una exposición pendiente para el año que viene. Me iré en octubre de aquí.

Octubre. La palabra cae entre nosotras como una piedra. Es la primera vez que soy consciente de que hay una fecha de regreso y siento cómo algo se remueve en mi interior.

—Deberías exponer aquí también —sugiere Nayra, ajena a mi inquietud—. Conozco algunas galerías.

—Gracias, pero no me quedaré mucho tiempo —responde Olaya, y noto cómo evita mirarme.

Nayra parece captar la tensión repentina y cambia hábilmente de tema, contando más detalles de su situación con Juan. La mañana pasa entre café y conversaciones, pero mi mente no deja de dar vueltas a esa fecha: octubre.

—Debería irme —dice Nayra finalmente—. Tengo que enfrentar a Juan de una vez. Decirle que se vaya.

—Puedes quedarte aquí unos días si lo necesitas —insisto.

—No. Necesito resolver esto —responde poniéndose de pie.

La acompaño hasta la puerta y antes de que salga me mira fijamente.

—¿Cuándo ha pasado?

Miro en dirección a la cocina para ver que Olaya sigue allí.

—No sé de qué me hablas.

—Vamos, Julia, solo hay que mirarte esa risa de idiota que tienes. ¿Cuándo? Porque ayer, cuando quedamos, no había pasado absolutamente nada entre vosotras.

—Anoche —reconozco.

—Para agradecerte las pinturas —dice riendo la muy idiota.

Golpeo su hombro y ella se queja por el golpe.

—¿Cómo fue?

—Bufff, increíble —admito tocando mi pelo con nerviosismo.

Me abraza fuerte antes de marcharse y susurra en mi oído.

—No te cierres, Julia. Sea lo que sea que está pasando aquí, permítete sentirlo.

Cuando regreso a la cocina, el silencio vuelve a instalarse entre Olaya y yo. Ella recoge las tazas de café y comienza a lavarlas, dándome la espalda.

—Sobre octubre... —comienza a decir

—No hablemos de eso ahora —la interrumpo—. Por favor.

No puedo con eso ahora, ¿por qué estropear esto con fechas y planes? ¿Por qué no simplemente vivir el momento? Pero una parte de mí sabe que estoy postergando lo inevitable, que en algún momento tendremos que hablar de qué pasará cuando llegue el momento de que ella regrese a su vida.

Me acerco y la abrazo por detrás, aspirando su aroma, queriendo grabar en mi memoria cada detalle de este momento. Ella se gira entre mis brazos y me besa suavemente.

—¿Qué te parece si pedimos algo para comer? —sugiere.

—Vale —respondo, agradecida por el cambio de tema.

El resto del domingo lo pasamos entre la terraza y el sofá, evitando hablar de fechas o compromisos, viviendo en esta burbuja que hemos creado. Pero la palabra 'octubre' resuena en mi mente como un recordatorio constante de que esto, sea lo que sea, tiene fecha de caducidad.

Escuchar su risa es algo que me apasiona. Me gusta mirarla a los ojos y ver la pasión que tiene cuando habla de arte, o de alguna exposición, como el arte es una parte de ella misma, cómo alza la voz sin darse cuenta al explicar algo con entusiasmo. Me encanta ella, demasiado, para solo llevar unas semanas compartiendo casa.

—¿En qué piensas? —susurra en mi oído.

—En qué tengo miedo —admito—. De esto, de nosotras.

—Lo sé —responde—. Pero ahora estoy aquí, y no pienso irme a ninguna parte.

La beso, porque las palabras no son suficientes para expresar lo que siento. Pero por primera vez en mucho tiempo, el miedo no es más fuerte que el deseo de ser feliz.

Capítulo 19

Olaya

Ver aparecer a Julia cada mañana entrando a la cocina con el pelo todavía húmedo y esa sonrisa somnolienta se ha convertido en mi momento favorito del día. Se acerca y me besa suavemente, un gesto que ahora es tan natural como respirar. Mientras preparo el café, la observo moverse por la cocina, buscando las tostadas, organizando su desayuno. Esta rutina que hemos creado me llena y me destroza a partes iguales, porque sé que tiene fecha de caducidad.

—Bruno me ha escrito —comento, aunque mi corazón late con fuerza—. Dice que le va muy bien con las clases.

Todo lo que le he dicho es mentira. Hace tiempo que no hablo con mi amiga, y menos con Bruno, pero necesito que esta conversación con Julia pase y que no huya.

—Me alegro —responde distraída, untando mantequilla en su tostada.

—También dice que ya solo nos quedan dos semanas antes de que volvamos.

El cuchillo se detiene a medio camino. Julia se tensa visiblemente, pero mantiene la mirada fija en su tostada.

—Julia...

—Se me hace tarde —dice de repente, dejando la tostada a medio comer—. Tengo una reunión importante esta mañana.

—Siempre tienes algo importante cuando intento hablar de esto —protesto.

Se gira para mirarme mientras recoge su bolso, y por un momento veo el miedo en sus ojos, esa vulnerabilidad que tanto intenta ocultar.

—Esta noche hablamos, ¿vale? —promete, aunque ambas sabemos que es mentira.

Antes de que pueda responder, se acerca y me da otro beso, este más largo, como si quisiera borrar con él todas las preguntas que no quiere responder. Cuando se separa, sale rápidamente de la cocina. Escucho la puerta principal cerrarse y me quedo sola, con el café enfriándose y las mismas dudas de siempre flotando en el aire.

Han pasado más de dos meses desde que llegué a la isla, y todo ha cambiado de una manera que jamás hubiera imaginado. La casa, que al principio me pareció tan solo un lugar temporal, se

ha convertido en mi refugio. Julia, que empezó siendo una sorpresa incómoda, ahora es... Julia es todo.

Estoy en la terraza, como siempre, con el lienzo frente a mí. Los materiales que me regaló están esparcidos a mi alrededor, y por primera vez en mucho tiempo, las ideas fluyen naturalmente. El sonido de mi móvil me distrae. Es Paloma.

—¡Por fin das señales de vida! —exclama nada más descolgar.

—Lo siento, he estado ocupada —respondo, limpiando un pincel.

—Ya, ocupada con Julia —puedo escuchar su sonrisa pícara a través del teléfono.

—No solo con ella —protesto, aunque siento el calor subir por mis mejillas—. He estado pintando mucho.

—¿Has recuperado la inspiración?

—Sí —admito, mirando el lienzo frente a mí—. Creo que he encontrado mi próximo proyecto.

—¿Tiene algo que ver con cierta mujer?

Río mientras observo los trazos en el lienzo. Son reflejos de Julia: sus manos sosteniendo una taza de café, la curva de su cuello cuando lee, la forma en que el sol juega con su pelo cuando está en la terraza.

—Es más que eso —explico—. Es la isla, la luz, cómo cambia todo aquí. Pero sí, ella es una parte importante.

—Te has enamorado —no es una pregunta.

—Paloma...

—No intentes negarlo. Se nota en tu voz cuando hablas de ella. Esa mujer te ha hechizado.

Me mantengo en silencio, porque tiene razón. Me he enamorado de Julia, de su forma de ser, de sus miedos y sus fortalezas.

—¿Y qué tal Bruno por allí? —pregunto, cambiando de tema.

—Bien —responde, y noto un cambio en su voz—. Está pensando en quedarse.

—¿En serio?

—Sí, le va muy bien con las clases de surf. Está buscando un local para montar su propia escuela. Aparte hace yoga en el agua, a veces alquila la piscina del pueblo. Las señoras están encantadas con él.

—¿Y tú qué piensas de eso?

—Me ha pedido que vivamos juntos —confiesa—. Pero creo que es demasiado pronto. Sabes que soy muy recelosa de mi espacio y estoy bien así con él.

—Vaya —sonrío—. Parece que los hermanos Bethencourt tienen ese efecto en nosotras.

—La diferencia es que yo no estoy lista para dar ese paso, el vivir con él implica un compromiso que todavía no quiero —dice—. Me gusta, mucho, pero necesito ir más despacio.

Asiento, aunque ella no puede verme. Entiendo perfectamente lo que dice.

—He intentado hablar con Julia sobre octubre —digo finalmente—. Sobre qué tengo que volver.

—¿Y?

—Me evita. Cada vez que intento sacar el tema, cambia de conversación o encuentra algo urgente que hacer. Las primeras veces pensaba que no me escuchaba, que estaba sumida en su trabajo, pero no es así, realmente no quiere tocar el tema.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —admito—. Me encanta estar aquí, Paloma. He encontrado algo que pensé que había perdido. No solo la inspiración para pintar, sino... paz. Me siento en casa.

—¿Has pensado en quedarte?

—Sí, pero no es tan simple. Tengo compromisos en Oviedo, la galería, la exposición...

—Pero después de eso.

Me quedo en silencio, pensando. ¿Después de eso? La idea de volver a mi vida anterior me produce una sensación de vacío que no esperaba.

—Necesito que Julia quiera que me quede —digo finalmente—. No puedo tomar esa decisión sola.

—¿Y si ella no es capaz de pedírtelo?

—Entonces tendré que aceptar que esto fue solo un verano perfecto. Me marcharé y volveré, pero no estando Julia en mi vida. Sé que es aquí donde quiero estar, prefiero que sea con Julia, pero si no es así, ya nada me detendrá a avanzar.

—Hay más islas, puedes probar en otras.

—Cuando te enamoras de una, es difícil mirar a otras.

—¿Te refieres a la isla o a las mujeres? —pregunta.

—No lo sé.

Seguimos hablando de nuestras cosas, no sé el tiempo que estamos al teléfono poniéndonos al

día. Escucho la puerta principal abrirse. Julia ha llegado del trabajo. En ese momento me doy cuenta de que llevamos más de dos horas hablando.

—Tengo que dejarte —le digo a Paloma—. Ha llegado.

—Habla con ella, Olaya. No dejes que el miedo os separe.

Cuelgo y observo a Julia acercarse. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado y la blusa media desabrochada y con el cansancio de una jornada intensa en su rostro, pero, aun así, está preciosa. Se acerca y me besa suavemente.

—¿Has estado pintando todo el día? —pregunta, mirando el lienzo.

—Sí, creo que por fin he encontrado lo que buscaba.

—¿Y qué es?

La miro fijamente, queriendo decirle que es ella, que siempre ha sido ella. Que quiero quedarme, que quiero explorar esto que tenemos. Pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Miedo, eso es lo que siento, al rechazo, al no poder ser, a un tal vez que nunca llegue. Así que prefiero mantenerme en silencio.

—Ya lo verás —respondo, y veo cómo sonríe antes de entrar a la casa.

Me quedo mirando su espalda mientras se aleja, preguntándome cuánto tiempo más podré evitar la conversación que necesitamos tener. La hora de irme se acerca, y con ella, decisiones que ninguna de las dos parece preparada para tomar.

Capítulo 20

Julia

Me despierto sobresaltada, con el corazón latiendo desbocado. He vuelto a soñar con Dunia. En el sueño estábamos en Pozo Izquierdo, como tantas otras veces, pero esta vez era diferente. Olaya también estaba allí, observándonos desde la orilla. Me giro en la cama y encuentro el espacio vacío a mi lado. El sonido de música suave llegando desde la terraza me indica dónde está Olaya, probablemente pintando desde primera hora de la mañana. Como hace desde que ha encontrado la inspiración y a mí me encanta verla concentrada en el lienzo, cómo es capaz de aislarse de todo alrededor y concentrarse en lo que hace.

Me levanto y me acerco a la ventana. Desde aquí puedo verla, concentrada en su lienzo, con el pelo recogido descuidadamente y manchas de pintura en la camiseta que lleva puesta. Mi camiseta, esa que le dejé la primera vez. La observo mientras trabaja, y el pensamiento de que pronto no estará aquí me golpea con fuerza. Respiro profundamente intentando sacar esa sensación de mi pecho, me duele saber que se va, pero no estoy preparada para esa conversación.

Mi móvil vibra sobre la mesilla. Al mirar la pantalla, veo que es Nayra.

—¿Café en media hora? —pregunta cuando descuelgo.

—Vale —acepto.

Tras eso, cuelgo y agradezco que mi amiga saque esos pensamientos de mi cabeza. Me visto rápidamente y bajo las escaleras. Olaya levanta la vista cuando me acerco.

—Buenos días —sonríe, y mi corazón da un vuelco—. ¿Ya te vas?

—He quedado con Nayra —respondo, inclinándome para besarla—. ¿Necesitas algo?

—No, estoy bien aquí —dice, volviendo a su lienzo—. Dale recuerdos a Nayra.

Mientras conduzco hacia la cafetería, pienso en cómo ha cambiado todo en estos meses. Cómo mi casa, que antes era un refugio silencioso, ahora está llena de música, de risas, del olor a pintura y café. De ella.

Nayra ya está sentada en nuestra mesa habitual cuando llego.

—Tienes cara de no haber dormido bien —dice a modo de saludo.

—He soñado con Dunia —admito mientras me siento.

—¿Otra vez? —pregunta con preocupación—. ¿El mismo sueño?

—No, este era diferente. Olaya estaba allí.

Nayra me observa en silencio mientras el camarero nos trae el café.

—¿Has hablado con ella? —pregunta finalmente—. Sobre qué se va pronto.

—No puedo —admito, removiendo mi café sin mirarla—. Cada vez que pienso en ello, es como si me faltara el aire.

—Julia...

—Lo sé, lo sé —la interrumpo—. Sé que tengo que hablar con ella, que tenemos que decidir qué va a pasar. Pero tengo tanto miedo, Nayra.

—¿De qué exactamente?

—De todo —suspiro—. De que se vaya, de que se quede, de lo que siento por ella. Es como si Dunia volviera a aparecer en mis pensamientos para recordarme lo que pasa cuando te permites amar demasiado.

—No puedes comparar las situaciones —dice Nayra tomando mi mano—. Lo que pasó con Dunia fue un accidente terrible, pero no puedes dejar que ese miedo te impida vivir.

—¿Y si la pierdo a ella también?

—La vas a perder seguro, si no haces nada —responde resoplando—. ¿Es eso lo que quieres?

Me mantengo en silencio, pensando en Olaya, en cómo sus ojos brillan cuando habla de arte, en cómo su risa llena cada rincón de mi casa, en cómo sus besos han derribado cada muro que construí durante años. Como esa mujer ha invadido mi espacio y, aunque en un principio me violentaba, ahora no lo hace, sé que me gusta tenerla a mi lado, pero soy una cobarde.

—La amo —susurro, y es la primera vez que lo digo en voz alta.

—Lo sé —sonríe Nayra—. Se te nota cada vez que la miras.

—Pero no estoy preparada, Nayra. No puedo pedirle que se quede cuando ni siquiera sé si seré capaz de darle lo que necesita.

—¿Y qué crees que necesitas?

—Alguien que no esté roto —respondo con amargura—. Alguien que no tenga tanto miedo todo el tiempo. Alguien a quien su cabeza no le juegue malas pasadas, pensando que todo irá mal.

—Lo que necesita es que seas honesta con ella —dice Nayra—. Que le cuentes tus miedos, tus dudas. No puedes pretender que adivine lo que pasa por tu cabeza.

—¿Y si no lo entiende?

—¿Y si sí? —contraataca—. Julia, esa mujer te mira como si fueras lo más precioso del mundo. Te ha visto en tus peores momentos y sigue ahí. ¿No crees que merece al menos saber la verdad?

Pienso en el día de la playa, en cómo Olaya me escuchó hablar de Dunia sin juzgar, en cómo me abrazó mientras lloraba. En cómo, desde entonces, nunca me ha presionado para entrar al agua, respetando mis miedos.

—Mírame, crees que fue fácil el final de la relación con mi marido, no lo fue Julia, pero tenía que avanzar. La pregunta es: ¿tú quieres avanzar?

Nos mantenemos en silencio y miro a mi amiga que me reta con la mirada. Sé lo que intenta hacer, pero sigo siendo una cobarde.

Mi móvil vibra en mi bolsillo. Es un mensaje de Olaya:

"Te echo de menos. La casa está muy silenciosa sin ti."

Miro la pantalla y después le enseño el móvil a mi amiga.

—Necesitas dejar de tener miedo —dice—. Necesitas permitirte ser feliz de nuevo.

—Lo sé —afirmo.

—Pues hazlo, Julia, o la vas a perder.

Perder, esa palabra resuena en mi cabeza. Ya perdí una vez a alguien que amaba con locura, y creo que no estoy preparada para sufrir de nuevo, pero si no hago algo, se marchará y no quiero eso.

Cuando vuelvo a casa, encuentro a Olaya dormida en el sofá, con manchas de pintura en las mejillas y su libreta de dibujos sobre el pecho. La observo dormir, pensando en todo lo que Nayra ha dicho, en todo lo que siento.

Acaricio su rostro y ella abre los ojos y me recibe con esa sonrisa que me vuelve loca y que no me gustaría perder de vista nunca.

—Me he quedado dormida —dice incorporándose—. No he manchado nada —empieza a decir mirando el sofá.

—No, no hay nada manchado —digo finalmente al verla revisando todo.

—Es que la dueña de la casa es un poco especial cuando mancho cosas sin darme cuenta.

—Esa mujer dicen que es bastante cascarrabias —admito.

—Naaaa. Bueno, un poco, pero es mi cascarrabias favorita.

Olaya se inclina y deja un beso en mis labios. Cuando se separa, me mira directamente a los ojos, y yo veo el deseo en ellos, soy yo la que la atraigo en ese momento. Me coloco encima a horcajadas y Olaya comienza a quitarme la ropa, yo simplemente me dejo hacer por la mujer que tengo debajo, recorre mi cuerpo con caricias, aprieta mis pechos, los lame y succiona, haciendo sentir un placer casi inexplicable. Ella es capaz de llevarme al orgasmo solo tocando mis pechos y que mi sexo puede rozarse contra su cuerpo. Es capaz de hacerme sentir de una forma casi incontrolable. Mi cuerpo tiembla cuando ella me toca, suspira con un susurro y disfrutar del placer cuando sus manos lo recorren.

Terminamos desnudas en el sofá, ella sobre mí, descansando después del orgasmo y yo acariciando su pelo, estoy feliz, pero el miedo me invade. Tengo que ser valiente y contarle lo que me pasa, cuáles son mis debilidades y mis temores. Tengo que hacerlo, por mí, por ella, por las dos.

Ahora solo necesito encontrar el valor para decírselo.

Capítulo 21

Olaya

El sol de la tarde cae y Julia no ha vuelto del trabajo. Ha pasado tiempo desde aquella primera noche juntas, y cada día que pasa, siento que me enamoro más de esta isla, de esta casa, de Julia. Pero el tiempo se escurre entre mis dedos, como la pintura que mancha mis manos, recordándome que solo me queda una semana más aquí.

Mi móvil vibra sobre la mesa. Es Paloma.

—¿Ya has hablado con ella? —pregunta sin saludar.

—No —admito—. Cada vez que intento sacar el tema, se cierra.

—Bruno me ha dicho que ha encontrado un local para la escuela de surf.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida.

—Sí, dice que va a quedarse definitivamente. Está entusiasmado con la idea.

Me quedo en silencio, pensando en cómo el hermano pequeño de Julia ha encontrado su lugar allí, mientras yo sigo en este limbo de incertidumbre.

—Podrías dejarle tu casa —sugiere Paloma—. Ya que has decidido que quieres quedarte en la isla.

—No he decidido nada —protesto, aunque ambas sabemos que miento.

—Vamos, Olaya. Te conozco. Nunca te había escuchado así, con tanta pasión. La isla te ha devuelto algo que creías perdido.

—No es solo la isla —admito en voz baja.

—Lo sé. Por eso tienes que hablar con ella.

Escucho el sonido de la puerta principal abriéndose. Julia ha llegado del trabajo.

—Tengo que dejarte —digo rápidamente—. Ha llegado.

—Siempre me cortas cuando ella aparece —protesta.

—Adiós —me despido.

—Habla con ella —insiste Paloma antes de colgar.

Me giro para ver a Julia acercándose. Lleva el pelo recogido en un moño descuidado y la

blusa ligeramente arrugada después de un largo día de trabajo. Aun así, me quita el aliento.

—Hola —sonríe, inclinándose para besarme—. ¿Has estado pintando todo el día?

—Sí —respondo, señalando el lienzo—. La luz de la tarde es perfecta.

—Voy a darme una ducha —dice, y noto cómo sus ojos evitan mirar mi trabajo—. ¿Pedimos algo para cenar?

—Vale —acepto—. ¿Tailandés?

Asiente antes de desaparecer dentro de la casa. Me quedo mirando su espalda mientras se aleja, reuniendo el valor para la conversación que necesitamos tener.

Mientras espero que regrese, ordeno mis materiales y limpio los pinceles. El sonido del agua de la ducha me llega desde arriba, mezclándose con el rumor del mar. Es increíble cómo estos sonidos se han vuelto tan familiares, tan míos.

Cuando Julia baja, ya he pedido la cena y preparado la mesa en la terraza. La brisa es agradable a esta hora.

—He hablado con Paloma y me ha hablado sobre Bruno —comento mientras nos sentamos —. Dice que ha encontrado un local para su escuela.

—¿En serio? —pregunta, y noto cierta tensión en su voz.

—Sí. Está muy ilusionado. Me preguntaba... —dudo un momento— podría quedarse en mi casa mientras encuentra algo definitivo.

Julia se queda inmóvil, con el tenedor a medio camino.

—¿Tu casa?

—Sí, ya que... —respiro hondo—, ya que estoy pensando en quedarme aquí.

El silencio que sigue a mis palabras es ensordecedor. Julia mantiene la mirada fija en su plato.

—No tiene por qué quedarse en tu casa —dice finalmente—. Puede buscar algo de alquiler.

—Lo sé, pero sería temporal. Hasta que yo... bueno, si tú quisieras que siguiéramos con esto, podría buscar algo aquí.

—Los alquileres son carísimos —responde mecánicamente—. Lo mejor es que regreses.

Siento como si me hubieran dado una bofetada. Como si todo esto solo fuese solo por mi parte, quiero gritarle, preguntarle qué, cuando la siento estremecer entre mis brazos, ¿qué es lo que significa?, ¿qué sí ha estado jugando todo este tiempo?

—¿Eso es todo? —pregunto, intentando controlar el temblor en mi voz—. ¿Eso es todo lo

que vas a decir?

—¿Qué más quieres que diga? —responde, y noto cómo se cierra completamente.

—No sé, Julia. Quizá podrías decir que te importo, que quieres que me quede, que esto —señalo entre nosotras— significa algo para ti.

—Olaya...

—No —la corto—. Llevo semanas intentando hablar contigo sobre esto. Semanas viendo cómo te cierras cada vez que menciono el futuro. Y lo único que se te ocurre decir es que los alquileres son caros.

Me pongo de pie, necesitando poner distancia entre nosotras.

—He encontrado algo aquí que pensé que había perdido —continúo—. No solo la inspiración para pintar, sino paz. Me siento en casa aquí. Contigo.

—Esta no es tu casa —dice en voz baja.

Sus palabras me golpean con más fuerza que cualquier grito.

—Tienes razón —respondo, y las lágrimas que he estado conteniendo comienzan a caer—. Esta no es mi casa. Y está claro que nunca lo será.

Me dirijo hacia las escaleras, necesitando escapar de esta situación, de ella, de este dolor que me atraviesa el pecho.

—¿A dónde vas? —pregunta.

—A hacer las maletas —respondo sin girarme—. No tiene sentido esperar una semana más cuando está claro que esto no va a ninguna parte.

—Olaya, por favor...

—No, Julia. No puedo seguir así. No puedo seguir esperando que te abras, que confíes en mí, que me dejes entrar. Pensé... —mi voz se quiebra—, pensé que lo que teníamos era especial. Que podríamos construir algo juntas. Pero no puedes construir nada con alguien que tiene miedo hasta de admitir lo que siente.

Subo las escaleras sin mirar atrás, aunque cada paso me duele como si estuviera caminando sobre cristales rotos. Entro en mi habitación, no la que comparto con ella cada noche, sino la que me quedé cuando vine y comienzo a meter mis cosas en la maleta.

A través de las lágrimas, veo los materiales de arte que me regaló, los lienzos a medio terminar, los bocetos de ella en mi libreta. Todo lo que podríamos haber sido si ella no tuviera tanto miedo de vivir.

Cojo mi móvil y llamo a mi amiga, necesito refugiarme en alguien.

—Me voy —digo cuando siento que descuelga.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, probablemente notando que estoy llorando.

—No puedo más, Paloma. No puedo seguir aquí pretendiendo que esto tiene futuro cuando ella ni siquiera es capaz de pedirme que me quede.

—Olaya —susurra mi amiga.

—No, por favor. No intentes convencerme de que me quedé. Ya he tomado una decisión.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana mismo. Buscaré un vuelo para primera hora.

—¿Quieres que vaya a buscarte al aeropuerto?

—Por favor —susurro, agradecida por tener una amiga como ella.

Después de colgar, me siento en la cama y miro alrededor. ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo este lugar se haya convertido en mi hogar? ¿Cómo voy a poder volver a mi vida anterior después de haber conocido lo que es despertar cada mañana junto a Julia?

Escucho sus pasos en el pasillo, vacilantes, como si no supiera si debe acercarse o no. Finalmente, los pasos se alejan y escucho cómo se cierra la puerta de su habitación.

Me dejo caer en la cama, permitiendo que las lágrimas fluyan libremente. Mañana volveré a mi vida en Asturias, a mi rutina, a mi soledad. Pero sé que una parte de mí se quedará aquí, en esta isla, en esta casa, con esta mujer que no se atreve a amarme como yo la amo a ella.

Capítulo 22

Julia

La observo marchar por la puerta de embarque y no soy capaz de moverme. No puedo decir nada, las palabras se atoran en mi garganta mientras veo cómo se aleja, llevándose con ella una parte de mí que ni siquiera sabía que existía hasta que llegó a mi vida.

Anoche la escuché llorar en su habitación. Me quedé frente a su puerta, con la mano levantada, queriendo llamar, queriendo decirle que se quedara, que la necesitaba, que la amaba. Pero el miedo me paralizó, como siempre.

Esta mañana, cuando bajó con su maleta, apenas me miró. Su rostro, normalmente lleno de vida, estaba apagado, con marcas de lágrimas que no pudo ocultar.

—Yo te llevo al aeropuerto —dije.

—Puedo coger un taxi, no quiero que llegues tarde al trabajo —respondió con sequedad.

—No es una opción.

—Contigo nunca la hay, es todo blanco o negro —dijo saliendo con la maleta de la casa.

La ignoré, igual que ignoraba lo que sentía. Salí tras ella, abrí el maletero y ella me miró agotada, vi la pena en sus ojos, pero mis miedos eran más fuertes. Conduje en silencio hasta el aeropuerto y una vez aparqué, ella salió del coche.

—Adiós, Julia —fue todo lo que dijo.

Ahora, de pie en medio del aeropuerto, veo cómo su figura desaparece entre la gente. Me quedo allí hasta que su vuelo figura el embarque, y solo entonces me permito romperme.

Camino hasta mi coche como un autómata. En cuanto cierro la puerta, las lágrimas que he estado conteniendo explotan. Golpeo el volante con frustración, con rabia, con dolor. Los ojos humedecidos nublan mi visión mientras busco mi teléfono.

—Nayra —logro decir cuando mi amiga contesta—. Se ha ido.

—¿Dónde estás?

—Aparcada en la parte alta, donde son las salidas. Puerta cinco.

—No te muevas. Voy para allá.

Media hora después, Nayra abre la puerta del copiloto y se sienta a mi lado. No dice nada, solo me abraza mientras sigo llorando.

—La he dejado ir —susurro finalmente—. No he sido capaz de pedirle que se quede.

—¿Por qué, Julia? —pregunta suavemente—. ¿Por qué no pudiste decirle lo que sientes?

—Porque tengo miedo —admito—. Tengo tanto miedo que me paraliza.

—¿Miedo a qué? ¿A ser feliz?

—A perderla —respondo, y la verdad de mis palabras me golpea.

—¿A qué le pase lo mismo que a Dunia? —completa Nayra.

Asiento, incapaz de hablar.

—Julia, mírame —dice mi amiga, tomando mi rostro entre sus manos—. No puedes seguir viviendo así. No puedes dejar que el miedo te impida vivir. Lo que pasó con Dunia fue terrible, pero no puedes castigarte eternamente por ello.

—No sé cómo dejar de hacerlo —confieso—. No sé cómo avanzar.

—Empiezas permitiéndote sentir. Permitiéndote amar. Olaya no es Dunia, y lo que pasó hace veinte años no tiene por qué repetirse.

—Y ahora la he perdido —digo, y nuevas lágrimas caen—. La he perdido por cobarde.

—No la has perdido todavía —me dice—. Pero la perderás si no haces algo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres pasar el resto de tu vida preguntándote qué hubiera pasado si hubieras sido valiente por una vez?

Sus palabras me duelen, pero no deja de ser verdad lo que dice. Pienso en Olaya, en su risa, en cómo llenó mi casa de color y vida, en cómo sus besos me hacían sentir viva de nuevo.

—¿Qué hago, Nayra? —pregunto desesperada.

—Vas a dejar de autocompadecerte. Deja de esconderte detrás de tus miedos. Y ve a por ella.

—¿Y si es tarde?

—¿Y si no lo es? —contraataca—. Julia, esa mujer te ama. Se le nota en cada mirada, en cada gesto. Pero no puede luchar sola por esto. Necesita que tú también luches.

Me recuesto en el asiento, cerrando los ojos. La imagen de Olaya marchándose me atormenta, pero más me atormenta la idea de no volver a verla nunca más.

—¿Sabes qué es lo peor? —digo después de un momento—. Que anoche, mientras la escuchaba llorar, todo lo que quería era entrar en su habitación y decirle que la amo, que quiero construir una vida con ella, que me da igual si es aquí o en Asturias o en cualquier parte del

mundo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque soy una cobarde —admito—. Porque es más fácil esconderse detrás del miedo que arriesgarse a ser feliz.

—Pues espabila —dice Nayra con dureza—. Porque si no lo haces, vas a perder a la mejor cosa que te ha pasado en años por tus gilipolleces.

—¿Qué hago? —vuelvo a preguntar.

—Ir a por Olaya. Vas a demostrarle que eres capaz de superar tus miedos por ella. Que lo que tenéis es más fuerte que tus fantasmas del pasado.

Asiento, sintiendo cómo una nueva determinación crece en mi interior. El miedo sigue ahí, probablemente siempre estará, pero por primera vez en mucho tiempo, no voy a dejar que me controle.

—Gracias —digo, abrazando a mi amiga.

—No me las des todavía —responde—. Guárdatelas para cuando hayas recuperado a tu chica.

—Antes tengo algo pendiente para poder seguir avanzando.

—Haz lo que tengas que hacer, pero hazlo o la perderás.

Salimos del aeropuerto cada una en su coche, y mientras conduzco, siento que cada kilómetro me acerca un poco más a la persona que quiero ser, a la vida que quiero tener. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Capítulo 23

Julia

Camino entre las lápidas del cementerio, un lugar que he evitado durante años. El sol de media mañana calienta mi piel mientras mis pies me llevan automáticamente hacia donde está ella. Veinte años y todavía recuerdo el camino como si lo hubiera hecho ayer.

La tumba de Dunia está como la última vez que la vi, cubierta de flores frescas. Su madre sigue viniendo cada semana, manteniendo vivo su recuerdo con esa devoción que solo una madre puede tener. Me detengo frente a la lápida, sintiendo el peso de todos estos años de ausencia, de culpa, de miedo.

—Hola —susurro, y mi voz suena extraña en el silencio del cementerio—. Sé qué hace mucho que no vengo.

Me arrodillo frente a la tumba, pasando mis dedos por las letras grabadas en la piedra. Su nombre, las fechas, esa frase que su madre eligió: "Siempre libre, siempre sonriendo".

—Lo siento —continúo, y las lágrimas comienzan a caer—. Siento no haber venido antes, siento haberme encerrado en mí misma, siento... —mi voz se quiebra—. Lamento haber dejado que el miedo me impidiera vivir.

El viento mueve suavemente las flores, y por un momento me permito recordar: su risa, sus ojos brillantes, la forma en que amaba la vida sin reservas.

—Ha pasado algo —digo después de un momento—. He conocido a alguien. Se llama Olaya, y... —sonrío a través de las lágrimas—, me recuerda tanto a ti en algunas cosas. Tiene esa misma forma de ver la vida, esa libertad que tú tenías. Es artista, ¿sabes? Pinta de una manera que te deja sin aliento. Llena todo de color, como tú llenabas todo de risas.

Me siento en el suelo, apoyando mi espalda contra la lápida, como tantas veces me apoyé contra ella en vida.

—La amo —confieso—. La amo tanto que me asusta. Y ese miedo me ha hecho perderla. Cómo te perdí a ti.

Las lágrimas caen libremente ahora, pero por primera vez en muchos años, no son lágrimas solo de dolor.

—Pero esta vez es diferente —continúo—. Esta vez puedo hacer algo. Esta vez puedo luchar.

Y necesito que me dejes ir, Dunia. Necesito dejar de sentirme culpable por seguir viva, por querer ser feliz.

El silencio del cementerio es roto solo por el canto lejano de los pájaros. Cierro los ojos, recordando nuestro último día juntas, sus últimas palabras: "Una ola más, Julia". "Solo una más". El cómo te insistía en que salieras, que se hacía tarde y tu insistencia en no hacerlo.

—No fue mi culpa —digo en voz alta, y es la primera vez que me permito decirlo—. No fue mi culpa que el mar te llevara. No fue mi culpa que aquella ola fuera demasiado fuerte. No fue mi culpa...

Las palabras salen entre sollozos, liberando un peso que he cargado durante dos décadas.

—Te amé —continúo cuando logro calmarme—. Te amé con toda la intensidad que una chica de veinte años puede amar. Y sé que tú me amaste igual. Pero ahora necesito permitirme amar de nuevo. Necesito dejar de tener miedo de perder a la persona que amo.

Me pongo de pie, limpiando mis lágrimas.

—Olaya ha llegado a mi vida como un torbellino, igual que llegaste tú. Me ha hecho sentir viva de nuevo, me ha hecho reír, me ha hecho querer ser mejor. Y la he dejado marchar porque tenía miedo. Pero ya no más.

Toco suavemente la lápida, trazando su nombre una última vez.

—Siempre serás una parte de mí —susurro—. Siempre estarás en mi corazón. Pero necesito avanzar. Necesito permitirme ser feliz de nuevo. Y sé que es lo que tú hubieras querido.

Saco de mi bolso una pequeña caracola, siempre la llevo conmigo, una que recogimos juntas en nuestra última mañana en la playa, y la coloco junto a las flores.

—Te prometo que volveré —digo—. No para llorar, sino para contarte cómo va mi vida. Para compartir contigo mi felicidad, como siempre quisiste que fuera feliz.

Me alejo de la tumba, sintiendo como si un peso enorme se hubiera levantado de mis hombros. El sol brilla con más fuerza, o quizás soy yo la que por fin puede ver su luz claramente.

Saco mi móvil y marco el número de Nayra.

—¿Cómo ha ido? —pregunta cuando contesta.

—Bien —respondo, y por primera vez en mucho tiempo, lo digo en serio—. Necesito que me ayudes con algo.

—¿El qué?

—Voy a ir a buscarla —digo con determinación—. Necesito unos días libres en el trabajo y un billete a Asturias.

—Ya era hora —responde, y puedo escuchar su sonrisa—. ¿Qué necesitas que haga?

—Que me busques el primer vuelo a Oviedo, yo voy a ir a la sucursal principal del banco a solicitar mis vacaciones, espero que lo entiendan.

—Claro que lo van a entender, ¿cuánto hace que no coges vacaciones?

—Me obligan a cogerlas —afirmo—. Así que espero no tener problemas.

—Te aviso cuando tenga la hora y el día del vuelo, hoy no va a ser.

—Lo sé, el primero que veas, Nayra, no importa el dinero.

—Que sí, pesada.

Escucho su risa tras el teléfono, sé que está con alguien, seguro que con el becario. Me he ocupado tanto de mí que no sé qué le pasa ahora a mi amiga con ese muchacho.

—¿Estás con él? —pregunto.

—Sí. Estamos en mi oficina.

La risa sale de forma inconsciente, Nayra y el chico encerrados en una oficina, eso suena peligroso.

—No huyas de lo que sientes —le pido.

—No lo voy a hacer.

Mientras salgo del cementerio, siento que cada paso me aleja un poco más de mis miedos y me acerca más a Olaya. Solo espero que no sea demasiado tarde para demostrarle que estoy dispuesta a luchar por nosotras.

Capítulo 24

Julia

—¿Una semana de vacaciones? ¿Sin previo aviso? —Mercedes, la directora de recursos humanos, me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza. No la culpo. En mis diez años como directora de la sucursal del banco, jamás he pedido algo así.

—Sé que es poco ortodoxo —respondo, manteniendo mi postura profesional, aunque por dentro estoy hecha un manojo de nervios—. He preparado todos los informes mensuales por adelantado, y tanto Jesús como Sandra están perfectamente capacitados para supervisar las operaciones en mi ausencia.

Mercedes cruza las manos sobre su escritorio.

—Julia, el trimestre se cierra en unos días. Hay que presentar las cuentas, y pides ahora vacaciones

—Sabes lo previsora que he sido siempre, está casi todo terminado, solo quedan pendientes estos días y así poder cerrar todo. Si hace falta teletrabajo, ya lo hemos hecho.

Me estudia con atención. Hemos trabajado juntas durante años, y sabe que no soy de las que toman decisiones impulsivas.

—Esto es por la locura esa que hizo tu hermano, ¿es por él? ¿La ha liado en Asturias?

—No exactamente. Fue la chica que intercambio la casa con Bruno —confieso.

—¿Qué ha pasado?

—La he cagado, Mercedes —admito, dejando caer por un momento mi máscara profesional —. Y necesito arreglarlo antes de que sea demasiado tarde.

Se recuesta en su silla y me observa durante lo que parece una eternidad. Ha estado aquí desde el principio, vio cómo me sumergí en el trabajo después de lo de Dunia, cómo convertí el banco en mi única razón de vivir.

—¿Sabes? En los últimos meses has estado diferente —dice finalmente—. Más relajada, más viva. Incluso empezaste a irte a casa a una hora decente.

Me quedo en silencio, ha cogido mis manos como si fuese una madre en este preciso intente, sonríe antes de continuar.

—Tienes diez días. No la pierdas por el trabajo, Julia.

—Gracias, Mercedes —digo aliviada por lo conseguido.

—No me las des —responde, comenzando a teclear en su ordenador—. Solo asegúrate de que cuando vuelvas, esa luz en tus ojos siga ahí. Y Julia —me llama antes de que pueda salir del despacho.

—¿Sí?

—Ya era hora de que pusieras tu vida personal por delante del trabajo.

Salgo de su oficina y me dirijo directamente a mi coche. Llego a la oficina y mis compañeros extrañados me miran. Les comento qué es lo que ha pasado y que me voy unos días de vacaciones. La sorpresa de ellos se mezcla con la felicidad de verme por primera vez en mucho tiempo capaz de tomar decisiones por mi vida personal.

Intento dejar todo en regla y advertirles de que cualquier cosa que pase, me llamen, que me voy a llevar el portátil y me puedo conectar desde cualquier lado. Cuando el banco cierra me subo al coche y miro mi móvil comprobando la hora, Olaya ya ha tenido que llegar a Asturias y no me ha dicho nada y sospecho que no lo hará.

Veo que tengo un mensaje de Nayra y que me confirma que el billete es para mañana por la tarde, así que llegaré de noche a Oviedo. Antes de salir hacia mi casa abro la conversación con Olaya y sonrío cuando leo, “no llegues tarde” “te estoy esperando desnuda” Mis ojos se encharcan porque no entiendo como he sido capaz de dejar que se fuese, por qué fui tan cobarde. Limpio mi rostro y decido no lamentarme más, sino actuar.

Busco en la agenda su número y aprieto el botón de llamada, uno, dos, tres… así continúan los tonos hasta que se corta, lo vuelvo a intentar y obtengo el mismo resultado. Frustrada, lanzo el móvil al asiento del copiloto y conduzco en silencio. Cuando llego, lo vuelvo a intentar y la respuesta es la misma. Olaya no coge el teléfono y eso me cabrea. No quiero darme por vencida, no está vez, así que vuelvo a marcar y esta vez simplemente salta un mensaje. “El teléfono al que llamas está apagado o fuera de cobertura en este momento”

—No me jodas, Olaya —protesto cabreada.

Pero no tengo derecho de hacerlo, porque no fui capaz de hacer nada cuando la tenía aquí, de hablar y decirle que tenía y tengo miedo, que quiero aprender.

Llega la noche y tras mandarle de forma desespera varios *WhatsApp* y no llegarles, me doy por vencida, pero con ella, aún tengo otra baza y es mi hermano, ese capullo me debe muchos favores.

—¿Estás segura de esto? —pregunta como si yo hiciera cosas de forma impulsiva como suele

hacer él.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

Escucho cómo bufa a través del teléfono.

—Te enviaré su dirección por *WhatsApp*, es en las afueras de Oviedo. Tiene un estudio de pintura anexo a la casa, no tiene pérdida.

—Bruno...—dudo un momento—. ¿Cómo está ella?

Hay un silencio al otro lado de la línea que me encoge el corazón. Solo escucho la respiración de mi hermano que se debe de estar debatiendo entre sí contarme o dejarme con esa duda.

—Está mal, Julia, cómo quieres que esté. Yo sé muy poco, llegó al medio día como sabes y Paloma esta noche se queda con ella.

—Voy a arreglarlo —prometo.

—Más te vale —dice con una suavidad impropia de él—. No la cagues esta vez, hermanita. No dejes que el pasado siga arrastrándote.

—Lo sé —susurro—. Por eso voy mañana, es lo más pronto que he conseguido.

—Perfecto —dice, y puedo escuchar su sonrisa—. Ve a por ella. Y Julia...

—Dime.

—Estoy orgulloso de ti. De que por fin abras ese corazón de hielo y dejes que alguien lo traspase.

—Lo hizo sin darme cuenta —admito.

Cuelgo el teléfono con lágrimas en los ojos. Necesito descansar porque mañana me espera un día bastante intenso.

El frío de Asturias me golpea nada más bajar del avión. Me ajusto la chaqueta mientras camino por el aeropuerto, siguiendo las indicaciones que Bruno me ha dado para llegar a casa de Olaya.

Ahora, mientras conduzco por las calles de Oviedo en un coche de alquiler, repaso mentalmente todo lo que quiero decirle.

El GPS me indica que he llegado a mi destino. Es una casa pequeña en las afueras, con un jardín delantero lleno de flores. Me quedo en el coche, observando las luces encendidas a través de las ventanas. Son casi las nueve de la noche, y el cielo ya está completamente oscuro.

Respiro profundamente antes de bajar del coche. El aire frío llena mis pulmones, dándome el valor que necesito. Camino hasta la puerta y, antes de que pueda arrepentirme, toco el timbre.

Los segundos que tardo en escuchar pasos acercándose se me hacen eternos. Y entonces, la puerta se abre.

Olaya está allí, con el pelo recogido descuidadamente y un pijama que hace tiempo debía de estar en la basura, pero así y todo es preciosa. Se queda paralizada al verme, sus ojos abriéndose con sorpresa.

—Julia —susurra, y el sonido de mi nombre en sus labios hace que mi corazón se acelere.

—Hola —respondo, y mi voz suena más temblorosa de lo que quisiera—. ¿Puedo pasar?

Ella parece dudar un momento, pero finalmente se hace a un lado. El interior de su casa es exactamente como la imaginaba: llena de color, de cuadros, de vida. Tan diferente a mi casa ordenada y metódica.

—¿Qué haces aquí? —pregunta mientras me guía hasta la sala.

—Necesitaba verte —respondo con sinceridad—. Necesito decirte tantas cosas...

—Julia... —comienza, pero la interrumpo.

—No, por favor. Déjame hablar. Si después quieres que me vaya, lo entenderé, pero necesito que me escuches.

Ella asiente y se sienta en el sofá. Me mantengo de pie, estoy demasiado nerviosa para sentarme.

—He sido una cobarde —empiezo—. He dejado que el miedo controlara mi vida durante tanto tiempo que había olvidado cómo era vivir realmente. Y entonces llegaste tú.

Me paso las manos por el pelo, buscando las palabras adecuadas.

—Llegaste con tu sonrisa, con tu forma de ver la vida, con tu arte. Entraste en mi casa y en mi vida como un torbellino de color, y yo no supe cómo manejarlo. Me asustaba lo que me hacías sentir, lo mucho que te necesitaba.

—¿Por qué? —pregunta en voz baja—. ¿Por qué te asustaba tanto?

—Porque la última vez que me permití amar así, la última vez que me permití ser completamente feliz, lo perdí todo —respondo, y las lágrimas amenazan con caer—. Dunia murió, y una parte de mí murió con ella. Me encerré en mí misma, construí muros tan altos que creí que nadie podría derribarlos. Y entonces apareciste tú, y sin ni siquiera intentarlo, comenzaste a demolerlos uno a uno.

Me acerco y me arrodillo frente a ella, necesito que vea la verdad en mis ojos.

—Fui al cementerio —continúo—. Por primera vez en años, fui a hablar con ella. A despedirme, como debería haberlo hecho hace mucho tiempo. A permitirme avanzar.

—Julia...

—Te amo —suelto, y las palabras salen con tanta naturalidad que me sorprende—. Te amo de una manera que me asusta y me emociona a partes iguales. Y sé que he sido una idiota, que debí decírtelo antes, que debí luchar por ti en lugar de dejarte marchar. Pero estoy aquí ahora, pidiéndote una oportunidad para demostrarte que puedo ser valiente, que puedo superar mis miedos si estás a mi lado.

Olaya me mira fijamente, y puedo ver las lágrimas brillando en sus ojos.

—¿Y qué pasa con tu vida en Gran Canaria? —pregunta—. ¿Con tu trabajo, tu casa?

—Mi vida está donde estés tú —respondo con firmeza—. Si quieres quedarte aquí, encontraré trabajo aquí. Si quieres volver a la isla, volveremos juntas. Si quieres recorrer el mundo pintando, te seguiré a donde vayas.

—No es tan simple —dice, aunque veo un atisbo de esperanza en sus ojos.

—Lo sé. Nada en la vida es simple. Pero por primera vez en veinte años, estoy dispuesta a complicarme la vida. Por ti. Por nosotras.

Me levanto y saco de mi bolso su libreta, esa que dejó olvidada en la habitación.

—La encontré después de que te fueras —explico—. La he mirado, espero que no te moleste.

Ella niega con la cabeza, y yo abro la libreta por las últimas páginas, donde hay bocetos míos: leyendo en la terraza, preparando café en la cocina, dormida en el sofá.

—Me ves —digo suavemente—. Me ves de una manera que nadie me ha visto en mucho tiempo. Me ves más allá de los muros que construí, más allá del miedo y el dolor. Me ves completa.

—Siempre te he visto —responde, y su voz tiembla ligeramente—. Desde el primer día.

—Lo sé. Y me aterraba que pudieras ver lo rota que estaba, lo asustada que estaba de vivir realmente.

—No estás rota. Solo necesitabas tiempo para sanar.

—Y tú me has ayudado a hacerlo —respondo, acercándome más—. Sin presionarme, sin exigirme, solo estando ahí. Mostrándome que la vida puede ser hermosa de nuevo.

Olaya levanta una mano y limpia una lágrima que no sabía que había caído por mi mejilla.

—¿Qué quieres, Julia? —pregunta suavemente—. ¿Qué es lo que realmente quieres?

—A ti —respondo sin dudar—. Quiero despertarme cada mañana a tu lado. Quiero ver cómo pintas, quiero escucharte hablar de arte durante horas. Quiero construir una vida contigo, sea

donde sea. Quiero permitirme ser feliz de nuevo.

Se hace un silencio entre nosotras, tan denso que casi puedo tocarlo. Olaya me mira fijamente, como si estuviera buscando algo en mis ojos.

—¿Y si vuelvo a asustarte? —pregunta finalmente—. ¿Y si el miedo vuelve?

—Volverá —admito—. Los miedos no desaparecen de la noche a la mañana. Pero ahora sé que son solo eso, miedos. No son más fuertes que lo que siento por ti.

—¿Sabes que yo no puedo arreglarte?

—No quiero que me arregles, Olaya, porque esa rotura que tengo solo puedo hacerlo yo, pero a tu lado me siento a salvo, es como si pesara menos. Solo quiero que me quieras como has hecho hasta ahora.

Ella sonríe, y es como si el sol saliera en medio de la noche.

El beso es salado por las lágrimas, pero es el beso más dulce que hemos compartido. Es uno de promesas, de segundas oportunidades, de futuros posibles.

Cuando nos separamos, apoyo mi frente contra la suya.

—¿Esto significa que me das otra oportunidad? —pregunto.

—Significa que tenemos mucho de qué hablar —responde—. Sobre dónde viviremos, sobre nuestros trabajos, sobre cómo vamos a hacer que esto funcione.

—Hablaremos de todo lo que quieras —prometo—. Pero ahora mismo, solo necesito que me digas que me amas.

Como respuesta, vuelve a besarme, y en ese beso encuentro todas las respuestas que necesito.

—Nunca he dejado de hacerlo —susurra contra mis labios.

Y por primera vez en mucho tiempo, el futuro no me asusta. Porque sea lo que sea que nos depare, lo enfrentaremos juntas.

Capítulo 25

Olaya

Abro los ojos lentamente y lo primero que veo es a Julia durmiendo a mi lado. Su rostro relajado, sin esa máscara de control que siempre lleva, me hace sonreír. Recuerdo la primera vez que la vi en el aeropuerto, tan seria y formal, cuando solo esperaba encontrarme con Bruno. Me enfadé al descubrir que compartiría casa con ella, pero ahora, viéndola dormir tan tranquila, no puedo imaginar que hubiera sido de otra manera.

Acaricio suavemente su cara, recordando cómo apareció anoche en mi puerta, dispuesta a luchar por lo nuestro. Cómo por fin se abrió y me dejó ver sus miedos y sus inseguridades. Ahora entiendo tantas cosas. Su reticencia a comprometerse, su manera de evitar hablar del futuro. Todo tiene sentido.

—Buenos días —susurra, abriendo los ojos.

—Buenos días —respondo, inclinándome para besarla.

—¿Llevas mucho tiempo despierta?

—El suficiente para admirarte —confieso.

Julia sonríe y se incorpora, apoyándose en el cabecero de la cama. Su expresión se vuelve seria de repente.

—Tenemos que hablar sobre cómo vamos a hacer esto —dice.

—Lo sé —respondo, sentándome frente a ella—. Tengo la exposición el año que viene, ahora en octubre he de presentar lo que voy a exponer, al menos una idea.

—Y yo tengo el trabajo en la isla…

Nos quedamos en silencio, cada una pensando en las complicaciones que implica nuestra decisión.

—La realidad es que aquí no encuentro la inspiración que tenía en Gran Canaria —admito—. Hay algo en la isla, en la luz, en el ambiente. Es como si todo cobrara vida de una manera diferente.

—¿Estás diciendo que...?

—Que quiero mudarme allí —afirmo con decisión—. Puedo seguir exponiendo aquí, viajar

cuando sea necesario. Pero quiero vivir en la isla. Contigo.

La sonrisa de Julia ilumina toda la habitación.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura de nada.

Julia sonríe y tira de mí hasta que quedo sobre ella. Sus manos recorren mi espalda por debajo del pijama mientras me besa con intensidad. Gimo cuando sus dedos rozan el lateral de mis pechos.

—Eres preciosa —susurra contra mis labios.

Su mano acaricia mi rostro y yo cierro los ojos al sentirla. La calidez de sus caricias me vuelve loca, su mano sigue bajando y se deshace de la parte superior de mi pijama, dejando mis pechos al descubierto. Un gemido sale de mi boca cuando la suya succiona mi pezón.

—Te necesito —suplico.

Julia sonríe y continúa su exploración, alternando besos y suaves mordiscos que me hacen perder la razón. Sus dedos se deslizan dentro de mi ropa interior y jadeo al sentir cómo me acaricia.

—Mírame —me pide al ver que he cerrado los ojos.

Los abro y me encuentro con su mirada. Ver el deseo en su mirada hace que mi excitación aumente y comienzo a moverme para poder tener más contacto.

—No los cierres —susurra mientras sus dedos me penetran—. Quiero verte.

Me muevo al ritmo que marca, sintiendo cómo el placer crece en mi interior. Me embiste mientras yo no dejo de mirarla. Quiero que vea lo que me hace sentir, lo excitada que me tiene y que ahora mismo estoy completamente en sus manos, puede hacer conmigo lo que quiera que yo voy a aceptar. Soy vulnerable entre las manos de Julia, pero no siento miedo, solo siento que es ahí donde quiero estar, con ella y nada más. Sujeta mi cara y se mueve con un ritmo más intenso hasta que me hace llegar al orgasmo agitada. Me apoyo en su hombro.

—Te amo —susurro.

La mañana la pasamos entre las sábanas, solo son nuestros cuerpos los que hablan, los que susurran con caricias, besos y abrazos, los que caen rendidos después de un orgasmo.

El sonido de mi móvil interrumpe el momento. Es Bruno.

—Es tu hermano —digo mientras contesto—. Buenos días, Bruno.

—¿Está mi hermana contigo? Es que no me coge el teléfono —dice de corrido.

—Sí, está aquí.

—Perfecto. Dile que no me avisó, que dónde ha dejado el teléfono, después el irresponsable soy yo. —se queja mientras he puesto el altavoz y Julia lo escucha.

—Asturias te ha hecho responsable —suelta entre risas Julia.

—Siempre he sido responsable, solo que vosotros no lo veían —se queja.

—Bruno… La única responsabilidad que has tenido en tu vida es… —comienza a decir Julia.

—Hacer que mi hermana sea feliz, que deje atrás ese pasado que le atormentaba y decida por una vez darse una oportunidad de vivir —dice Bruno, haciendo que nos quedemos en silencio mientras nos miramos.

Julia está confundida, se encoge de hombros sin saber cómo ese chico que parecía un loco habla ahora con tanta lucidez y elocuencia.

—He llamado para quedar a almorzar. Si quieren claro. Paloma también vendrá.

Miro a Julia, que asiente al escucharlo.

—Vale, ¿dónde?

—En el restaurante en que siempre comes con Paloma —responde—. A las dos.

Cuando cuelgo, Julia me mira con curiosidad.

—Jamás lo he escuchado hablar así, ¿será que ya ha sentado la cabeza?

—Paloma le habrá puesto las pilas —razono.

—Esos dos... —dice Julia, negando con la cabeza.

Río al pensar en ello. Paloma, tan independiente, tan reacia a las relaciones serias, cayendo por el encanto de Bruno.

Llegamos al restaurante y los encontramos ya sentados, muy juntos, riendo por algo que solo ellos entienden. Bruno se levanta al vernos y abraza a su hermana con fuerza.

—Por fin has espabilado, hermanita —dice con una sonrisa.

—Cállate —responde Julia, pero sonríe.

Durante la comida, les contamos nuestra decisión. Bruno no puede ocultar su alegría.

—Entonces —dice mirándome—. ¿Qué vas a hacer con tu casa?

—No lo sé —admito—. Supongo que tendré que alquilarla. Aunque también vendremos en algunas temporadas.

—Yo podría quedármela —sugiere—. Ya que me voy a quedar aquí.

—¿Es en serio que te quedas? —pregunta Julia sorprendida.

—Sí —responde, mirando de reojo a Paloma—. He encontrado un local perfecto para la escuela de surf. Y bueno, tengo otras razones para quedarme.

A Paloma le suben los colores y yo no puedo evitar sonreír. Mi amiga, que siempre decía que nunca se enamoraría, mira a Bruno como si fuera su mundo entero.

—Vamos a intentarlo, pero con calma —dice Paloma.

—Entonces, ¿me alquilas la casa? —pregunta mirándome.

Miro a Julia, que asiente levemente.

—Vale —acepto—. Pero nada de fiestas locas.

—¿Yo? —pregunta fingiendo inocencia—. Nunca haría algo así.

Todos reímos, porque sabemos que es mentira.

La comida transcurre entre risas y planes de futuro. Bruno hablando emocionado sobre su escuela de surf, Paloma intentando disimular lo mucho que le afecta su cercanía, Julia y yo compartiendo miradas cómplices.

Cuando salimos del restaurante, Julia me abraza por detrás mientras observamos a Bruno y Paloma alejarse juntos.

—¿Estás segura de esto? —pregunta en mi oído—. ¿De dejarlo todo por venir conmigo?

Me giro entre sus brazos para mirarla.

—No estoy dejando nada —respondo—. Estoy eligiendo todo. Te elijo a ti, elijo la isla, elijo la vida que quiero vivir.

—Te amo —susurra antes de besarme.

Y en ese beso están todas las promesas que necesitamos: las de un futuro juntas, las de superar cualquier obstáculo, las de ser valientes la una por la otra.

El camino no será fácil, lo sabemos. Habrá que coordinar exposiciones, trabajos, mudanzas. Pero por primera vez, ambas estamos seguras de que vale la pena intentarlo. Porque a veces el amor llega de la forma más inesperada, en el momento menos pensado, y solo hay que ser lo suficientemente valiente para aceptarlo.

Epílogo

1 año después

Julia

Observo a Olaya mientras pinta en la terraza, completamente absorta en su lienzo. Ha pasado un año desde que decidimos darnos una oportunidad, desde que ella eligió quedarse en la isla conmigo, y cada día me enamoro más de ella.

Al final se negó a coger una de las habitaciones para pintar, quería la terraza y pusimos una pequeña caseta de madera para que pudiera poner todas las cosas ordenadas. Por suerte aquí casi no llueve y ella es feliz pintando en el exterior.

Su exposición en Oviedo fue un éxito rotundo. La colección, inspirada en la luz y los colores de Gran Canaria, cautivó a todos. Verla brillar esa noche, explicando con pasión cada obra, me hizo darme cuenta de lo afortunada que soy de tenerla en mi vida.

—¿Vas a quedarte ahí, mirándome todo el día? —pregunta sin apartar la vista de su lienzo, una sonrisa jugando en sus labios.

—Sabes que podría —respondo, acercándome para abrazarla por detrás.

El timbre suena y Olaya protesta cuando me separo de ella. Abro la puerta y encuentro a Nayra, con una sonrisa que anticipa buenas noticias.

—¡Lo he conseguido! —exclama entrando—. ¡Olaya! —grita hacia la terraza—. ¡Ven aquí!

Olaya aparece con manchas de pintura en la cara y las manos, y no puedo evitar sonreír al verla así.

—He hablado con la galería —dice Nayra sin poder contener la emoción—. Están encantados con tu trabajo. Quieren organizar una exposición aquí, en la capital.

Olaya suelta un grito de alegría y me abraza, manchándome de pintura en el proceso. Pero no me importa. Su felicidad es contagiosa.

—¿Cuándo? —pregunta emocionada.

—Eso tienes que hablarlo con ellos —responde Nayra—. Dicen que tu perspectiva de la isla es única. Les encanta cómo capturas la luz, los colores, la vida aquí.

Observo a Olaya mientras asimila la noticia. Sus ojos brillan con esa pasión que tanto amo, esa que aparece cada vez que habla de arte.

—Necesito terminar algunas piezas —dice, mirando hacia la terraza donde varios lienzos esperan—. Y quiero hacer algo especial para esta exposición.

—Tienes tiempo —la tranquilizo, besando su mejilla manchada de pintura.

Tras darnos la noticia, se marcha con rapidez, ha quedado con Mario “el becario” y por fin vuelvo a ver a mi amiga sonreír, aunque siempre me dice que las cosas con prudencia y despacio. Juan al final, tras el juicio, tuvo que aceptar los acuerdos y mi amiga por fin dejó de estar con alguien a quien no amaba hacía ya demasiado tiempo.

Estamos en la terraza viendo el atardecer. Olaya está recostada contra mí, y juego distraídamente con sus rizos.

—¿Eres feliz? —susurro.

Se gira para mirarme, y en sus ojos veo todo lo que necesito saber.

—Más de lo que nunca imaginé —responde—. Esta isla, esta casa, tú, es como si hubiera encontrado mi lugar en el mundo.

La beso suavemente, saboreando el momento. El sol se pone en el horizonte, pintando el cielo de naranja, como uno de sus cuadros.

—¿Sabes qué es lo mejor? —dice después de un momento.

—¿Qué?

—Que cada día me enamoro más de ti —susurra—. De tu forma de cuidarme, de cómo me apoyas en todo, de cómo has superado tus miedos por nosotras.

La abrazo con fuerza, agradecida por tenerla en mi vida. Por haber sido lo suficientemente valiente para luchar por ella, por nosotras.

El intercambio de casas que mi hermano organizó cambió nuestras vidas de formas que ninguna podíamos imaginar. Nos trajo algo más que un cambio de destino: nos trajo el amor, la valentía de ser quienes realmente somos, la oportunidad de construir una vida juntas.

Y mientras el sol termina de ocultarse, sé con certeza que no cambiaría nada de lo que nos ha traído hasta aquí. Pero cada decisión, cada momento de duda, cada miedo superado, nos ha llevado exactamente donde debíamos estar: juntas.

No dejes que el miedo te impida vivir.